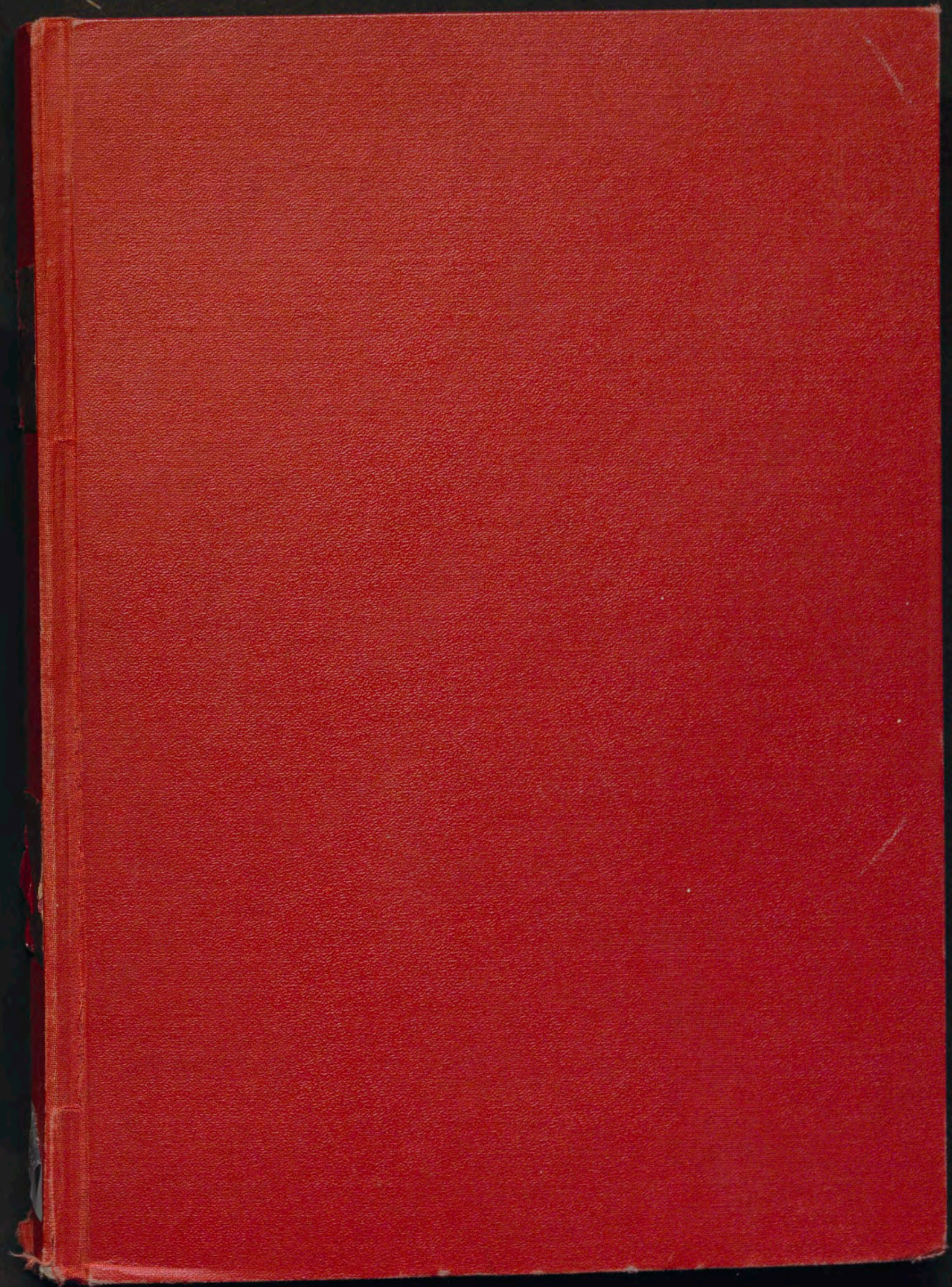
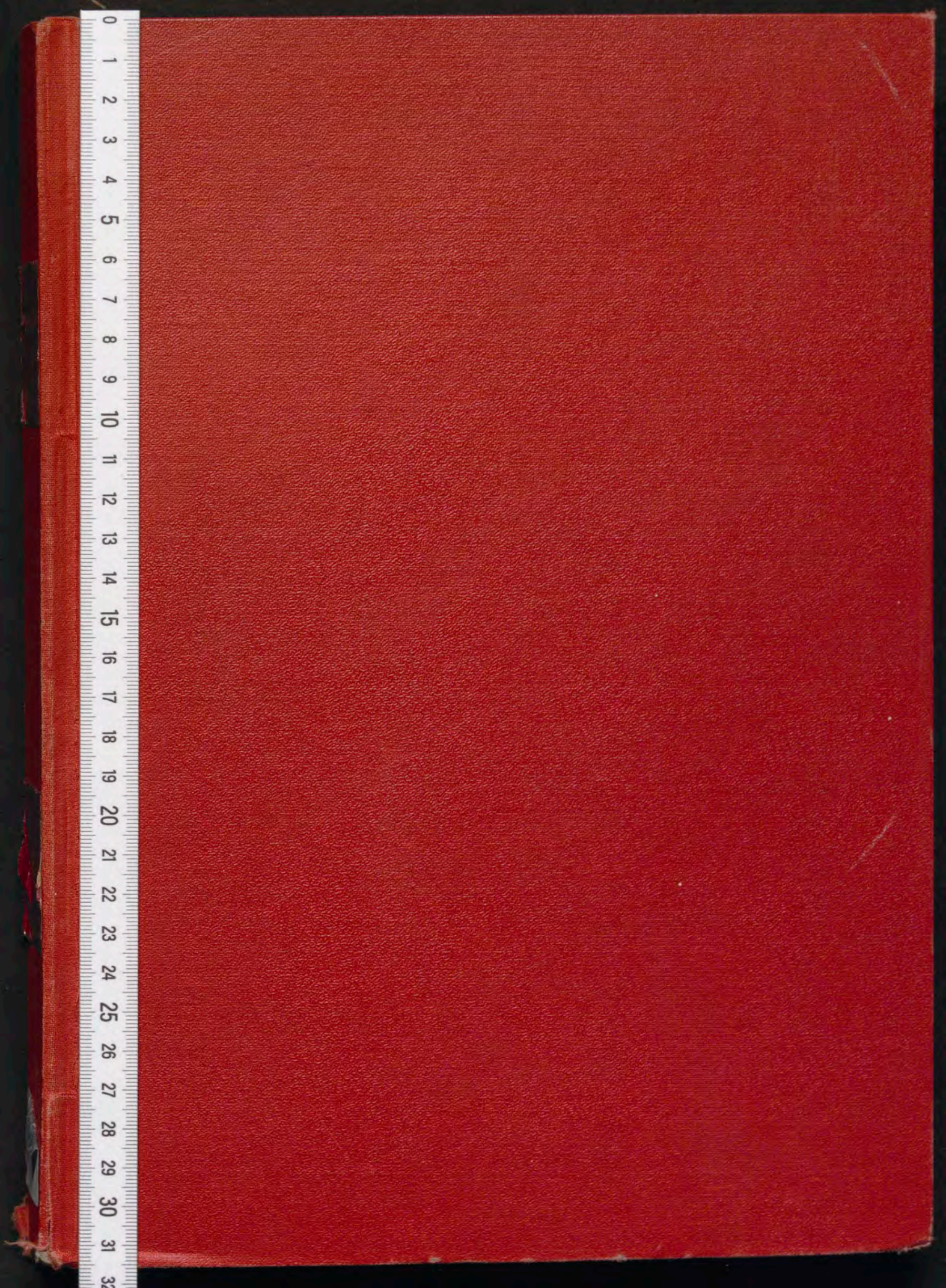


colorchecker CLASSIC



calibrite



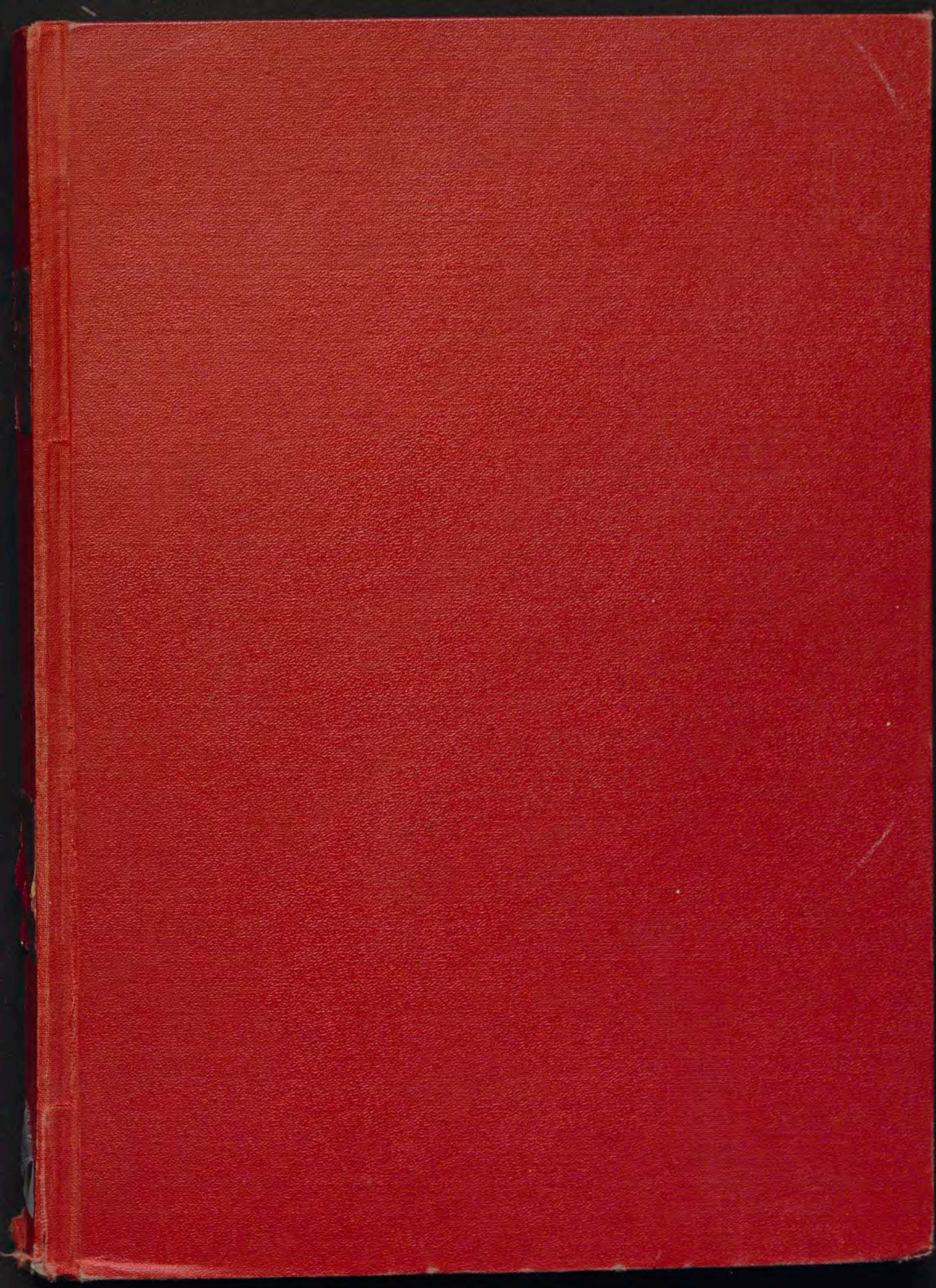


REALES

SITIOS

1964-65

XII-1





XII-1

# REALES SITIOS

REVISTA DEL PATRIMONIO NACIONAL

AÑO I - NUM. 1 - TERCER TRIMESTRE 1964 - PRECIO: ESPAÑA, 50 PTAS. EXTRANJERO, \$ 1,25



**EJEMPLAR NO PRESTABLE**





**S**U Excelencia el Jefe del Estado, a cuyo personal interés por mantener perfectamente conservados todos los lugares histórico-artísticos del Patrimonio Nacional, se debe el extraordinario auge conseguido por esta entidad durante los XXV Años de Paz. Una vez más, los españoles tienen motivo para demostrar su agradecimiento al Caudillo, constante defensor de todo lo que a España se refiere. En este caso, los valores artísticos de un conjunto de Palacios, Monasterios, Museos y otros Monumentos, considerados entre los más bellos del mundo.



# PORTICO

**E**S un deber inaplazable, para todo aquel que tiene a su custodia un conjunto de obras de arte, conservar y mejorar esa riqueza con todo el esfuerzo posible que exige una ineludible tarea cultural. La dedicación a esa labor representa un reconocimiento al trabajo ejecutado por hombres empeñados en la creación artística, al mismo tiempo que indica una atención por todos aquellos que poseen íntima apetencia de enriquecimiento espiritual con la contemplación estética.

Por otro lado, tan importante es la actividad turística en nuestros días, y concretamente con referencia a España, que ese deber de conservación y restauración de las obras de arte, cualquiera que sea su clase, se impone con más intensa medida.

Como consecuencia de tan determinantes factores, un organismo como el Patrimonio Nacional no podía permanecer insensible a ese continuo y progresivo desplazamiento de visitantes, así como a lo que a éstos es obligado ofrecerles. Y mucho más, contando con uno de los conjuntos histórico-artísticos más hermosos del mundo.

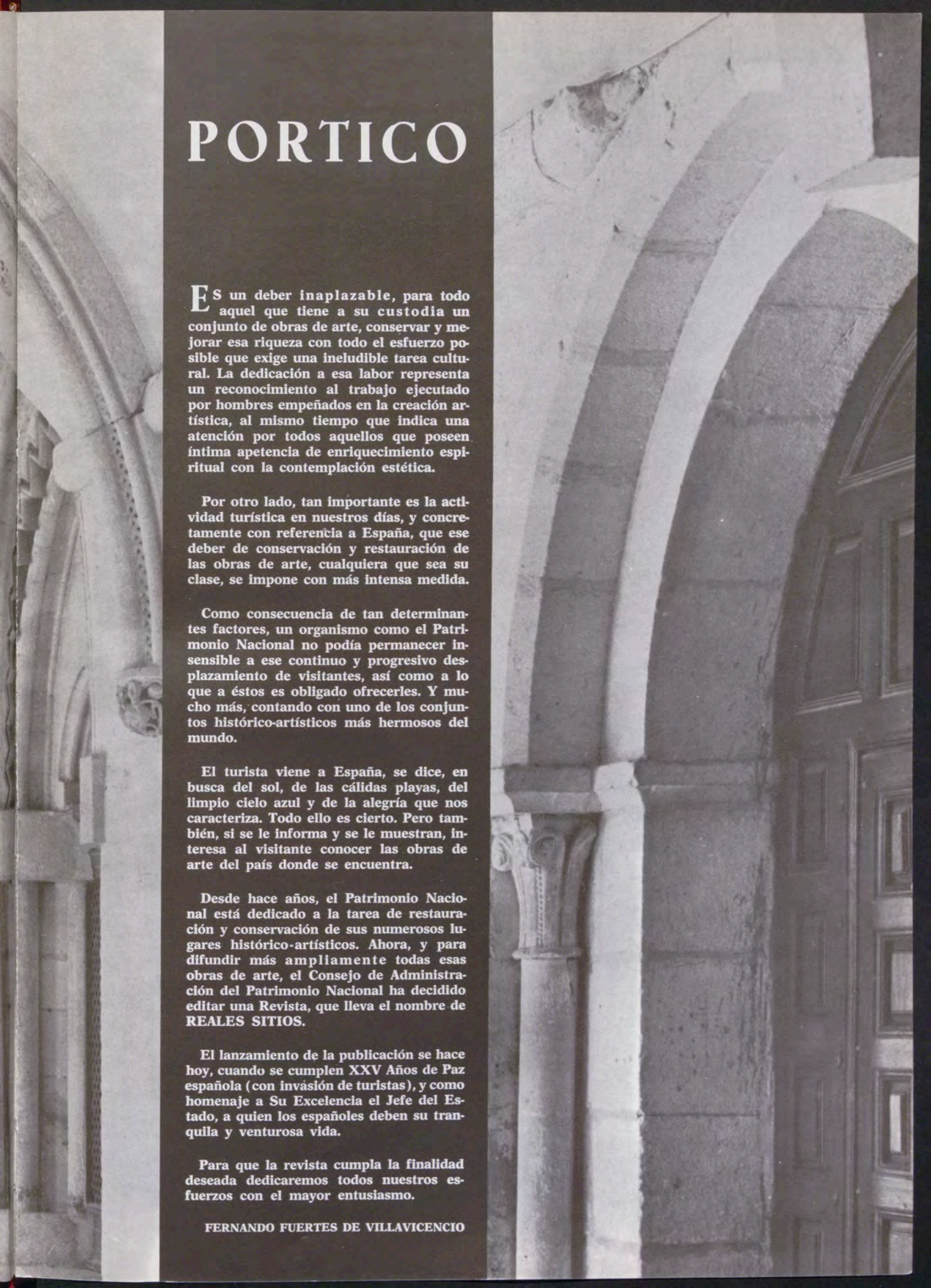
El turista viene a España, se dice, en busca del sol, de las cálidas playas, del limpio cielo azul y de la alegría que nos caracteriza. Todo ello es cierto. Pero también, si se le informa y se le muestran, interesa al visitante conocer las obras de arte del país donde se encuentra.

Desde hace años, el Patrimonio Nacional está dedicado a la tarea de restauración y conservación de sus numerosos lugares histórico-artísticos. Ahora, y para difundir más ampliamente todas esas obras de arte, el Consejo de Administración del Patrimonio Nacional ha decidido editar una Revista, que lleva el nombre de **REALES SITIOS**.

El lanzamiento de la publicación se hace hoy, cuando se cumplen XXV Años de Paz española (con invasión de turistas), y como homenaje a Su Excelencia el Jefe del Estado, a quien los españoles deben su tranquila y venturosa vida.

Para que la revista cumpla la finalidad deseada dedicaremos todos nuestros esfuerzos con el mayor entusiasmo.

FERNANDO FUERTES DE VILLAVICENCIO



# LUGARES HISTORICO-ARTISTIS DEL PATRIMONIO NACIONAL

## HORARIO DE VERANO

### PALACIO REAL. MADRID

Laborables: de 10 a 12,45 y de 4 a 6,15.

Domingo y festivos: de 10 a 1,30 (excepto tardes)

Cerrado el 1 de enero, Viernes Santo, 25 de diciembre, 18 de julio y los días de credenciales (la tarde anterior y la mañana del acto).

### MONASTERIO DE LAS DESCALZAS REALES. MADRID

Lunes, martes, miércoles y jueves: de 10 a 1 y de 4 a 6.

Viernes, sábados y domingos: de 10 a 1.

Cerrado los mismos días que el Palacio Real.

### PALACIO DE LA MONCLOA. MADRID

Laborables: de 10 a 1 y de 4 a 6.

Domingos y festivos: de 10 a 1 (cerrado por la tarde).

Cerrado igual que el Palacio Real. También cuando reside un invitado del Gobierno español.

### ERMITA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA. MADRID

Laborables: de 10 a 1 y de 4 a 7.

Domingos y festivos: de 10 a 1 (cerrado por la tarde).

Abierta todos los días del año.

### CASITA DEL PRINCIPE, DE EL PARDO

Laborables y festivos: de 10 a 1,30 y de 5 a 8.

Cerrada los mismos días que el Palacio Real.

### MONASTERIO DE EL ESCORIAL

Laborables y festivos: de 10 a 1 y de 3 a 7.

Cerrados los museos el 1 de enero, 28 de febrero (mañana), Viernes Santo (tarde), 18 de julio, 10 de agosto (tarde) y 25 de diciembre.

### SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAIDOS

De sol a sol en todo tiempo.

### ARANJUEZ

Laborables y festivos: de 10 a 1 y de 4 a 7.

Cerrados los museos el 1 de enero, Viernes Santo (tarde), 30 de mayo (tarde), 18 de julio, 4 ó 5 de septiembre (tarde) y 25 de diciembre.

### LA GRANJA

Laborables: de 10 a 1 y de 2 a 7.

Domingos y festivos: de 10 a 2 y de 3 a 7.

Cerrado el 18 de julio. Las fuentes funcionan los jueves, domingos y festivos, a las 5,30 de la tarde.





## foto de portada

La impresionante mole granítica del Palacio de Oriente, de Madrid, vista desde la calle de Bailén. A uno y otro lado se abre el abanico formado por las fachadas este y norte del edificio, que muestran, delante, sendas y amplias lonjas enlosadas con perfección geométrica. Al fondo, detrás del Palacio, la múltiple gama de los verdes que ofrece el Campo del Moro contrasta vivamente con el tono gris de la piedra.

### CONSEJO DE ADMINISTRACION DEL PATRIMONIO NACIONAL

**PRESIDENTE:** Excmo. Sr. D. Luis Carrero Blanco.

**CONSEJERO DELEGADO GERENTE:** Excmo. Sr. D. Fernando Fuertes de Villavicencio.

**CONSEJERO DE ARQUITECTURA:** Excmo. Sr. D. Miguel Angel García Lomas y Mata.

**CONSEJERO DE BELLAS ARTES:** Excmo. Sr. D. Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya.

**CONSEJERO DE MONTES:** Excmo. Sr. D. Paulino Martínez Hermosilla.

**CONSEJERO DE AGRICULTURA:** Excmo. Sr. D. Alejandro Torrejón Montero.

**CONSEJERO DE OBRAS PÚBLICAS:** Excmo. Sr. D. Rafael Silvela Tordesillas.

**CONSEJERO INTERVENTOR:** Excmo. Sr. D. Juan Martí Basterrechea.

**ABOGADO DEL ESTADO, SECRETARIO:** Excmo. Sr. D. Luis Gómez Sanz.

#### REDACCION

##### DIRECTOR

Fernando Fuertes de Villavicencio

##### REDACTOR-JEFE

Rafael Sánchez

##### SECRETARIA DE REDACCION

Matilde López Serrano

##### VOCALES

Ricardo Catoira.  
Angel Oliveras  
Ramón Andrada  
Federico Navarro

##### ADMINISTRADOR

Eladio de Valdenebro

#### ILUSTRACIONES

##### CUADRO DEL CAUDILLO

Gabriel Morcillo

##### DIBUJOS

Serny  
C. Hernández Bayón  
Antonio G. Palacios

##### FOTOGRAFIAS

En color: Francisco Villanueva  
FISA  
García Garrabella  
En negro: Francisco Villanueva  
FISA  
García Garrabella  
Portillo  
Santos Yubero  
Campúa  
Chaves-Lavin

##### IMPRESIÓN:

RAYCAR, S. A. Impresores

FOTOMECÁNICA: RUBEL

Depósito Legal. M. 11.160.—64

# REALES SITIOS

REVISTA DEL PATRIMONIO NACIONAL  
MADRID - AÑO I - NUM. 1 - TERCER TRIMESTRE 1964

## sumario

páginas

LA BATALLA DE SAN QUINTIN Por FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE	8
EL GRECO EN EL ESCORIAL Por EL MARQUES DE LOZOYA	22
PATRIMONIO NACIONAL: PALACIOS Y MUSEOS DE GRAN BELLEZA Por RAFAEL SANCHEZ	31
LA DAMA DE LA ROSA BLANCA (Leyenda)	44
LA HISTORIA Y LOS FANTASMAS Por TOMAS BORRAS	51
LA BIBLIOTECA DE PALACIO Por MATILDE LOPEZ SERRANO	63
PRESENTE Y FUTURO DE SOTOMAYOR Por JOSE ENRIQUE MAZON	74
CRONICA DEL PATRIMONIO NACIONAL	82

*Batalla, asedio y rendición  
de San Quintín.  
Pintura al fresco  
de Lucas Jordán  
que decora el friso corrido  
de la escalera principal  
del Monasterio de El Escorial.*

*(Otros fragmentos aparecen  
en páginas siguientes.)*

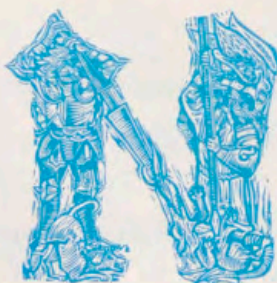


# LA BATALLA DE SAN QUINTÍN

Por FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

El Consejo de Administración del Patrimonio Nacional editó el libro «El Escorial», con motivo del IV Centenario de la fundación del célebre Monasterio. En ese libro, se ofrece un documentado estudio sobre la Batalla de San Quintín escrito

por Su Excelencia el Jefe del Estado. REALES SITIOS se honra con reproducir en su primer número este artículo del Caudillo, junto a una selección de las ilustraciones que también aparecen en la obra citada.



N o puede conmemorarse el IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial sin contemplar en él al gran monumento que el Rey Don Felipe II levantó para perpetuar la victoria más grande y trascendental de su reinado, alcanzada sobre las armas francesas el 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, al que erige en Patrono de la nueva Basílica. Con el transcurso del tiempo ha sobrevivido la grandeza de la construcción como maravilla arquitectónica, pero ha ido quedando en el olvido aquella gloriosa y trascendental batalla con la que el Rey prudente inició su reinado. De aquella efemérides queda en nuestro lenguaje la frase tan extendida de “armarse la de San Quintín”, que tantas gentes de habla española repiten sin conocer su abolengo.



España encabezaba en aquella hora el más grande de los Imperios. En pleno desarrollo la expansión de las armas españolas por las tierras vírgenes americanas, estaba llevando a cabo el esfuerzo más grandioso que nación alguna había acometido, de descubrir, evangelizar y civilizar un mundo a costa de grandes y dolorosos sacrificios.

Dos años antes de esta fecha, el 25 de octubre de 1555, es cuando el Emperador hace abdicación, en el Palacio de Bruselas, de sus Estados de Flandes a favor de su primogénito, casado a la sazón con la Reina María de Inglaterra. Tres meses más tarde, el 16 de enero de 1556, tiene lugar la cesión solemne del resto de sus Estados. Esto echaba sobre los hombros del joven Monarca las responsabilidades totales de la gobernación de sus reinos que ya desde 1546 venía administrando en las ausencias de su padre.

El César había preparado cuidadosamente este momento. Había comprendido al fin las instancias que desde España se le hacían, por sus colaboradores, para alcanzar una paz duradera que permitiese a la nación el mejor desarrollo y atención a la expansión en América. Viejo y achacoso, comprendió lo estéril de su batallar en Europa, como se desprende de aquellas palabras pronunciadas en el acto de su abdicación, preñadas de amargura: «Nueve veces fui a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menor cuenta que tengo hechos por visitar mis tierras.»

Deseando donar a su hijo, con sus Estados, una paz prolongada, unos días antes, el 6 de enero de 1556, concierta con Enrique II de Francia, en Vaucelles, una tregua de cinco años, y por cuanto respecta a Alemania renuncia a la administración y gobernación del Imperio germánico, del que hace entrega a su hermano Fernando. En esta situación asciende al Trono el segundo de los Felipes.

La Tregua de Vaucelles y la cesión de la Corona de Alemania, hechas sin concurso ni intervención del Papa, colocaba a éste en una difícil situación frente al nuevo Monarca. Su animadversión contra el viejo César era conocida y le hacía considerar a los españoles culpables de que la tierra de su nacimiento, Nápoles, permaneciese bajo el dominio español; lo que, explotado por su pérfido sobrino, el Cardenal Caraffa, le lleva a firmar en 25 de diciembre de 1555, un Tratado de alianza ofensiva defensiva con Francia. El ofrecimiento del Trono de Nápoles y de los Estados de Milán para dos de sus hijos, movieron al Monarca francés a la ruptura de la tregua con el de España, sin pensar en el trágico fin que iba a tener el torpe contubernio, pues pronto habían de ser vencidos por las armas españolas en los teatros de operaciones de Italia y Francia.

Pero este ligero bosquejo no es suficiente para darnos cuenta de la situación real si no medimos la magnitud de los problemas que a España se ofrecían. Nuestra unidad interna estaba todavía muy reciente. El Imperio colosal que España estaba forjando requería, más que de hombres, de esfuerzos de titanes para mantenerse. Este grandioso Imperio, en cuyos territorios no se ponía el sol, abarcaba en América desde la línea de California, el Estado de Texas y la Florida en el Norte, hasta el Estrecho de Magallanes en el Sur; comprendía las Molucas y Filipinas en el espacio asiático; las islas y territorios africanos en el Occidente de Africa, con Ceuta, Melilla, Orán, Bujía y Túnez en el Mediterráneo; en la que hoy es la nación italiana, poseía Nápoles, Sicilia, el Milanesado y la Cerdeña; y en el centro de Europa, los Países Bajos y el Franco Condado. El Rosellón y Portugal integran entonces el territorio metropolitano. Todo esto quedaba bajo la potestad del nuevo Monarca.

Las responsabilidades de Felipe II en aquellas horas son muy difíciles de comprender dados los medios de que se disponía y lo dilatado y complejo de sus territorios. Sus dotes de organizador, administrador y diplomático se acusan desde los primeros momentos al reunir y

*Retrato de Felipe II, a los treinta años, por Antonio Moro. El Rey aparece con la armadura que llevaba en el Sitio de San Quintín. (Monasterio de El Escorial.)*





*El Emperador Carlos V,  
por Pantoja de la Cruz.  
(Biblioteca del Monasterio.)*

poner en pie de guerra un poderoso ejército, pagarlo y sostenerlo, a la par que mantener la paz y el orden interno de sus pueblos, amenazados por el azote de hambre que se cernía por Europa como consecuencia de una gran sequía que le obligó a movilizar todos sus recursos para hacer compras de trigo en el Este de Europa, agotando las ya exhaustas arcas de la nación. La habilidad diplomática de que da muestras para sumar a su causa y obtener la colaboración inglesa. La urgente movilización de las sumas necesarias para realizar la campaña, para lo que envió a España a Ruy Gómez, a requerirlas de la nobleza, prelados y mercaderes, pese a las dificultades que la acción militante del Vaticano le creaba. Y la pródiga ayuda que de Dios obtiene al recibirse en aquellos días críticos, y cuando menos lo esperaba, un envío de oro remitido desde el Perú que vino a solucionar sus problemas financieros.

Mas si queremos enjuiciar en el orden militar la gran victoria de San Quintín, todo esto no basta. Para poder formar un certero juicio hemos de contemplar el estado en que se encontraban en aquellos años los ejércitos y la evolución correspondiente de las armas. La continuidad de nuestras luchas había dado estado a los ejércitos permanentes. Sus células primarias habían sido constituidas en los años de nuestra Reconquista por los efectivos de las Ordenes Militares, que desde el reinado de Fernando el Católico habían sido puestas bajo el mando regio; la Santa Hermandad y las Guardias Viejas de Castilla formaban, con aquéllas, el embrión del ejército permanente, al que se sumaban las grandes levas que se hacían para las batallas; pero que terminadas éstas, volvían a sus hogares, quedando sólo aquellos otros elementos primarios encargados de la seguridad pública.

Los ejércitos aparecían en aquella hora constituidos por las tres armas principales que han llegado hasta nuestros días: la Infantería, la Caballería y la Artillería, aunque ésta, todavía, extremadamente rudimentaria.

Bajo el reinado de Carlos I habían cimentado su sólido prestigio nuestros gloriosos Tercios, formados por tres mil hombres, repartidos en diez compañías de piqueros y dos de arcabuceros. Estos arcabuceros constituían la tropa más selecta y de mayor confianza y estaban formados siempre por soldados españoles. El arcabuz, que constituía el arma más precisa y eficaz, tenía, sin embargo, reducido alcance y por su peso necesitaba ser apoyado en una horquilla; había hecho al peón superior al caballero, aunque su empleo había que hacerlo con usura, ya que no le permitía realizar más de cuatro o cinco disparos antes del ataque. Con el arcabuz, el poder de las armas de fuego empezaba a tomar en la guerra carta de naturaleza. Nuestros arcabuceros estaban considerados como los mejores del mundo y pesaban decididamente en la batalla.



La caballería constituía el alma por excelencia de la maniobra. Obraba, como hasta ayer, en la vanguardia para reconocer, y colocada en las alas del dispositivo estaba siempre dispuesta al envolvimiento y a la sorpresa. Iba armada con espada y lanza y se cubría con una armadura que se había ido aligerando.

La artillería era poco numerosa, imperfecta y pesada, imprecisa y, por tanto, poco eficaz. Se movía difícilmente en el campo de batalla. Sus efectos eran más morales que efectivos; pero, sin embargo, constituía el más poderoso medio de destrucción a distancia para abrir brecha en los torreones y en las murallas.

No habían nacido todavía los explosivos. La pólvora hacía pobremente sus veces; pero el artificio de la guerra de minas para abrir brecha en las fortalezas había llegado a ser una importante especialidad del arte de la guerra. No existía industria militar y las armas eran fundidas y forjadas por los herreros y artesanos.

En frente de estas armas rudimentarias adquirían un gran valor las plazas fuertes, con sus baluartes, sus fosos y sus murallas, que cuando estaban bien construidas resistían fácilmente los efectos de los artificios bélicos, dando tiempo a la movilización y a la maniobra de los ejércitos.

Mas volvamos la vista a la situación de los dos bandos: pretendían los franceses, con su reciente alianza con el Papa, forzar a los españoles a llevar a Italia el futuro campo de batalla, que alejando el peligro de sus fronteras crease a España dificultades por lo distante de sus bases. Y para hacerlo efectivo dirigió a Roma los mejores soldados de su ejército, bajo el mando del Duque de Guisa, mientras con un núcleo menor de sus fuerzas pretendía crear a los españoles una difícil situación en Flandes. No pasaron inadvertidos para Felipe II los manejos del francés, y encontrándose en Bruselas al romperse la tregua, marchó a Inglaterra rápidamente para solicitar de su esposa, la Reina, el cumplimiento del compromiso contraído por Inglaterra, concertado con la Casa de Borgoña, de defensa de los Países Bajos, a lo que accedió la Reina con su Consejo y nobleza, preparando la expedición de ocho mil ingleses que al mando del Conde de Pembroke habían de formar parte de los ejércitos del Rey Felipe.

Llegó por fin para éste el momento de tomar la gran decisión con el señalamiento de las grandes líneas de su plan de operaciones, y después de un concienzudo estudio de la situación y de escuchar el parecer de sus consejeros y expertos militares, decidió que el Duque de Alba se enfrentase con la situación en Italia con sus propios medios, llevando a cabo una defensa activa, mientras que él, con un ejército compuesto de 45.000 infantes y arcabuceros, 16.000 caballos y 80 piezas de artillería, al mando directo de su experto general el Duque Filiberto de Saboya, atacaría Francia en su mismo corazón.

Hasta última hora reservó Felipe II sus planes. Por dos lugares podían llevar a cabo su avance sobre el corazón de Francia: por la Champagne o por la Picardía. Elegida ésta por el propio Monarca, como camino más fácil para la invasión y mayor amenaza para la capital, ordenó al Duque de Saboya encubrir sus propósitos, y mientras las fuerzas navales atacaban en las costas de Normandía y de Bretaña, las terrestres iniciarían movimientos de ataque demostrativo sobre Rocroi, exhibiendo frente a ella escalas y aparejos de sitio, que



hicieron creer a los franceses la decisión de los españoles de invadir la Champagne y atrajese en aquella dirección el grueso de sus ejércitos. Debía volver, sin embargo, el ejército español sobre sus pasos, y pasando por Vervins efectuar una demostración sobre Guisa para, rápidamente, dirigir sus fuerzas sobre San Quintín. La sorpresa de la maniobra española sobre los franceses fue completa, y mientras las fuerzas de éstos se concentraban frente a los pasos de la Champagne, las tropas de Felipe rompían por Picardía y asentaban sus reales frente a los muros de San Quintín.

Era San Quintín una plaza fuerte francesa que, colocada en el espacio existente entre el río Somme y el Oise, cerraba con otras plazas el camino a las invasiones procedentes de los Países Bajos; que por no existir en este espacio obstáculo orográfico con que detener el avance de los invasores, ha venido a constituir repetidas veces a través de la Historia un campo obligado de batalla.

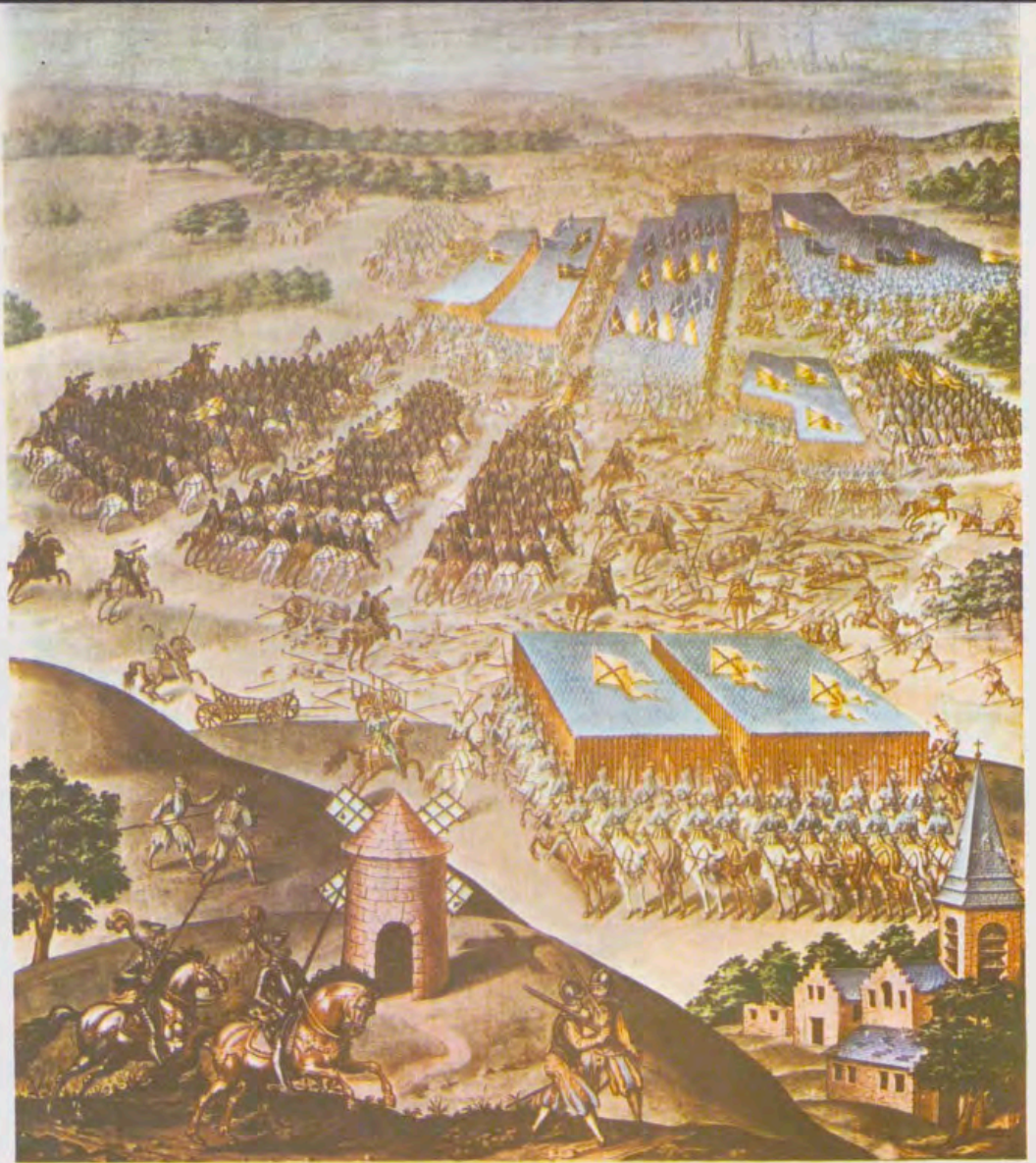
La populosa villa se halla emplazada sobre una suave colina que ciñe el río Somme en su mitad occidental, donde forma una amplia zona de islas, meandros y terrenos pantanosos que la protegen por este lado. En los dos extremos de esta zona, el Norte y el Sudoeste, dos islas en las que se encuentran los arrabales de Pontoilles y la Isla, fortificadas con baluartes, refuerzan las defensas de las murallas y torreones que circundan todo el perímetro de la plaza. Un profundo foso artificial recorre los frentes Nordeste y Sur, dando fortaleza al conjunto. La magnitud de la sorpresa que la llegada de los españoles causa se acusa en lo reducido de la guarnición de la plaza, gobernada por el bretón capitán Buel, y, según la versión francesa, defendida por una sola compañía del Delfín, formada por un centenar de hombres a las órdenes del teniente Telligny.

No ha perdido el tiempo el Duque Filiberto de Saboya, pues el 2 de agosto, previo reconocimiento del contorno de la plaza por su caballería, se establece firmemente frente a los lados Nordeste y Sur, vigilando por occidente los pasos de la zona cenagosa del Somme.

*Manuel Filiberto,  
duque de Saboya,  
General en Jefe  
de los Ejércitos Españoles  
en San Quintín.*

(Antecámara del trono. Monasterio.)





*Preparativos para el cerco de San Quintín y escenas de la batalla ganada por el duque de Saboya el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo.*

Al aproximarse sus tropas a las murallas y apercibirse del valor que encerraba el baluarte del arrabal de la Isla, de la escasez de su guarnición y de la importancia del puente sobre el Somme, ordena a Julián Romero que con tres compañías de españoles lo asalten y ocupen por sorpresa, lo que se ejecuta rápidamente, extendiendo la ocupación a unas casas avanzadas del barrio que flanquea el foso y que en el futuro han de causar graves daños a los defensores. La guarnición, no pudiendo resistir el empuje, se retira precipitadamente tras de las murallas de la plaza.

Por su lado, el Mariscal Montmorency, general en jefe de las tropas francesas, ante la sospecha de la maniobra española y el estado desguarnecido de la plaza de San Quintín, encomendó al Almirante Coligny, Señor de Chatillon y Gobernador de la provincia, que era uno de sus más acreditados generales, reunir las tropas que pudiese para marchar a San Quintín a socorrer la plaza y dar tiempo y espacio al resto del ejército para la maniobra. De acuerdo con el Condestable, sale Coligny de Pierre-Port antes de amanecer, encaminándose a La Fère para acercarse al sector occidental de más fácil comunicación con San Quintín, enviando a su caballería a explorar su derecha en dirección a los españoles, llegando a La Fère, y sin noticias del resultado del reconocimiento, sigue a Ham, considerando que desde allí le será más fácil entrar en San Quintín.

En Ham encontró una carta del capitán Buel en que le comunicaba la grave situación de San Quintín y la necesidad imperiosa en que se encontraba de recibir socorros; por ello, después de informarse del camino mejor que podía seguir, resuelve realizarlo aquella misma noche, pese a no tener todavía reunidas sus tropas ni incorporada la unidad de caballería que había mandado a reconocer su flanco; y de las cinco compañías con que contaba entrar, solamente dos las tiene próximas, pues las otras tres, por distintas circunstancias, se habían retrasado mucho en su salida, entretenidas en reunirse, equiparse y desempaquetar las armas de sus carros que les habían llegado con retraso.

Fueron muchos los capitanes y gentileshombres que trataron de convencerle que esperase considerando que podía ser más útil desde fuera, pero las demandas eran tan apremian-



*Escenas de la partida  
de las tropas españolas  
para San Quintín.*

tes, y las órdenes recibidas del Condestable tan tajantes, que el servicio del Rey no admitía dudas. Así, horas después de ponerse el sol del día 3 de agosto, con medio centenar de caballos y buenos guías, se puso en marcha para San Quintín. De este modo, burlando la defensa del enemigo, que por esa parte de los pantanos era más débil, y con orden terminante de hurtarse en todo caso a la lucha, se dirigió a la plaza, donde llegó a la una y pocos minutos por su ángulo norte con unos 250 hombres, pues los otros se habían perdido en la noche o desviado por una alarma que sufrieron en el camino.

La llegada de este refuerzo levantó la moral decaída de los defensores. Coligny no perdió el tiempo y, al rayar el día, se dirigió con el Gobernador a la puerta del Sur, donde se había perdido el baluarte, y tras tomar consejo de sus capitanes, decidió el planear, para aquella misma noche, una salida para quemar las casas y expulsar a los españoles que las ocupaban, y una vez arrojados de allí, construir una trinchera entre el baluarte y la muralla que fuese desde el foso al río, abriendo en los muros una tronera para colocar un cañón que batiese e inutilizase así el puente sobre el Somme.

Tomadas estas disposiciones, se dirigió a recorrer el recinto para organizar la defensa y prevenir la duración del sitio. Moviliza a la población, hace recluta de los hombres útiles, requisita víveres y ganado y toma todas aquellas previsiones que el caso aconseja. Organiza la tala de los árboles inmediatos a la muralla que por su espesura ocultan a los sitiadores, ordena construir fajines con su ramaje y refuerza las partes débiles de la muralla con mayores espesores y contrafuertes.

Llegada la noche, tiene lugar la salida para arrojar a los españoles de las casas del barrio de la Isla, pero apercibidos éstos le rechazaron duramente, perdiendo los franceses 16 de sus mejores hombres y siendo perseguidos tan de cerca que con facilidad hubieran podido entrar los españoles en la plaza.

No se descorazona por esto Coligny, que deseando mantener activa la defensa y hacer lle-

gar al enemigo la presencia de refuerzos que con él habían entrado en la villa, ordena la salida de cincuenta caballos que hagan un reconocimiento ofensivo sobre una de las guardias españolas más separadas de las otras, pero con orden de no empeñar combate y solamente producir sorpresa y demostración de su actividad. Sin embargo, lo hicieron tan mal los ejecutores, que el jefe que había tomado el mando, el teniente Telligny, al verles empeñar combate, se adelantó sin armas para ordenarles la retirada, momento en que es envuelto y derribado en tierra por los españoles, sin ser socorrido por las fuerzas que hacían el reconocimiento, que se retiraron en desorden.

Enterado el Almirante, envió soldados voluntarios para rescatarle, pues había quedado próximo a los muros de la ciudad, recogiéndole malherido y pudiendo expirar entre los suyos.

Esta nueva pérdida de hombres limitó las posibilidades activas de la defensa, aunque no desalentó a Coligny, que mantuvo la actividad en los sectores del río y en las lagunas, para tener vigilados entre ellas los pasos que hiciesen posibles el socorro de la plaza. Pronto se da cuenta el Almirante Coligny de la escasez de sus medios para atender a tan largo y difícil recinto y sostener viva la defensa, por lo que decide dar cuenta de la situación al Condestable, solicitando de él urgentes refuerzos en hombres, víveres y arcabuceros, por no llegar a 25 el número de los que cuenta en la plaza, recomendándole los lugares que considera más fáciles para que la ayuda pueda alcanzar el objetivo. Eso sucedió en la noche del 5 de agosto de 1557, cinco días antes de la batalla de San Quintín.

El sitio de la ciudad va estrechando sus mallas y cada vez se va haciendo más difícil la comunicación de Coligny con el Condestable. Ante esta situación decide éste el socorrer la plaza, ejecutando la operación en fuerzas, preparando para ello fajinas y pontones, y aprovechando la poca profundidad en muchos sitios de las aguas, abordar a la plaza por la poterna de Santa Catalina, donde los meandros del Somme forman pequeñas islas.

El 8 de agosto parte Montmorency de La Fère con un fuerte ejército compuesto por 20.000 infantes, 8.000 caballos y 16 cañones; se detiene en Exegrey a ordenar sus tropas y pasarles revista, y en la tarde del 9 se pone en movimiento con el propósito de ocupar las alturas que dominan el arrabal de la Isla, sujetar a los españoles que lo ocupan y, alcanzada la orilla del Somme, pasar con las barcazas y los pontones las tropas encargadas de socorrer a San Quintín, para, una vez logrado este propósito, entablar batalla a los españoles con el resto del ejército, aprovechando su forzado despliegue frente a las murallas de la Villa.

Amanece el día 10 de agosto cuando las fuerzas del Condestable aparecen sobre las alturas al Sur del arrabal de la Isla y atacan por sorpresa los molinos de Goutchy, con orden de mantenerse firmemente defendiendo su flanco frente a las fuerzas españolas que ocupan el baluarte del arrabal. Los primeros pasos de la operación se presentan favorables. Las tropas del Condestable han ocupado sin resistencia los molinos y las alturas inmediatas al arrabal y han llegado a la orilla del Somme, atravesando éste por el pantano de la Abbiette por medio de barcazas y alcanzando la isla de Prix en el Oeste de la ciudad, pero el uso innecesario de la artillería puso en alarma a los sitiadores, que apercibiéndose de que se intentaba repetir la maniobra anteriormente fracasada de D'Andelot, llevada a cabo ahora a la luz del día, decide Filiberto de Saboya aprovechar rápidamente la situación en que están empeñados los franceses para caer sobre su flanco. Refuerza, como en la anterior ocasión, los pasos en la derecha del Somme para dificultar la entrada de las fuerzas en la ciudad y ordena al Conde Egmont que pasando con su caballería el Somme, protegido por las fuerzas que ocupan el baluarte del arrabal de la Isla y apoyado por las fuerzas del Tercio de Navarrete, proceda al envolvimiento del flanco derecho de los franceses. Así, mientras el Conde cae como una tromba sobre el costado francés, los arcabuceros españoles desbaratan a las fuerzas que se encuentran en los pasos de los meandros del río, destruyéndolas y obligándolas a huir.

Cuando el Condestable quiso apercibirse de la situación era ya muy tarde. Su derecha había sido aniquilada y las fuerzas que habían pasado el río dispersas. Al verse tan duramente atacado intenta la retirada, pero los ataques españoles de flanco son cada vez más fuertes y profundos y empiezan a convertir la acción en un gran revés para las armas francesas.

Pretendía el Condestable en su repliegue que sus tropas se acogiesen y organizaran en el bosque de Gibercourt, a algunos kilómetros al oeste de la plaza; pero el desorden se apoderaba progresivamente de sus filas, inmovilizado su material y obligado a abandonar sus trenes. Sólo algunas unidades en medio del desorden mantenían su moral formando cuadros y pretendiendo seguir el movimiento. Las tropas españolas estaban maniobrando con rapidez y maestría, y mientras una parte de la infantería española, que había pasado el

Somme, atacaba a la francesa sin dejarla romper el combate ni darles reposo, la caballería de Egmont, seguida de la artillería y de la infantería disponible, que había cruzado el río por el puente de Rouvroy y por el vado con el agua a la cintura, se trasladaban rápidamente por Harly, La Neuville, Urvillers y Benay fuera de las vistas y paralelamente a las fuerzas en retirada a cortarles el paso en Mont-Court, haciendo imposible el propósito francés de organizarse a cubierto de los bosques. El ejército español apareció interpuesto, ocupando posiciones cuatro kilómetros al Este de los bosques.

Ante esta nueva amenaza se desorganiza el campo francés y las órdenes y contraórdenes del Condestable se suceden. La situación se precipita por momentos sin que se alteren la prudencia y sangre fría del Duque de Saboya que, convencido de su victoria, se prepara a consumar la derrota de sus adversarios.

Lanza el Conde de Egmont sus jinetes de nuevo sobre sus adversarios que todavía conservan vitalidad para rechazarle formando cuadros y obligándole a replegarse sobre el dispositivo español, pero, preparado éste ya para el combate, avanza en orden de batalla con el Duque de Saboya en el centro, y teniendo en su ala derecha a Aremberg y Brunswick y a la izquierda a Mansfeld y Horn. Entra rápida en acción la artillería española que en seguida destruye la cohesión de los cuadros enemigos, las alas de la formación española se abaten sobre los franceses, los que, agotados y rodeados, no pueden resistir su empuje, y mientras unos rinden sus armas y estandartes a los vencedores, como los alemanes de Reingrave, en número de 5.000, otros huyen perseguidos a través del campo por la caballería, que causa en ellos una gran mortandad. Las sombras de la noche pusieron término a la persecución. La victoria había sido aplastante y total. El Condestable, al verse derrotado, se lanzó en medio de la batalla a morir con gloria, pero, habiendo caído herido, fue hecho prisionero por un soldado español apellidado Sedano.

En la batalla había caído la flor y nata de la nobleza francesa. El Duque de Enghien había resultado muerto. Entre los prisioneros figuraba el Mariscal Saint-André, el Duque de Montpensier, el Conde de Hernani, el Vizconde de Turena, el Vizconde de Villars, el Príncipe de la Roche-sur-Yon y hasta dos mil caballeros de la nobleza francesa que ejercían el mando de las diversas unidades. Sólo el Duque de Nevers se salvó de la batalla.

Aunque la ciudad no se había expugnado todavía, su suerte había sido ya decidida. Las bajas de las tropas españolas habían sido escasas, ochenta muertos y un millar de heridos, mientras las bajas francesas rebasaron los doce mil entre infantes y jinetes; toda la artillería, y más de un centenar de banderas y estandartes, habían caído en poder de los españoles.

En la mañana del 11 de agosto llega a Felipe II, que se encontraba en Cambray, la noticia de la gran victoria. Se traslada frente a la plaza de San Quintín, al real de Filiberto, al que da órdenes para rematar la victoria con la toma de la villa, pero preveniéndole de que dé instrucciones a sus tropas para evitar el saqueo y los daños a las personas y edificios, y, sobre todo, evitar la profanación de las reliquias de su santo patrón, que en la Iglesia de la ciudad se veneraban.

La zozobra en estos momentos en el interior de la plaza era muy grande, al descubrir la derrota de los franceses, al ver enarbolar frente a sus muros muchas de las banderas y estandartes de las tropas del Condestable y recibir, por algunos soldados que pudieron acogerse a sus fosos, el relato apocalíptico de la derrota.

A los que luchaban en la ciudad se había unido este día de la batalla el socorro de unos quinientos hombres, que al mando del coronel D'Andelot, hermano de Coligny, habían podido entrar en la plaza con algunos gentileshombres, como el Vizconde de Mont Notre Dame, el Señor de la Courée, el señor de Saint-Remi, personaje muy experimentado en la guerra de minas, un comisario de artillería y tres artilleros, de los que tenían gran necesidad en la ciudad. El resto de la expedición había sido batido por el enemigo sin poder alcanzar la plaza. Este importante refuerzo de capitanes y jefes especializados, permitió a Coligny hacer un nuevo reparto de los sectores, y encontró en el señor D'Andelot un segundo jefe de toda su confianza, en quien poder delegar alguna de sus funciones.

A partir de este momento, el camino por donde se entendían con el Condestable apareció cortado definitivamente, y los soldados que se encontraban en los pasos, apresados por el enemigo, al tiempo que la actividad de los españoles se hacía cada vez más intensa. Muchas eran las desgracias que se cernían sobre la plaza, pero que no abatían el ánimo del almirante Coligny.

La penuria de hombres de guerra era muy importante, especialmente arcabuceros, y en la imposibilidad y en la ignorancia de cuanto le ocurría al Condestable, aprovechando el ofre-



*Incendio de la plaza de Han  
y toma del Castillo.*

cimiento de unos pescadores que le señalaron un nuevo camino por una laguna en que, con agua a la cintura, podían pasar los hombres, hizo llegar a La Fére, al Señor de Bordillon, unos guías para conducir un posible refuerzo. Consultado el Señor de Nevers, que se encontraba a la sazón en La Fére, a donde había llegado fugitivo, ordenó que dos centenares de arcabuceros, que era todo lo que podía reunir, guiados por los pescadores, se introdujesen en la plaza; pero sorprendidos por las fuerzas de vigilancia españolas, sólo pudieron alcanzar la plaza 120 arcabuceros, desarmados; gentes bisoñas de muy escaso valor; en cuanto a los jefes que les conducían, sólo un sargento pudo pasar con el refuerzo. Este fue el último socorro que la plaza tuvo, pues la vigilancia enemiga hizo que nadie pudiera pasar desde entonces y tuvieron que defenderse con sus propios medios.

En la historia de San Quintín vista por los defensores, se acusa la desmoralización que iba ganando a la gente civil de la población y las dificultades para encontrar obreros que reforzasen las defensas, pues se ocultaban en los graneros y otros lugares para no trabajar bajo el fuego de la artillería. Conforme el tiempo avanzaba, menos seguro se sentía el mando de la plaza de las gentes de la villa, y por la escasez de racionamiento y para evitar su peso muerto, hubo de expulsar de la ciudad más de tres mil bocas inútiles, pese al natural temor de que pudieran ser maltratados por el enemigo.

Desde el 2 de agosto, que habían llegado los españoles frente a los muros de la plaza de San Quintín, hasta el 21 del mismo mes, no cesaron en sus trabajos de aproche, atrincherándose para asegurar su artillería, y llevando a cabo una constante labor de zapa y de mina para ganar los fosos de la plaza, sin que los defensores pudieran hacer gran impedimento para evitarlo, pues la pobreza de su artillería y la escasez de arcabuceros sólo les permitían la contramina y los pequeños golpes de mano que les facilitaba el adquirir información. Muchos fueron los momentos de peligro por que la plaza pasó al tener que atender con tan escasa guarnición a tan extenso perímetro, como fue aquel en el que, al evacuar un depósito de pólvora que había almacenada en uno de los torreones inmediatos a la puerta de la muralla frente al barrio de la Isla, su mal estado provocó la explosión, que envolvió en polvo y humo a los que efectuaban la operación, derribando un gran trozo de muralla sin que los españoles se apercibieran del peligro, y que la guarnición, por otro lado, tardó en cubrir y en levantar.

En 21 de agosto el ataque se pone en movimiento; la artillería comienza a batir la muralla sobre tres puntos débiles de la defensa, cambiando frecuentemente las baterías de lugar. Al segundo día de bombardeo pudieron observar los defensores cómo los atacantes alcanzaban los fosos, aproximándose a la muralla sin que pudieran apenas castigarlos, ya que no contaban con fuegos flanqueantes, ni en las murallas ni en el foso; disponían de muy pocos arcabuceros y las piedras que desde la muralla les arrojaban les producían muy poco efecto. El punto álgido del ataque se encontraba en la parte sur, entre el molino de viento próximo a la puerta de San Juan, hasta la Torre del Agua, frente en que, en muy poco tiempo, no quedaba un solo torreón que no estuviera medio destruido. Fue entonces cuando se apercibieron verdaderamente los defensores de la debilidad de una plaza que Francia tenía por inexpugnable; pero que la artillería de los españoles destruía con harta facilidad, pues si bien los espesores de la muralla eran buenos, los materiales y la albañilería se presentaban tan deficientes que se derrumbaban fácilmente, ocasionando grandes brechas y dejando a muchos de los defensores sepultados bajo las piedras de la muralla. Cuando el foso fue alcanzado, la pequeña esperanza que la defensa tenía en las minas del Señor Saint-Remi, se desvaneció, decayendo el ánimo de los defensores, a los que trataba de convencer Coligny de defender la plaza a toda costa.

El fuego de las baterías continuó progresando en intensidad hasta el sexto día, en que, alrededor de las dos horas después del mediodía, el vigía que tenían colocado en la torre de la Iglesia, avisó que veía al ejército enemigo ponerse en armas, dirigiéndose la infantería a las trincheras como en un movimiento precursor del asalto. Muy pronto explotaron tres minas que los españoles habían conseguido colocar en el frente que guarnecía la compañía de Monseñor el Delfin; sin embargo, cuando parecía esperarse el asalto, no se produjo. Sin duda, al conocer los resultados de las minas, encontraron los españoles que eran mucho menores de lo que esperaban.

Inútiles fueron los esfuerzos de los sitiados para intentar reparar los daños y reforzar las defensas en los lugares quebrantados, lo que solamente podían hacer de noche, aunque bajo el fuego de algunas armas enemigas. Los incendios comenzaron a producirse en la ciudad. En menos de media hora veinticinco casas fueron pasto de las llamas, que, empujadas por el viento, amenazaban con quemar toda la villa. Las bajas en este día habían sido muy importantes. El capitán Saint André había sido herido y otros muchos lugares del frente se encontraban sin mandos, teniendo que atender a ellos con jefes de otros lugares menos amenazados.

Al amanecer del siguiente día, el séptimo desde que los atacantes habían comenzado su fue-

go de batería, éste alcanzó mayor furia. Los españoles, dueños de los fosos, podían poner en cualquier momento su pie sobre las murallas. El lugar por donde los españoles apretaban era el más alto de la ciudad, que, dominando el resto de la misma, impedía el preparar una segunda línea donde atrincherarse. Las fuerzas que guarnecían la plaza no llegaban a ochocientos hombres entre buenos y enfermos; las bajas de los dos últimos días habían reducido notablemente el número, teniendo que llevar a cabo un trasiego de hombres y de mandos de los lugares menos batidos para reforzar con ellos los frentes en peligro. En la distribución del mando de los once sectores en que se había dividido la defensa, el Almirante Coligny se reservó el de uno de aquellos más amenazados, con la firme resolución de combatir y de morir en la brecha. Eran las dos de la tarde cuando se escuchaba el clamor de la infantería española que se concentraba al pie de las murallas. Muy pronto pudo observarse como los guiones y estandartes de los españoles aparecían sobre los torreones que cubrían las tropas del Delfín. Un mar de soldados penetraban por la brecha, los sectores colaterales se ponían en marcha para rechazarlos; en uno de ellos se encontraba el propio Coligny, que subió con sus hombres al través que les separaba del sector alcanzado,



con intención de estrangular el ataque, encontrando todo completamente abandonado; tres banderas españolas ondeaban ya cincuenta metros en el interior de la plaza; de repente se ve envuelto por soldados españoles que le desarman. Uno de ellos, Francisco Díaz de Toro, Maestre de Campo, Alonso de Cáceres, que mandaba el ataque en aquella parte, quien le envió al Duque de Saboya. Ocupado este sector, se extendió la marea de los españoles por las murallas, facilitando la entrada de otros asaltantes por las tres brechas que la artillería había conseguido; en hora y media la resistencia se extingue por completo.

Felipe II, que presenció el asalto de la plaza desde sus inmediaciones, pudo ver con dolor que sus designios y consignas no se cumplían; la tardanza en rendirse de algunos grupos de defensores frente a una unidad de soldados alemanes, dio con su obstinación motivo al degüello y al saqueo, que aunque los españoles trataron de evitar, llegando a las manos con



los alemanes, sólo lo consiguieron en parte. Y aunque la moderación se acusa en los monumentos góticos del Ayuntamiento y la Colegiata, que han llegado hasta nuestros días y en las memorias y relatos que los nobles y gentilhombres prisioneros hicieron del buen trato recibido, los críticos franceses de la época pretendieron con sus acusaciones empañar nuestra gloria. En aquellos tiempos era casi imposible el evitar el saqueo de los soldados; era el premio natural de aquellos soldados de oficio y aventureros, atrasados en la cobranza de sus pagas, y que había llegado a constiuir un derecho de la época.

Los cronistas del lado francés ocultaron premeditadamente la generosidad y la nobleza del Monarca español al poner en libertad bajo juramento de no volver a hacer armas contra



*La Sala de las Batallas  
en el Monasterio de El Escorial.  
Tiene 55 metros de longitud,  
cuyas paredes fueron pintadas  
por los artistas italianos:  
Granello, Castello, Tabarón  
y Cambiaso.*

España a los soldados prisioneros; la amabilidad y cortesía con que fueron tratados los demás jefes, capitanes y caballeros en su traslado y permanencia en Artois; los cuidados que se prodigaron al Condestable Montmorency, herido; y las honras ofrecidas al Príncipe don Juan de Borbón, muerto en la batalla, y que fue trasladado a La Fère, donde se entregó a sus deudos.

Esta fue la nueva victoria del 27 de agosto de 1557, complemento natural de la gran batalla librada a la vista de sus muros el 10 de agosto y conocida por la batalla de San Quintín. Difícil es siempre a través del tiempo, en este caso de cuatro siglos, el poder ofrecer un juicio crítico de las batallas. Son muchas las circunstancias que suelen escapar a la observación del historiador que han podido tener una gran influencia sobre los hechos. El cambio mismo de las estructuras nacionales y militares en tanto tiempo nos dificulta el enjuiciar con la mentalidad de hoy los sucesos de ayer. La historia suelen hacerla siempre los vencedores y casi siempre acusan un ensañamiento con el vencido. La crítica pretende, por otra parte, justificar las razones de la victoria, olvidando la eterna verdad: la de la voluntad de Dios y sus designios inescrutables.

Séame permitido, con este motivo, que antes de entrar en el campo de la crítica histórica, que poco nuevo puede presentar por ser extraída de la misma cantera de los que en mismo empeño me precedieron, hacer una pequeña digresión para recordar, aunque muy someramente, lo que podríamos llamar la teología de las batallas. Existe, sí, el Dios de las Batallas. Sobre la intención y la voluntad de los hombres preside siempre la voluntad de Dios que otorga la victoria y reparte las derrotas. Dios no suele abandonar las causas justas ni a los que de buena fe le sirven. Si con ese espíritu teológico nos adentrásemos a escrutar los acon-

tecimientos guerreros que constituyen hitos en la marcha del mundo, encontraríamos fácilmente la justificación de los designios de la voluntad divina. Así lo reconoce el Almirante Coligny en sus memorias al relatar los pormenores de la defensa de la plaza de San Quintín, cuando dice: «La voluntad de Dios, la cual es siempre buena, santa y razonable; que no hace nada sin justa ocasión, de la cual, sin embargo, yo no sé la causa, la cual, si yo indago, es para más pronto humillarme delante de El, conformándome con su voluntad.» Dignas y cristianas palabras del que fue llamado por los historiadores «el héroe de la mala fortuna».

Existe tan poco espacio entre la victoria y la derrota, las circunstancias del azar son tan cambiantes..., la batalla mejor dirigida y victoriosa puede torcerse y cambiarse por sucesos sobrevinidos e incontrolables que nadie puede estar seguro si la voluntad de Dios no se inclina a su lado.

Aunque muchos no lo crean, la victoria hay que merecerla, y si aplicamos este módulo teológico a la batalla de San Quintín y prescindimos de las características de los capitanes y de las cualidades extraordinarias de las tropas, que es en lo que suelen fundamentarse los críticos, encontramos que también en ese orden superior era justa la victoria para las armas de Felipe II y para los ejércitos españoles.

Nos encontramos en el siglo de la plenitud de los servicios de España a la causa de nuestra fe católica. Son ya largos los años en que España lucha contra la Reforma. Las tropas españolas pelean en América por la expansión del Evangelio. Su amor a la paz ha sido sancionado por la tregua de Vaucelles, firmada por Carlos V y Francisco I, que había de ser rota por el Convenio secreto que convienen el rey Enrique II, sucesor de Francisco y Paulo IV. Felipe es todo religiosidad, ponderación y prudencia; Enrique, lo contrario: el abandono, la imprudencia y la impetuosidad. España combate por la unidad de la fe; en Francia, bajo Enrique, ésta se se pierde y se disgrega. El propio fin de Enrique II invita a meditación, el Condestable Montmorency le saca un ojo con su lanza en un torneo, produciéndole la muerte. Mas descendamos de la altura a la tierra, a examinar los hechos que están a nuestro alcance, el análisis crítico de las personas y de los acontecimientos. Son los principales personajes por parte española, con Felipe II, Filiberto de Saboya y el Conde Egmont, general de su caballería, con varios generales y jefes expertos y acreditados en la guerra.

Felipe II da, al enfrentarse con esta primera de sus batallas, un magnífico ejemplo de su amor a la paz, de su sabiduría y de su prudencia. Era la época de los Reyes Caudillos, de la nobleza en armas; su padre y sus más próximos antepasados habían cimentado su fama en los campos de batallas. Nada más natural que el hijo de Carlos V y biznieto de Fernando el Católico se hubiese dejado arrastrar por la emulación y tomar el mando directo de sus ejércitos; tanto más cuanto contaba con expertos generales y capitanes que podían aconsejarle; pero pudo más en su ánimo la responsabilidad y el deber que la noble emulación de la ambición y de la fama. Comprendió que su empresa era de mucho mayor alcance y envergadura que la de jugarse su prestigio y el de la nación en un encuentro con los franceses, y dejó la responsabilidad de la batalla a quienes correspondía: a sus generales.

Hermoso ejemplo para aquellos políticos que en los tiempos contemporáneos sacrificaron sus naciones a la vanidad y ambición de dirigir personalmente sus ejércitos. Su modestia era tanta, que cuentan los cronistas de la época, que cuando el Duque de Saboya se acercó al Rey Felipe a darle cuenta de la gran victoria e intentar besarle la mano, éste le tendió los brazos y le dijo: «Más bien me toca a mí besar las vuestras, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre ha costado.»

Era el Duque de Saboya primo del rey, gobernador de Flandes, de 23 años de edad, instruido y ya conocedor del arte de la guerra. Había sido capitán y jefe del escuadrón contra el Duque de Sajonia en el ejército de Carlos V; General de Caballería en el Piamonte y Jefe superior en la expedición de Metz y en la conquista de Hedin. Amante de la responsabilidad, ducho en fortificación y muy experto en maquinaria de guerra, va a ejercer el mando directo de las tropas. En el Conde Egmont se dan aquellas cualidades ideales que, según los tratados militares, han de adornar al jefe de la Caballería. A su vista de águila y corazón de león une aquella otra gran cualidad de saber discurrir y resolver en lo álgido de la batalla. Entre otros muchos capitanes, destacan el lugarteniente general, don Fadrique Enriquez; los Maestres de Campo, Navarrete, Cáceres, Romero y García Manrique, el Duque de Brunswick y los Condes de Mansfeld, de Pembroke y de Horn, como los más importantes. De las tropas destacan los Tercios españoles con sus arcabuceros y piqueros, curtidados en múltiples empresas guerreras, y una numerosa caballería.

Por la parte francesa se nos presenta a la cabeza el Condestable de Montmorency, que aunque diestro y valeroso, los historiadores le acusan de vanidoso, poseído de sí mismo,

sordo al consejo, desdeñoso de la opinión ajena, imprudente y sin reflexión. Graves defectos para un conductor. Tiene a sus órdenes grandes capitanes, como el Príncipe de Condé, el Duque de Enghien, D'Andelot y el Mariscal de Coligny, entre otros muchos. Las tropas francesas son inferiores a las españolas en número y calidad. Están compuestas, en parte, por mercenarios extranjeros y aventureros, encuadrados por la flor de la nobleza francesa. Su artillería es una cuarta parte de la que poseen los españoles, y sus arcabuceros se encuentran en parecida proporción.

La plaza de San Quintín aparece como desconocida para unos y otros; los franceses la supervaloran, considerándola intomable. Una mayor guarnición y una mejora de su estructura hubieran podido dilatar por mucho tiempo y hacer más cruenta la toma para los españoles. Sorprende la ignorancia en que los franceses se encontraban de su capacidad defensiva.

En el juego de sus armas, Filiberto, aunque joven, demuestra un gran acierto; conjuga perfectamente la caballería con la infantería y cuando aquélla se empeña, cuenta siempre con los arcabuceros o los hombres de a pie para apoyarla y liberarla; emplea la artillería con oportunidad para romper los cuadros; maniobra como caudillo consumado; demuestra condiciones superiores y sabe aprovechar rápidamente los fallos del adversario. Lo demuestra en la rapidez con que capta la situación difícil de los franceses, empeñados en el paso del río, que aprovecha para forzarles a la batalla en las condiciones para él más favorables, y no les deja ya hasta consumir la victoria. Montmorency, temerario y testarudo, no sabe aprovecharse del despliegue y sujeción del dispositivo español, y es, por el contrario él, el que tontamente se empeña, fija y compromete, sacrificando todo el esfuerzo en una plaza difícilmente defendible, cuando su acción eficaz hubiera estado en maniobrar y sacar partido de la situación forzada de los españoles, obligándoles a levantar el sitio o ser destruidos.

En el campo español aparecen perfectamente compenetrados el Duque de Saboya con sus capitanes, mientras en el campo francés el divorcio y la diferencia de opiniones no pueden ser más completos. La mayoría de los críticos de la batalla encarecen la maestría con que el de Saboya utiliza los reconocimientos y la sorpresa, y la inocencia, con que el francés prescinde de estos indispensables medios. Destaca de la batalla la sensibilidad que el Duque de Saboya acusa al tomar la decisión de su maniobra de envolvimiento para consumir la derrota de su adversario. En maniobras de este estilo juegan la decisión y la sorpresa, las características de los jefes y de los capitanes, unidas a la calidad y al buen espíritu de las tropas. El que envuelve se coloca en situación de envuelto. La maniobra no admite vacilación; la operación no tiene vuelta. Hay que llevarla hasta el final; suele constituir el término de una batalla en la que, anteriormente, se ha quebrantado al enemigo. Son tantas, a pesar de todo, las circunstancias que pueden ponerla en peligro, que es necesario la seguridad y la confianza plenas y, como antes decíamos, sobre ellas la protección de Dios, en el que siempre queda la decisión de la victoria.

Algunos críticos lamentan que al tener abierto el camino hacia París no se hubiera explotado la victoria hasta conquistar la capital. Fácil es siempre la crítica sin responsabilidad. ¿Podía ser comprometida la victoria en un camino tan largo y empresa tan compleja? ¿Puede compararse el sitio de una villa de seis kilómetros de perímetro, próxima a nuestra frontera de Flandes, con el avance y sitio de París, con las armas de entonces y una comunicación tan larga? Ya hemos visto en los tiempos modernos lo que representó la resistencia de una ciudad como Stalingrado, en que sucumbió el poderoso y antes victorioso ejército de Von Paulus. La prudencia mandaba no llevar la explotación fuera del campo táctico; por eso, ocupada San Quintín, se completa con la de Châtelet, Ham, Noyon, que se rematan con la nueva victoria de Gravelinas, del general Conde de Egmont sobre el Mariscal de Thermes, y que lleva a la conclusión del Tratado de Cateau-Cambrésis, que nos dio la paz que necesitábamos y que duró todo el reinado de Felipe II.

La moderación en la explotación de su victoria acredita a Felipe II como buen gobernante; su objetivo es la paz y así, cuando da noticia al duque de Alba de su gran victoria, le encomienda aprovecharla para hacer las paces con el Papa en la forma más conveniente para ambos, implorando en su nombre su perdón, dando fin de este modo al problema de su conciencia, de haberse visto enfrentado, contra su voluntad, con el Pontífice. La batalla de San Quintín es clásica en la evolución del arte de la guerra. En ella se alumbró un sistema que ha de permanecer cerca de cuatro siglos; se asienta la supremacía de las armas de fuego; es la puerta por donde la Infantería pasa a ser la reina de las batallas. Se inicia el poder progresivo de la Artillería como arma de destrucción de murallas y de cuadros, y las condiciones progresivas y dinámicas del cañón sobre la estática de la coraza. Por eso, El Escorial, aparte de lo que tiene de monumento, de templo, de museo, de panteón y de recuerdo a la hegemonía política y militar española durante el siglo XVI, es, con el recuerdo de la batalla de San Quintín, un monumento importante a la evolución del arte de la guerra.



El Almirante  
Gaspar de Coligny.  
Dibujo  
por François Clouet.  
(Biblioteca Nal. de París.)

---

# EL GRECO EN EL ESCORIAL

---

Por EL MARQUES DE LOZOYA

---



ENTRE Domingo el Greco y el proyecto faraónico de Felipe II hay secretas afinidades y claras y visibles discrepancias que explican el que no se llegase a una total penetración entre el rey y el artista. Para Domingo, que dicen que había dicho que él hubiera superado a Miguel Ángel si le

hubiesen encargado la pintura de la Sixtina, el magno edificio, único que en Europa pretendía emular la grandeza vaticana, constituía una ocasión excepcional. El cretense era la sola persona de su siglo que tenía de sí mismo el concepto que después ha confirmado la posteridad y se creía capaz de iluminar, con su visión del mundo, de la gloria



y del infierno, las enormes superficies que los arquitectos del rey de España iban creando al seguir los diseños de Juan Bautista de Toledo, de Pacciotto o de Juan de Herrera. Probablemente el deseo de encontrar una empresa en España digna de su genio fue el secreto motivo de que aceptase la invitación de don Luis de Castilla para establecerse en Toledo.

Parece como si las cosas fuesen a encauzarse conforme a los deseos del cretense. El rey Felipe II deseaba un pintor que completase con formas y colores la demasiado severa arquitectura escorialense y supo que tenía en Toledo un artista de cuyas primeras obras en España —el retablo de Santo Domingo el Antiguo, el Expolio de la sacristía de la catedral toledana— se contaban maravillas, pues en estos lienzos se compendia toda la sabiduría de los talleres de Venecia, de los cuales el regio mecenas era tan devoto. Posiblemente Domingo vio los planos de El Escorial y los aprobó. El era un manierista seguidor, en lo arquitectónico de Vignola y de Palladio, y la «pasión contenida» que late bajo la aparente frialdad herreriana estaba de acuerdo con el espíritu de su pintura, que quería infundir un hondo sentido religioso —católico— a la revolución formal con que el Renacimiento había interrumpido el proceso, ya agónico, de la Edad Media.

Desde el Padre Sigüenza se viene ponderando el fracaso del griego, cuya obra de prueba, el magnífico «San Mauricio», no le contentó a Su Majestad. Creo que es preciso poner las cosas en su punto. No le contentó para el lugar que le había destinado: una de las capillas de la iglesia. El rey lo subordinaba todo a un concepto de unidad y de armonía, en el cual cada elemento habría de someterse a la dirección impuesta por el arquitecto, bajo su directa inspiración. La iglesia había de constituir una gran sinfonía en la cual la arquitectura, la pintura y la escultura estuviesen siempre acordes. Los amarilloslimón, los azules de ultramar y la púrpura brillante del lienzo del griego hubieran constituido una discordancia, una nota demasiado estridente, como las que ahora son habituales en la música moderna, pero que eran inconcebibles en tiempo de Tomás Luis de Victoria. Yo creo que el rey artista supo comprender la obra genial de El Greco. La pagó espléndidamente y la dio un lugar de honor en la breve y selectísima pinacoteca escorialense. De la misma manera a Felipe II, admirador y gran coleccionista de los cuadros de Jerónimo van Aecken, «El Bosco», no se le hubiera ocurrido nunca situar un cuadro de este pintor en la iglesia de El Escorial. Pintores menos geniales, pero más dóciles, encajaban mejor en su idea.

Sin una valoración exacta por el gran rey y por sus sucesores, todos ellos finos conocedores de la pintura del Greco, no se concibe que en la colección del monasterio, entre las tablas o los lienzos de Van der Weyden, de Gerardo David, del Bosco, de Patinir, de Ticiano, de Veronés, de Tintoretto, figuren seis lienzos de Domingo, entre ellos cuatro: el «San Mauricio», «La Adoración del nombre de Jesús», el «San Pedro» y el «Santo Arzobispo», que pueden contarse entre la docena de obras capitales del pintor. La pintura de Domingo es, en El Escorial, la que está en más perfecta consonancia con el concepto del rey fundador, que pretendía nada menos que bautizar el Renacimiento infiltrando en la gran revolución espiritual y estética el espíritu del Concilio tridentino.



Una escena, en otro plano del cuadro, como en las miniaturas de los escritores monásticos de Oriente.

Los generales (de Felipe II) estarían representados en los cuatro personajes que aparecen armados como en el siglo XVI. Se podría reconocer a Filiberto de Saboya en la cabeza que mira hacia el cielo.



TODO en la iglesia de El Escorial fue concebido como una obra de conjunto, perfecta, en la cual cada uno de los detalles habría de ser minuciosamente estudiado. Sería interesante investigar la razón, piadosa o política, que motivó la elección de los asuntos de los cuadros que habían de situarse en los altares adosados a las pilastras o en los que centran las pequeñas capillas. En la mayor parte figuran santos emparejados. Según el plan regio, la tercera de las capillas se había de consagrar a San Mauricio y a sus compañeros de la heroica legión tebana. Aquí se ve claro el designio del rey fundador y de sus doctos asesores. El artifice de la victoria de San Quintín, de la cual el monasterio es consecuencia, fue el Duque de Saboya, Manuel Filiberto. San Mauricio, cuyo martirio había acontecido en un lugar sometido históricamente a la influencia saboyana, era el patrono de la caballeresca dinastía, y en su honor el Duque Amadeo VIII había fundado la orden militar de San Mauricio, fundida luego con la de San Lázaro en 1434.

El martirio de la Legión Tebana es uno de los episodios mejor documentados en la historia de las persecuciones contra la naciente Iglesia. Lo consigna, todavía en el siglo IV, San Teodoro, obispo de Martigny, y lo describe detalladamente, en la primera mitad de la centuria siguiente, San Euquerio de Lyon. Mauricio era el jefe de un grupo militar —probablemente no una legión, sino una cohorte auxiliar—, reclutado en la Tebaida, comarca intensamente cristianizada. Tanto el jefe como sus subalternos Cándido, Exuperio, Urso y Víctor, como la totalidad de los soldados, eran cristianos. El César Marco Aurelio Valerio Maximiano organizó una expedición contra los labriegos de las Galias, que se negaban a pagar el tributo (286). En un descanso en la travesía de los Alpes, Maximiano dispuso un sacrificio para impetrar la protección de los dioses. Como los tebanos se negasen a este acto idólatrico, la legión fue diezmada diversas veces y, al fin, totalmente pasada a cuchillo.

Este es el tema que el pintor cretense había de desarrollar. Del afán de Felipe II porque la obra tuviese un rápido remate, nos da idea una cédula del rey dirigida al Prior de El Escorial, que publica don Eugenio Llaguno y Almirola en sus *Noticias de la Arquitectura y de los arquitectos de España* (Madrid, 1829):

«El Rey.—Venerable y devoto Padre Prior. En días pasados se ordenó por mi mandado a Dominico Teotocopouli, griego, pintor, que reside en Toledo, que pintase la historia de San Mauricio y sus compañeros para uno de los altares de la iglesia y se diesen los marcos y medidas para ello. Y después se me ha hecho relación que, por falta de colores finos y de dineros para trabajar en esta obra, deja de entender en ella. Y porque a mi servicio conviene que se haga con la más brevedad que ser pueda, os encargamos que de los colores finos que hubiere... le hagáis dar algunos de los que pide, especialmente azul ultramarino. Y para lo que toca al dinero que pretende, comunicaréis con Fray Andrés de León, para entender de él lo que se pudiera dar a buena cuenta para entretenerse el tiempo que en esta obra se ocupare, y proveerse de las cosas necesarias, que para ello fuese menester, y aquello se le podrá ir dando... para que por esta causa no se deje de proseguir la obra... De Zorita, a 28 de abril de 1580. Yo el Rey.»

Nos da idea este documento del afán del rey por ver la obra terminada y el del pintor por procurarse colores de la más fina calidad. Nos ayuda, además, a fechar con mayor exactitud el proceso del cuadro, suspendido, apenas comenzado, en la primavera de 1580. Don Manuel Cossío hace notar que el artista, hostigado por la prisa del rey, se entregaría de lleno a él, quizás sin acabar los lienzos de Santo Domingo el Antiguo y cuando apenas habría terminado el «Expolio» de la catedral to-

San  
ricio  
y la  
gión  
ana.



San  
sicio  
y la  
gión  
ana.

San Sebastián



Es un manierista  
en la gracia  
refinada  
de sus ángeles músicos.

ledana. El cuadro estaba, sin duda, en toda perfección cuando fue sometido al juicio difícil de Felipe II en 1583, después de la campaña de Portugal. Por Pacheco, testigo *de visu*, sabemos que el cretense hacía para cada una de sus composiciones un «borroncillo» o boceto que utilizaba después en sucesivos encargos con el mismo tema. Según Ponz y Cea Bermúdez, el boceto del «San Mauricio» se conservaba en la iglesia de San Torcuato de Toledo y todavía estaba allí en 1845, en que consigna su existencia Amador de los Ríos. Probablemente de ese «borroncillo» proceden las réplicas del «San Mauricio» que se guardan en diversas colecciones. El Greco conservaba, con su espíritu bizantino, un concepto de la inmutabilidad de los tipos y reiteraba con frecuencia sus composiciones. En el inventario de los bienes del pintor que publica San Román, figuran tres representaciones del tema, de diverso tamaño. Una de ellas es, sin duda, la de la Colección Real de Rumania, que estuvo en el castillo de Pelesh, en Sinaia.

El gran lienzo de San Mauricio y sus compañeros de martirio es uno de los más importantes que se hayan pintado nunca en el mundo. Lo es por la exquisita espiritualidad que emana de la composición, iluminada por una luz que parece la de una vidriera policroma. El gesto elegante del caudillo y de sus capitanes ante la muerte, en su coloquio supremo, es acaso la representación más exacta de un momento en que España, en el apogeo de su grandeza, comienza a vislumbrar su ocaso. El catálogo de la Colección Real de Rumania, publicado en 1898, insinúa la idea de que en el grupo estén re-

presentados Felipe II y sus generales. Cada vez me parece esta versión más verosímil. San Mauricio sería un Felipe II sublimado, con una grandiosidad en las proporciones y una elegancia en el gesto, que ciertamente no tuvo nunca la desmedrada figura del fundador de El Escorial; pero, a mi juicio, el parecido con los retratos juveniles de mano de Ticiano es evidente. Los generales estarían representados, mejor que en las tres grandes figuras que dialogan con Mauricio, en los cuatro personajes que aparecen en segundo término armados no a la romana, sino según los modelos del siglo XVI. Se podría reconocer a Filiberto de Saboya en la cabeza que mira hacia el cielo, en el fondo. El caballero joven de barba buida podría ser Alejandro Farnesio.

Como el «Entierro del Señor de Orgaz», como «El caballero de la mano al pecho», el «San Mauricio» ha producido toda una literatura en la cual figuraban los nombres de Ortega y Gasset y de Eugenio d'Ors. En ella, los comentaristas se han detenido más en considerar el cuadro como una síntesis espiritual de una hora de España: de una hora de heroico sacrificio realizado con elegante mesura, que en los valores estrictamente pictóricos del cuadro. Estos valores son inmensos. En el «San Mauricio», Domenico Greco es todavía un bizantino en la composición, en la cual se representan escenas simultáneas en diversos planos, como en las miniaturas de los escritores monásticos de Oriente; es un veneciano en los difíciles esbozos de las figuras, aprendidos en Tintoretto, en la pincelada suelta y fácil, en la armonía de púrpuras y azules; es un manierista en la gracia refinada de sus ángeles músicos. Pero en el conjunto del gran lienzo es él y sólo él. Nadie podrá pintar ya un cuadro semejante a éste, que es, en la historia del Arte, un caso único e insólito, con su valor luminoso de esmalte o de vidriera. Nunca han contenido tanta verdad los versos con que el Duque de Amalfi ensalzó al Greco en los años en que el modernismo comenzaba a exaltar al cretense: el que con sus difíciles y violentos contrastes:

... vence al azul, y humilla la escarlata  
de los ducales lienzos de Tiziano.



El cielo  
con el anagrama de Jesucristo  
y el infierno, monstruo  
en cuyas fauces caen los condenados,  
fueron tratados en «El sueño de Felipe II».

## Cinco lienzos de El Greco en El Escorial

QUE El Greco fue comprendido, como fue comprendido el Bosco, otro pintor difícil, por el rey fundador y por sus sucesores, se demuestra por la presencia en la regia y exquisita pinacoteca escorialense de cinco cuadros, tres de ellos excepcionales, de Dominico, además del «San Mauricio», fuera de serie. Uno de ellos, de la más excelsa categoría, es el que fue conocido muchos años por la denominación romántica de «El sueño de Felipe II», que le dio Poleró en el catálogo de 1857. Se trata en realidad, como ya estableció el Padre Santos en su *Descripción del Escorial*, de un comentario a un texto de San Pablo en la epístola a los Filipenses: *In nomine Jesu omne genuflectatur Coelestium, Terrestrialium et Infernorum*. Es una composición grandiosa, aun cuando las dimensiones del lienzo no sean excesivas (1,40 x 1,90). El anagrama de Jesús resplandece en la parte superior del lienzo, adorado por angélicas jerarquías dispuestas en semicírculo en su torno. En la parte inferior adoran el nombre divino los diversos estamentos del mundo, cada uno de cuyos personajes está pintado con tanto primor como si constituyese un retrato exento. A la izquierda del cuadro, el infierno representado, como en las miniaturas, bizantinas, por las fauces de un monstruo marino, dentro de las cuales se retuercen los cuerpos desnudos de los réprobos. Como una mancha negra entre la finísima armonía cromática en que predominan los tonos grisáceos y rosados, la figurilla orante del gran rey, sin atributos mayestáticos. No andaban tan descaminados los que pensaron en una visión de Felipe II. El Greco nos dejó el más exacto retrato espiritual del monarca abrumado, entre el cielo y el infierno, por su propia responsabilidad, y que pone en el nombre de Jesús su postrera esperanza.

He pensado alguna vez que el cuadro de El Escorial, pequeño relativamente, no es sino un proyecto para ser ampliado en una obra de vastísimas dimensiones. Si Dominico se creía



Es un veneciano en los difíciles escorzos de las figuras aprendidos en Tintoretto.



capaz de superar a Miguel Angel en el «Juicio Final» de la Sixtina, soñaría tal vez en algún tema de grandiosidad semejante a la que había inspirado al Buonarrotti. Creo muy posible que el cretense, del cual no sabemos que intentase el fresco, imaginaria para el testero de la iglesia escorialense un retablo a su manera veneciana, de escasos y grandes ámbitos, de los cuales sería éste el central. Se ha discutido mucho por los críticos sobre la fecha de este cuadro, que Cossío sitúa hacia el 1600. Yo estoy en absoluto conforme con Camón Aznar, que lo coloca en el primer período de la estancia del pintor en España. Ningún otro lienzo del Greco, ni aun el «Expolio», ofrece tan cercano el recuerdo de Italia. Es preciso estudiar los admirables desnudos que se contienen en la boca infernal. Miguel Angel está allí presente como un recuerdo que el artista, a pesar de la famosa bravata con que escandalizó a Pacheco, no pudo eliminar.

Puede ser que el Santo Arzobispo (San Eugenio, o más bien San Ildefonso) sea la obra en que Dominico Greco alcanzó la cumbre de su genio. La majestad de la fisonomía, tan española, del prelado es imponderable. Ningún pintor ha conseguido jamás una sinfonía de rosa y de gris azulado como la de este cuadro, que es toda una lección de gran pintura. El «San Pedro», que le hace pareja, es una de las figuras más grandiosas de este gran pintor de personajes semidivinos. Huella la tierra, pero no pesa sobre ella. Parece sostenerse sobre su ampuloso manto amarillo, que nos recuerda que El

Puede ser que  
el Santo Arzobispo  
(San Eugenio, o más bien San Ildefonso)  
sea la obra en que Dominico  
Greco alcanzó la cumbre  
de su genio.



Greco, según consigna Pacheco, se valía, como modelos, de figurillas de barro, a las cuales vestía con paños plegados a su manera. En el «San Pedro» de El Escorial, este plegado forzado de los paños sobre una figura pequeña se vislumbra como en ninguna otra obra del Greco. Emparejados el Arzobispo y el Apóstol, parece como si el pintor hubiera querido contrastar la ascética elegancia del prelado visigodo con la ruda y gigantesca figura del pescador de hombres, piedra angular de la Iglesia.

El tema de San Francisco recibiendo los estigmas o en otras actitudes es el que El Greco trató con mayor reiteración. Sin duda su éxito fue inmenso en la España franciscana del 1600, en la cual el ámbito de devoción creado por claustrales y observantes, por capuchinos y alcantarinos, por las monjas clarisas y por las órdenes terceras alcanzaba una enorme amplitud. Francisco Pacheco, tan poco afecto al arte áspero y difícil del cretense, le cede en este punto la primacía. Después de ponderar a Mohedano como intérprete fiel del franciscanismo, escribe: «Pero dexaremos esta gloria a Dominico Greco, por que se conformó mejor con lo que dice la istoria.» Hasta 128 lienzos del taller consigna Camón, y durante todo el siglo XVII se siguieron repitiendo copias e imitaciones que indican la persistencia de la demanda. En El Escorial hay dos lienzos franciscanos, uno pintado hacia 1585 y el otro de hacia 1590, ambos excelentes, de la época en que el pintor vertía aun en el lienzo una emoción directa y genuina que luego se altera al repetir en serie un asunto de segura aceptación.

---

#### La nueva colocación de los Grecos en El Escorial

---

POR todo El Escorial, tanto en el monasterio como en las dependencias palatinas, hay bellos cuadros, pero la pinacoteca escorialense estaba concentrada en las salas capitulares y en la sacristía. Era, hasta que fue dispuesta una ordenación nueva con motivo de las fiestas centenarias, un museo al estilo que predominó en Europa hasta este siglo. La ciencia museística es algo muy reciente en su sentido actual, que prescinde de todo lo que no sea el ofrecer los objetos en las máximas condiciones de visibilidad y de estudio, prescindiendo de todo lo que pueda perturbar su perfecta contemplación. Los cardenales y los príncipes del Renacimiento, primeros que sistematizaron el instinto humano de acumular objetos preciosos, situaban sus cuadros en las galerías de sus palacios, en ringleras superpuestas, a la buena o mala luz que consentían las ventanas de un edificio no construido especialmente para este objeto. En los cuadros flamencos del siglo XVII que representan minuciosamente colecciones principescas, las obras aparecen dispuestas en tres o cuatro filas, en confusa mezcolanza de estilos, sin tener en cuenta las circunstancias propicias o adversas que creaba su vecindad. Todavía muchas galerías privadas italianas conservan este sistema, en el cual se pretendía, sobre todo, una acumulación de grandes nombres en la historia de la pintura que complaciese el orgullo del propietario. El exceso de dorados en la decoración y los colores estridentes de los fondos perjudicaban la valoración de cada una de las obras expuestas. Una pinacoteca antigua era, ante todo, una colección de firmas famosas.

Esta era la situación de los cuadros en la sacristía y en las salas capitulares de El Escorial. Se confundían en sus ringleras las obras de la más diversa calidad: grecos, venecianos, españoles, primitivos flamencos, situados a veces a contraluz, sobre un fondo rojo, en pésimas condiciones de visibilidad. Con motivo de las conmemoraciones centenarias, la inmensa



El expresivo coloquio  
de las manos  
momentos antes de la muerte.

San Mauricio sería  
un Felipe II sublimado...



riqueza pictórica del monasterio y del palacio se ha repartido entre las salas del que fue «Palacio de verano», debajo de las estancias de Felipe II, con distribución idéntica a la de este recinto palatino: en dos grandes salones en la planta terrena, con ingreso desde el gran patio de palacio y en las mismas salas capitulares y sacristía, agrupando los cuadros por escuelas y buscando para ellos el ambiente más propicio. El acuerdo entre el ambiente y las obras expuestas es perfecto. Sin duda los nuevos museos de El Escorial pueden figurar entre los más gratos recintos de arte de Europa.

«A todo señor, todo honor». Es el Greco el más favorecido en la nueva instalación, y esto es justo, puesto que el cretense dejó en la fundación de Felipe II lo mejor de su tarea, si excluimos de ella el «Entierro del Señor de Orgaz». Tintoretto, Ticiano, Veronés, Velázquez, Ribera tienen en este recinto obras excepcionales, pero lo mejor de los venecianos y de estos grandes españoles está en Venecia o en el Prado. En cambio, entre la copiosa producción de Dominico no hay nada que supere en calidad y en poder emocional al «San Mauricio», a «La adoración del nombre de Jesús», al «San Ildefonso». El martirio de la legión tebana ha sido considerado como la cumbre de la selectísima pinacoteca. Se le puede ver ahora, a plena luz, solo en un gran testero en el salón de bellas proporciones que se ha consagrado a la memoria de Felipe II. Desde allí nos da su lección de «pasión contenida», como pasión contenida es toda la arquitectura que le rodea. Le sirven de corte de honor solamente dos tablas, de estilo totalmente diverso, y situadas en los puntos más alejados: la «Crucifixión», de Roger van der Weyden, y la copia del «Descendimiento», del mismo pintor, por Miguel Coxcie. Tapices admirables —dos de cartón de El Bosco y uno de la serie de Túnez— contribuyen a acentuar en la sala la impresión de austeridad y de riqueza que es la suprema elegancia de El Escorial.

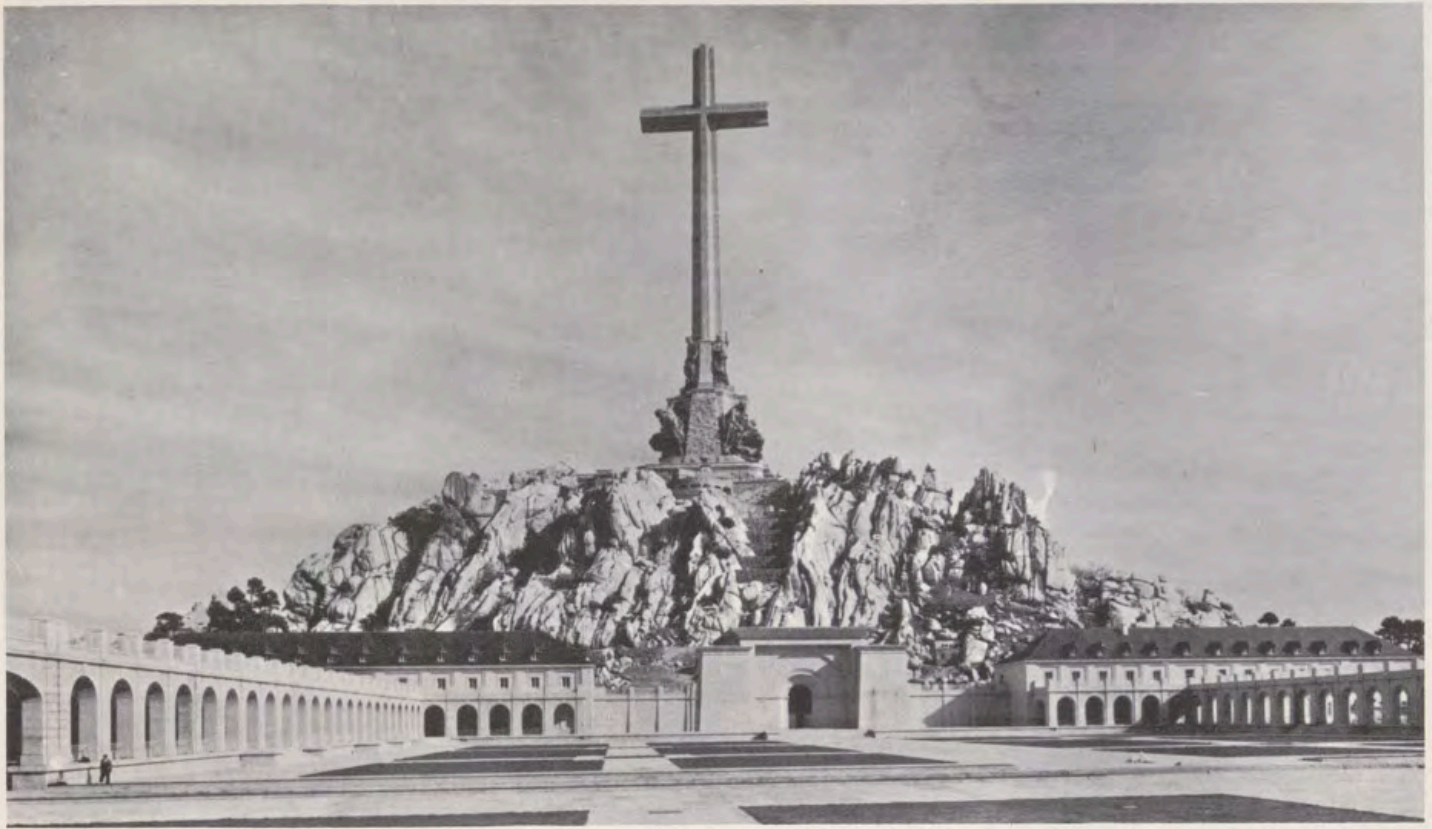
La sala contigua se ha restablecido ahora en su primitiva concepción herreriana, derribando entrepisos y tabiques de la época de Fernando VII. No creo que haya en museo alguno conjunto tan logrado. Todo en él es armonía, silencio y reposo, bajo la alta bóveda, a la luz tamizada que viene del jardín. «La Adoración» preside uno de los testeros y es ahora cuando podemos discernir las breves maravillas que integran la composición genial, a la cual acompañan las dos representaciones de San Francisco. En otro de los testeros se emparejan y se complementan San Pedro y San Ildefonso. Una única nota ornamental, delicadísima, es, en el lienzo de pared frontero a «La Adoración», un tapiz de la colección de «Las esferas». Como complemento decorativo también, se han situado a contraluz, flanqueando el balconcillo, dos secundarios lienzos venecianos.

ESTUDIO DE PINTURA DE  
**JOSE DEL PALACIO**  
PELIGROS, 2 - MADRID



- RETRATOS AL OLEO, TOMADOS DIRECTAMENTE DEL NATURAL.
- TAMBIEN, COPIANDO DE UNA FOTOGRAFIA, PODREMOS HACER UN BUEN CUADRO QUE DECORARA SU HOGAR.

- RETRATOS AL OLEO DE PERSONALIDADES PARA SALAS DE CONSEJO, HOMENAJES COLECTIVOS, PRESIDENCIAS DE DESPACHOS, ETC.



*Santa Cruz del Valle de los Caídos.  
Convento y Seminario.*

# PATRIMONIO NACIONAL: PALACIOS, MONASTERIOS Y MUSEOS, ESTIMADOS ENTRE LOS MAS BELLOS DEL MUNDO

POR RAFAEL SANCHEZ

**P**OR los cuatro costados de la geografía de España, por cualquier camino que el turista decida tomar en apacible viaje de vacaciones, hay un palacio, un monasterio, un convento o un museo, de singular e inigualable belleza, que pertenece al Patrimonio Nacional.

En Castilla, en Cataluña, en Andalucía o en Mallorca, los monumentos de este Patrimonio llaman la atención aconsejando, al viajero, una inolvidable visita. La visita para contemplar lo que es difícil hallar en otra parte. Porque quizá no exista actualmente en todo el mundo un conjunto monumental de esta clase que, además, se encuentre en unas condiciones como si estuviera habitado. Ahí está, por ejemplo, la pre-

sentación de cartas credenciales al Jefe del Estado (acto que se efectúa durante la mañana de los jueves) y que no necesita de especiales preparaciones para ello.

Sólo en Madrid son precisos varios días, al curioso amante de las obras de arte de muy distinto género, para admirar (no digo estudiar) cuanto se custodia y exhibe en los monumentos del Patrimonio Nacional que se encuentran en la capital.

Aunque el Patrimonio Nacional posee joyas arquitectónicas en diversos lugares de España, la mayor parte de ellas distan poco de la capital de la nación. Por eso, es posible un recreo estético de esta naturaleza en el menor espacio posible de tiempo.



X

*El acusado ángulo del Monasterio  
(fachada principal a la derecha)  
desde la lonja.*

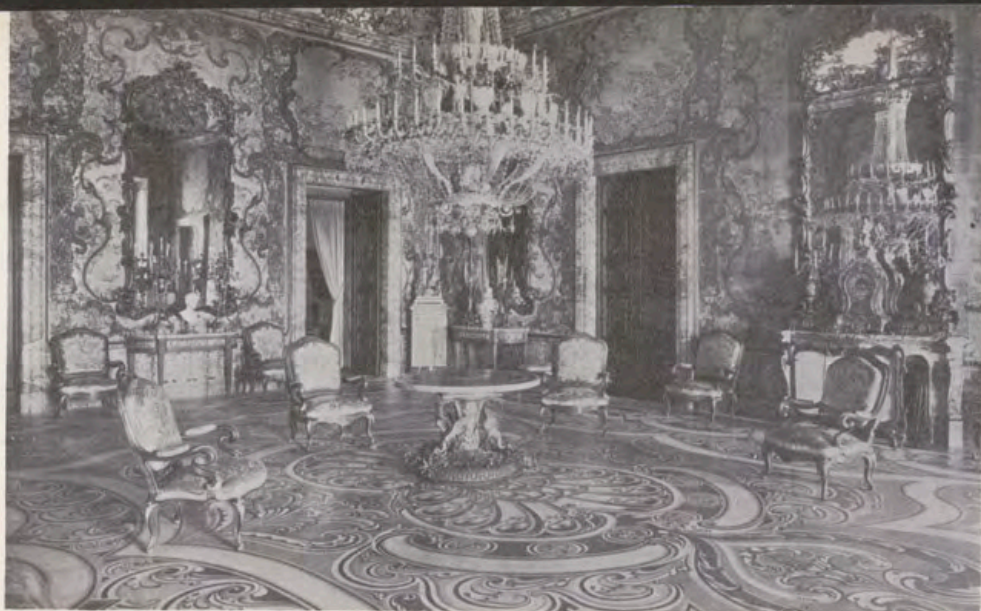


X

*Monasterio de El Escorial.  
Vista panorámica.*



*El Patio de los Reyes  
en singular perspectiva  
que se puede apreciar  
a la altura de la Biblioteca.*



*Palacio de Oriente,  
en Madrid.  
Salón de Gasparini.*



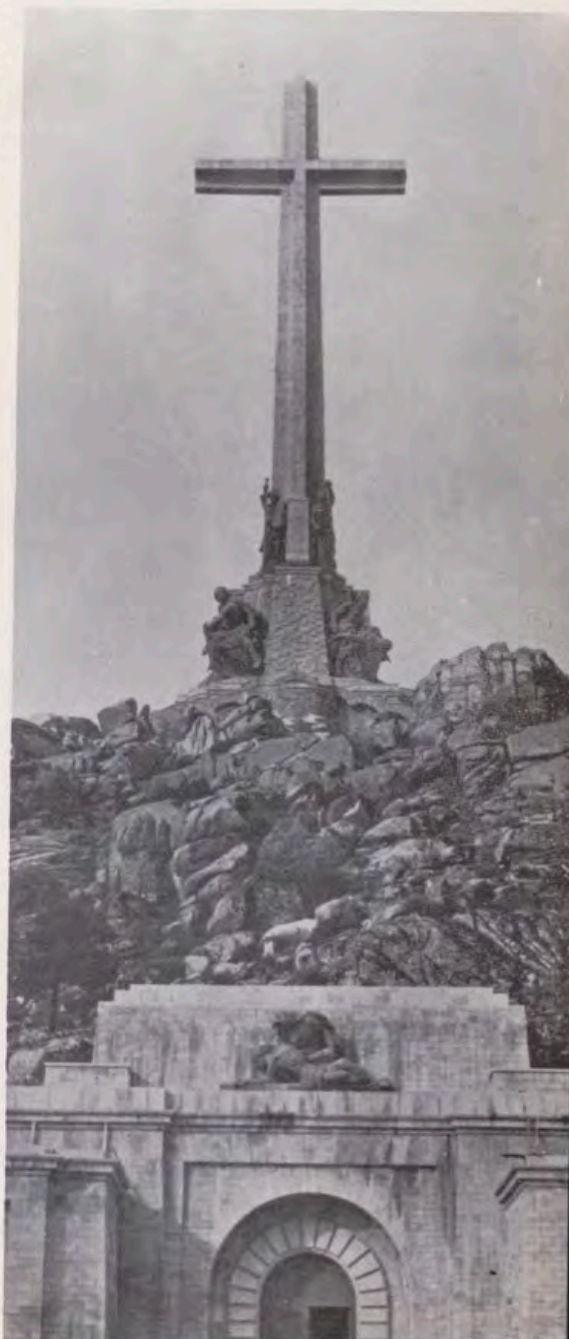
*Un ángulo del techo,  
con figuras orientales,  
en el salón de Gasparini.*

Para un turista que llegara a Madrid con los días contados, pero con deseo de conocer piezas de auténtico valor histórico-artístico, bien vale este esquema de cuatro jornadas: el primer día podría dedicarlo al Palacio de Oriente con sus múltiples museos, como los salones oficiales, habitaciones privadas de los Reyes, Armería Real y museos de carrozas, tapices, relojes y porcelanas; durante el segundo día, por la mañana, sería un buen programa la visita al monasterio-convento de las Descalzas Reales, Palacio de la Moncloa, Ermita de San Antonio de la Florida y Casita del Príncipe de El Pardo, terminando por la tarde, con un corto viaje hasta Aranjuez para contemplar el Palacio, los jardines y la Casita del Labrador; las horas del tercer día estarían perfectamente empleadas con el recorrido a El Escorial y Santa Cruz del Valle de los Caídos; la cuarta y última jornada de las señaladas podría emplearse en la visita al Palacio de La Granja de San Ildefonso, después de un delicioso viaje a través de los Pinares de Valsain, también pertenecientes al Patrimonio Nacional.

Aún le quedaría tiempo al turista que citamos para admirar otros monumentos de Madrid y sus alrededores que, igualmente, tienen enorme interés.

Muchas cosas hay en España dignas de conocerse. Actualmente, y para ganar tiempo, se ha dado con la idea de organizar unas rutas turísticas que siguen un sistema eficazmente organizado. Hoy, una ruta que no puede olvidarse es la que bien pue-

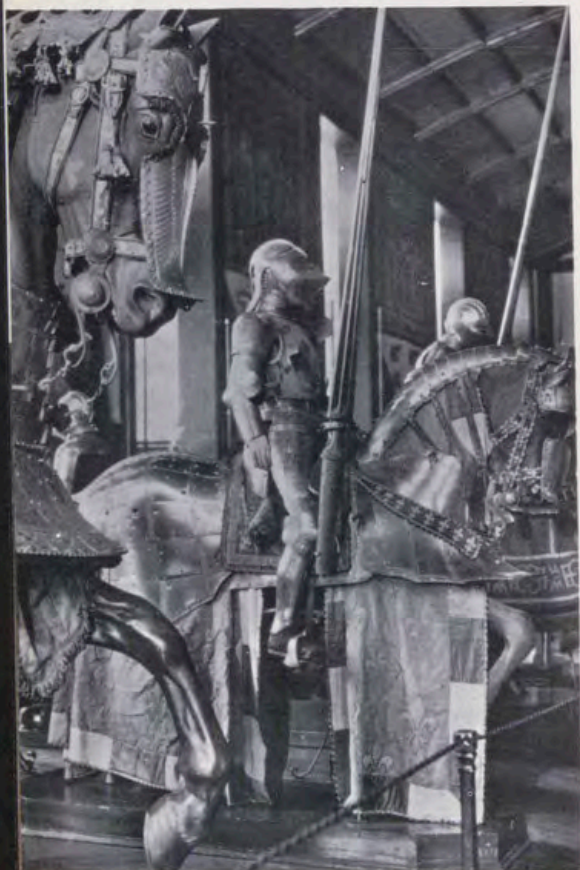
*Santa Cruz del Valle de los Caídos. Fachada principal.*





*Palacio de la Moncloa.  
Madrid.  
Saleta central.*

*Real Armería.  
Palacio de Oriente.  
Armaduras del siglo XVI.*



de denominarse de los «Lugares histórico-artísticos del Patrimonio Nacional».

Como prueba del interés que tiene la amplia ruta señalada, conviene, aunque sea en líneas generales, destacar el valor de algunos de estos lugares histórico-artísticos. Por otra parte, es preciso indicar que el Patrimonio Nacional ha organizado unas rutas parciales, de carácter popular (al alcance de todo el mundo), que comprenden, prácticamente, todos los monumentos que de él dependen.

## EL PATRIMONIO NACIONAL

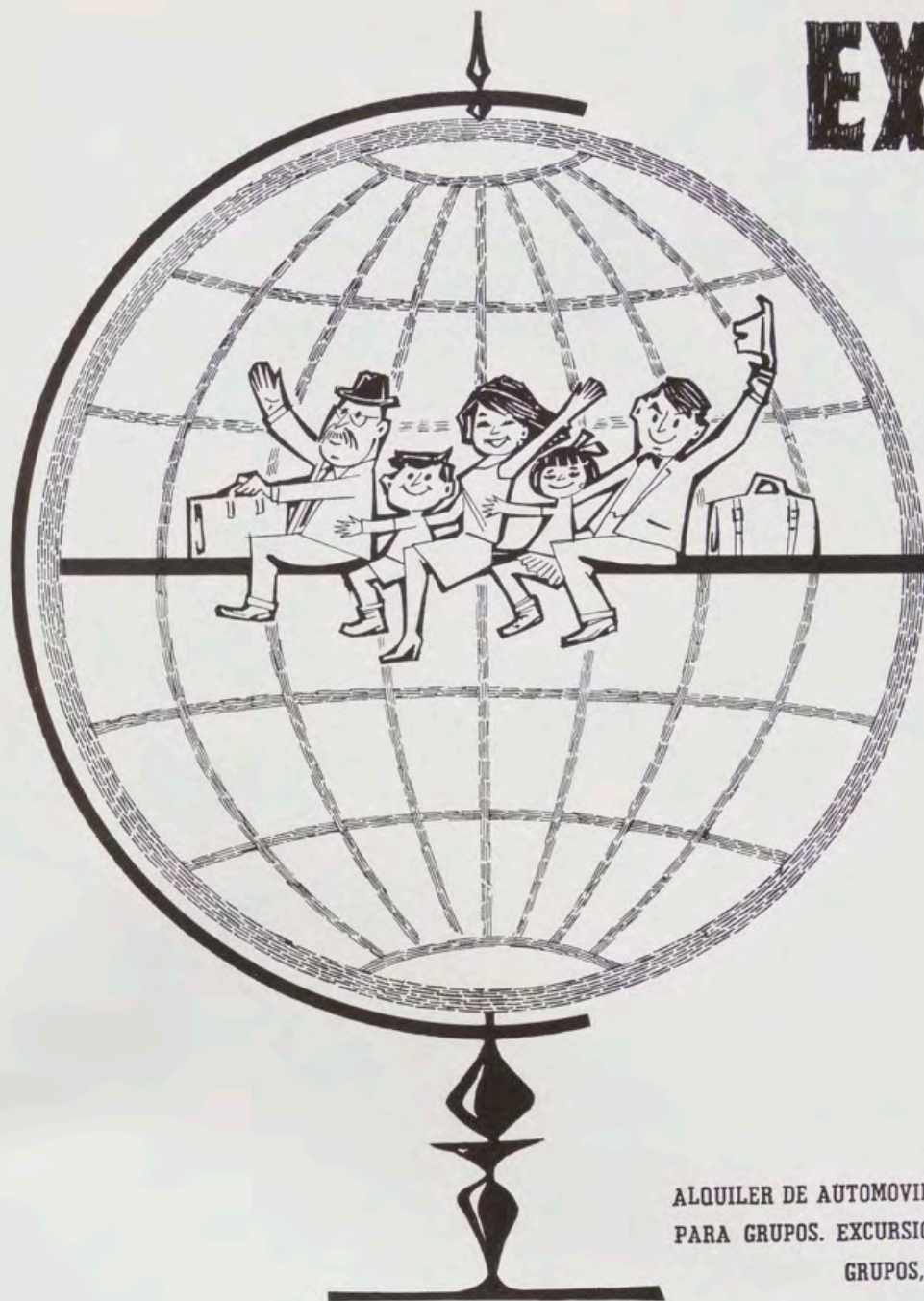
Los bienes constitutivos del antiguo Patrimonio de la Corona estuvieron asignados al uso y servicio del Jefe del Estado como la más elevada representación nacional. Esto dice el comienzo de la Ley de 7 de marzo de 1940, para restablecer a la plenitud de su tradicional significación los citados bienes del antiguo Patrimonio de la Corona.

Actualmente, el llamado Patrimonio Nacional comprende los bienes del anterior Patrimonio de la Corona. Los bienes que integran el Patrimonio Nacional —cuya propiedad corresponde al Estado— comprenden, entre otros: el Palacio de Oriente y Parque del Campo del Moro, el Monte y Palacio de El Pardo con la Casita del Príncipe, Zarzuela y predio denominado La Quinta, el Palacio de La Granja, el Palacio de Riofrío, el Pinar de Valsain, el Palacio de Aranjuez y Casita del Labrador, las fincas de Sotomayor y Legamarejo, el Palacio de San Lorenzo de El Escorial con la Casita del Príncipe y la Casita de Arriba del mismo lugar y el Palacio de la Almudaina, en Palma de Mallorca.

También se encuentran comprendidos en el Patrimonio Nacional, para ser administrados por el Consejo de éste, y por delegación del Jefe del Estado en su condición de Patrono, una serie de antiguos Patronatos Reales, como la iglesia y convento de la Encarnación y el convento de las Descalzas Reales, en Madrid; el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en esta localidad; el Monasterio de Las Huelgas, de Burgos, y el convento de Santa Clara, de Tordesillas.

Con el fin de administrar de manera eficaz todos estos bienes, hay constituido un Consejo, de régimen autónomo, integrado por un presidente y seis vocales. De estos últimos, uno es consejero delegado y actúa como gerente, otro es interventor y los

# EXPERTOS PLANEAN MEJORES VIAJES



- Mejores itinerarios
- Más lugares visitados
- Más comodidad
- Mejores servicios
- Mejores alojamientos
- Mejores conexiones
- Más por su dinero:  
tarifas especiales,  
descuentos, temporada  
mayor estancia,  
grupos, reservas, etc.

ALQUILER DE AUTOMOVILES CON Y SIN CHOFER. ALQUILER AUTOCARES  
PARA GRUPOS. EXCURSIONES. VIAJES ORGANIZADOS, INDIVIDUALES Y  
GRUPOS, POR ESPAÑA Y EXTRANJERO

FERROTOUR a PARIS, 6 días, todo incluido, 3.950 ptas.  
FERROTOUR a ROMA, 8 días, todo incluido, 6.375 ptas.  
FERROTOUR a ALICANTE, 4 días, todo incluido, 1.450 ptas.  
FERROTOUR a SEVILLA, MALAGA, GRANADA, SAN SEBASTIAN, 4  
días, todo incluido, 1.100 ptas.

UN VIAJE FELIZ EMPIEZA EN LAS OFICINAS DE



# ATESA

AUTOTRANSPORTE TURISTICO ESPAÑOL, S. A.

CENTRAL: Avenida de José Antonio, 59. Telés. 247 73 00, 247 02 02, 248 64 07

SUCURSALES:

ALGECIRAS.--Muelle. Teléfono 2528.

BARCELONA.--Lauria, 46. Teléfono 221 38 78.

GRANADA.--Cuchilleros, 1. Teléfono 26591.

PALMA DE MALLORCA.--Pío XII, 9. Teléfono 25347.

SAN SEBASTIAN.--Avenida de España. Teléfono 23828.

SEVILLA.--Queipo de Llano, 5. Teléfono 18303.



Una ensalada aderezada con

**ACEITE PURO DE OLIVA,**

verdadero jugo de fruto fresco, adquiere un sabor exquisito e inigualable.

**EL ACEITE PURO DE OLIVA,**

insustituible en la buena mesa, es más saludable y digestivo.

Solicite información: **I. P. E. P. O.** - Españoletto, n.º 19. - Madrid (4)



*Palacio de El Pardo.  
Madrid.  
Siglo XVI.*

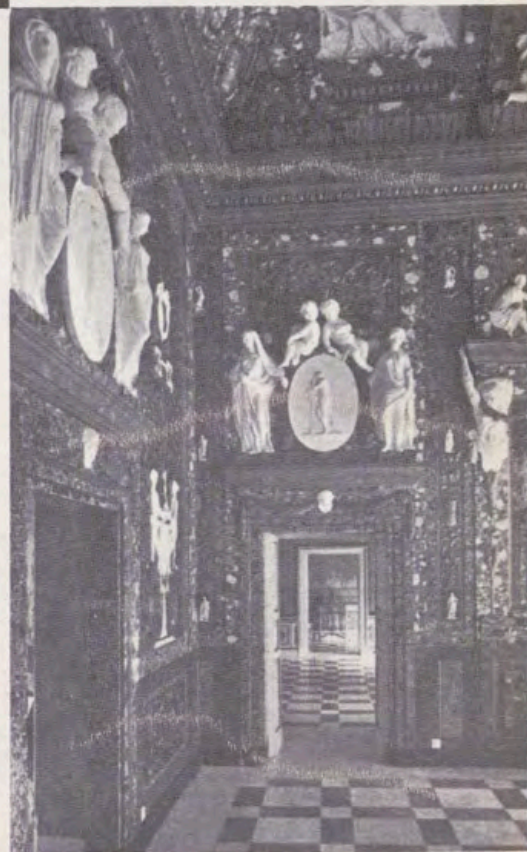
cuatro restantes son especialistas en Bellas Artes, Arquitectura, Agricultura y Montes. En funciones de secretario actúa un abogado del Estado. Según el artículo noveno de la Ley anteriormente citada de 1940, todos los miembros de este Consejo de Administración son de libre designación por el Jefe del Estado.

#### **PALACIO DE ORIENTE**

Una auténtica eclosión de luz podría producirse en un momento determinado en el Palacio de Oriente, de Madrid. Sería el momento en que las diez mil bombillas que hay en las distintas dependencias del majestuoso edificio, se encendiesen al mismo tiempo. Esta cifra de focos de luz da una idea, en algún aspecto, de las notables proporciones de esta construcción, que se alza en un extremo de la capital, al oeste, frente al horizonte serrano que llevara Velázquez a sus lienzos.

En la guía editada por el Patrimonio Nacional y de la que es autora Matilde López Serrano, directora de la Biblioteca de Palacio, se dice que «el lugar alto y dominado por el valle del Manzanares fue asimismo el asiento de una fortaleza o alcazaba árabe, primero, y castellana luego (siglos XI-XIV), que comienza a transformarse en residencia real ante la afición a la caza de los reyes de la dinastía de los Trastámara, Enrique II, Juan II y Enrique IV (incluso los Reyes Católicos lo habitaron temporalmente), atraídos por la abundancia de aquella en el próximo cazadero de El Pardo y en los bosques que a Madrid rodeaban».

Pero si la belleza del emplazamiento es realmente sugestiva, el interior del Palacio se puede considerar como uno de los más valiosos del mundo. Detrás de la fabulosa mole



*Casita del Príncipe  
de El Pardo.  
Vestíbulo de los Estucos.*

*Casita del Príncipe  
de El Escorial,  
construida por Juan de Villanueva  
en 1767.*





*La Granja  
de  
San Ildefonso. Segovia.  
Fuente llamada  
«La Carrera de Caballos».*

de granito que proyectara Juan Bautista Sachetti y cuya primera piedra se colocó el 7 de abril de 1738 (después del incendio que destruyó el Alcázar en 1734), las obras de arte de todo tipo se cuentan por centenares en un múltiple museo.

Larga sería la enumeración de lo que allí se ofrece a la vista en un puro deleite. Basta citar, a título de ejemplo, el famoso salón de Gasparini, el salón del trono, el comedor de gala y la escalera principal.

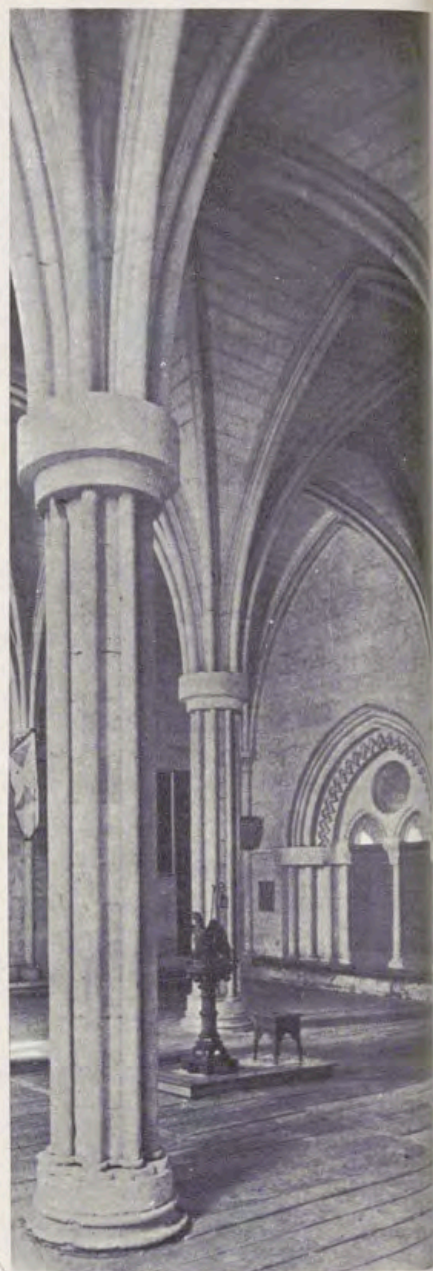
Como muy se dice en la obra citada anteriormente: «el Palacio de Oriente o Palacio Real de Madrid constituye por sí mismo un museo de carácter excepcional. El recorrido de sus varias dependencias lleva al ánimo del visitante la certeza de haber gozado de un conjunto artístico único en Europa. El rigor histórico que preside la instalación de los salones, la belleza y valor de sus piezas, la rareza de sus colecciones bibliográficas, de armería, carrozas, etc., representan un acervo histórico-artístico poco común, que en el transcurso de los años se ha visto aumentado y que, no obstante los acontecimientos históricos del país, apenas se ha visto mutilado. Muebles, lámparas, estucos, tapicerías y alfombras, relojes, porcelanas y pinturas, se destinaron, en su origen, para el Palacio y en él permanecen acrecentando el valor de su autenticidad.»

#### **SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAIDOS**

En el mismo momento de la terminación de la Guerra de Liberación, en abril de 1939, se proyectó la erección de un grandioso monumento, cuya finalidad sería la de perpetuar la memoria de los caídos en la contienda.

Amplio es el valle de la Sierra de Guadarrama donde se encuentra instalado el impresionante monumento. No obstante sus proporciones —150 metros de altura, 46 metros de longitud en los brazos de la Cruz y un peso total de 200.000 toneladas—, el verdadero valor del monumento viene dado por su sentido espiritual. Porque la fe religiosa del pueblo español, profundamente católico, unido a las directrices del Estado, pedían un monumento de carácter nacional que, no limitándose sólo a lo material, fuera lugar de meditación, oración, estudio y honra a la memoria de los muertos.

La cripta o gran basílica subterránea tiene una longitud de 250 metros, para lo que fue preciso extraer 390.000 toneladas de piedra. Consta de un vestíbulo, atrio y gran nave



*Monasterio de las Huelgas. Burgos.*

*Palacio de Pedralbes. Barcelona.  
Escalera de honor.*





*Monasterio  
de las  
Descalzas Reales. Madrid.  
Escalera principal.*

en la primera parte; a continuación, subiendo una gran escalera, está el Crucero cubierto con una cúpula de 40 metros de diámetro.

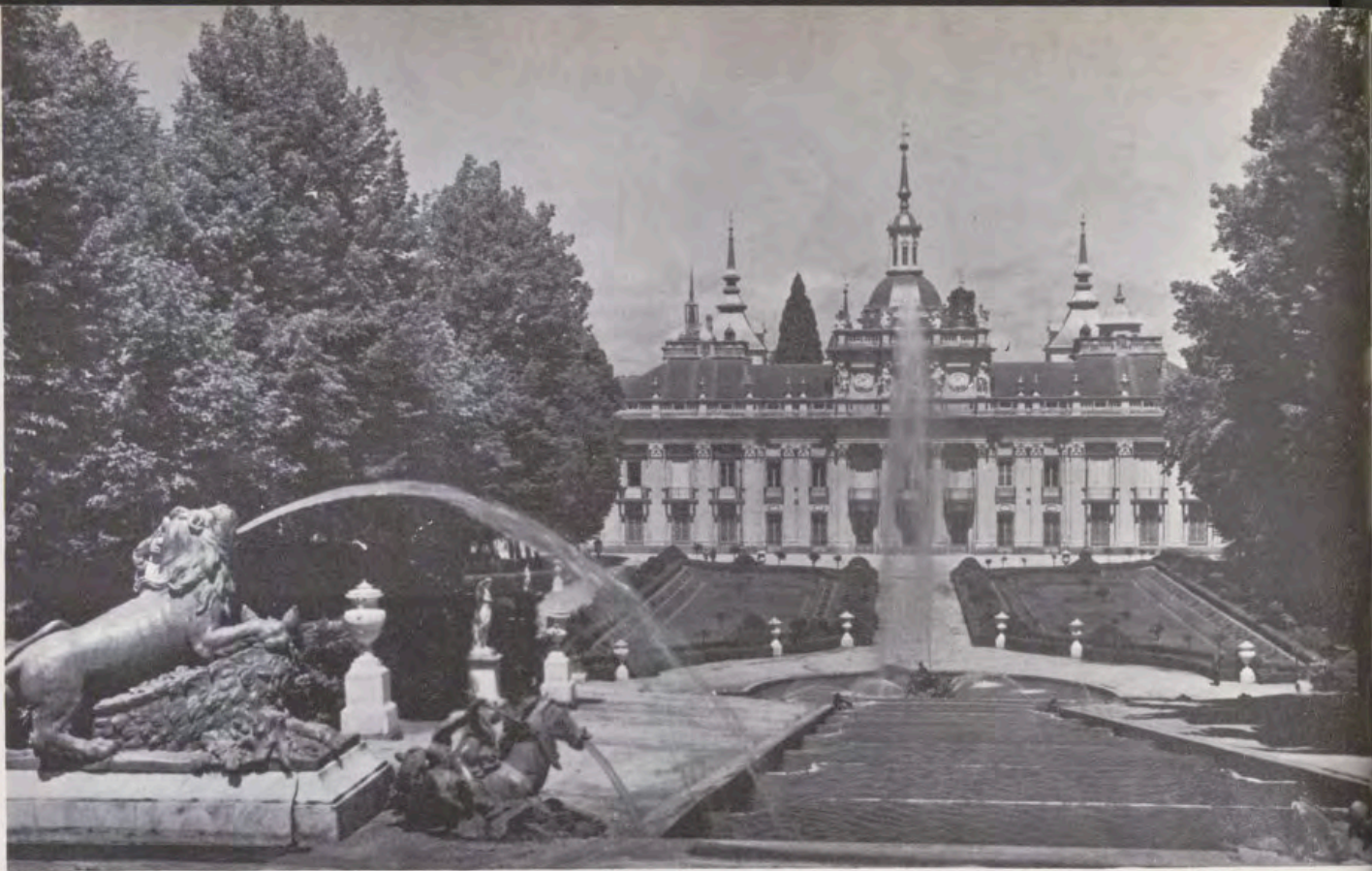
A derecha e izquierda hay dos capillas: una, dedicada al Santísimo Sacramento, y otra, la XIV estación del Vía-Crucis, Santo Entierro. Detrás de esta capilla están situados los osarios que han de dar sepultura a los caídos en la Cruzada de Liberación de España.

En la nave central hay seis capillas, tres a cada lado, dedicadas a las advocaciones de la Virgen, representando a las patronas de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, a la derecha. A la izquierda, la Virgen de Africa, principio de la guerra; Virgen de la Merced, patrona de los cautivos, y la Virgen del Pilar, fin de la guerra. Complementan el conjunto el edificio de la Hostería y el llamado Nuevo Monasterio, residencia de la Comunidad Benedictina que cuidará y mantendrá el monumento, el culto de la basílica y capillas y la dirección de los Seminarios de Estudios Sociales.

La obra fue realizada bajo la dirección de Diego Méndez González. El

*Reales Alcázares de Sevilla.  
Patio de Banderas.  
Al fondo: Catedral y Giralda.*





*La Granja  
de San Ildefonso. Segovia.  
Palacio  
desde el templete de las «Tres Gracias».*

*Ermita de San Antonio  
de la Florida.  
Frescos de Goya. 1798.  
Detalle: «El Milagro».*



Monumento ha sido costeado por suscripción abierta durante la Cruzada y por aportaciones voluntarias, sin gravar el presupuesto nacional.

#### **LA OCTAVA MARAVILLA DEL MUNDO**

Sobre una superficie que se acerca a las tres hectáreas y media, se levantó el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, según proyecto original de Juan Bautista de Toledo y modificaciones de Juan de Herrera, verdadero artífice del Monasterio, bajo cuyas órdenes se terminó.

La asombrosa construcción se destinó a panteón, templo, convento, museo y real sitio. Allí están enterrados Felipe II, sus padres —Carlos I y la emperatriz Isabel— y todos los monarcas de la Corona de España que le sucedieron, excepto algunos de la Casa de Borbón.

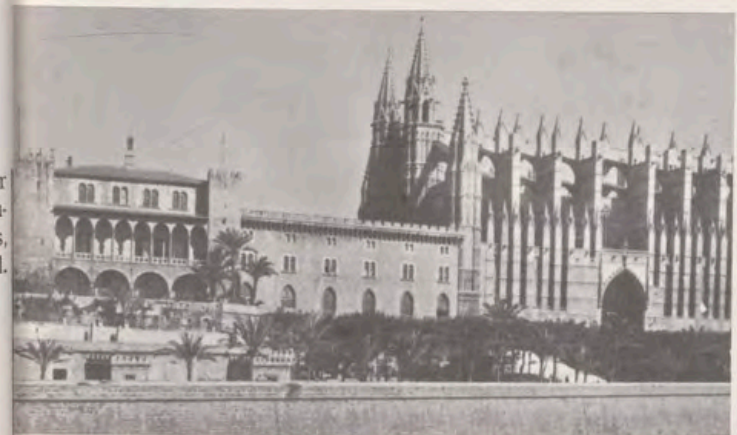
Para la erección del Monasterio, en las laderas de la sierra de Guadarrama, se emplearon veintiún años. Durante ese tiempo, cientos de obreros trabajaron bajo la vigilancia directa de fray Antonio de Villacastín, fraile lego y maestro de obras.



Aranjuez.  
Palacio Real.



Reales Alcázares.  
Sevilla.  
Palacio  
del  
Rey don Pedro.



Palacio  
de la  
Almudaina  
en Palma  
de Mallorca.



Real Casita  
del Labrador,  
en  
Aranjuez.



Pinares  
de Valsain.  
Segovia.

La grandiosidad del conjunto puede apreciarse desde la Silla de Felipe II, a siete kilómetros de distancia, así llamada porque desde allí contemplaba el monarca el proceso de construcción.

En el interior, suntuoso y pleno de riquezas, destacan algunos lugares que no hay que olvidar en una visita, por corta que sea:

- Basílica, con los grupos orantes de las familias de Carlos I y Felipe II.
- Sacristía y salas capitulares, con importantes obras de pintura.
- Nuevas salas, habilitadas recientemente (con motivo del IV Centenario) para pinacoteca, con colecciones de los siglos XV al XVIII.
- Biblioteca, con excelente colección de libros y manuscritos.
- Habitaciones de Felipe II y salones del palacio del siglo XVIII.

El concierto de las cifras es bien elocuente. Con la concisión y sobriedad de los números —características que exteriormente posee el monumento—, he aquí un ejemplo, a título de curiosidad, de los elementos arquitectónicos con que cuenta el Monasterio. En el Monasterio hay: 4.000 habitaciones, salas y salones; 2.700 ventanas; 1.250 puertas; 86 escaleras; 16 patios; 15 claustros; 13 oratorios; 73 estatuas; 88 fuentes; 300 celdas y 5 refectorios.

#### UNO DE LOS CONJUNTOS MAS BELLOS

La sucinta cita de un Palacio (el de Oriente), un monumento (Valle de los Caídos) y un monasterio (El Escorial) se ha hecho a título de ejemplo. Sólo ellos merecen una detenida visita por parte de propios y extraños. De ello se deduce el inmenso valor del conjunto formado por los lugares histórico-artísticos del Patrimonio Nacional, que actúa en intensa labor de conservación y restauración.

Pero, como muy bien se ha dicho: Injusto sería silenciar que esta labor no habría podido efectuarse sin contar con la serena y tranquila paz que estos trabajos requieren y, sobre todo, sin la orientación y la tenacidad del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que, en este sentido y aspecto, supo marcar las normas para que la reinstalación de todos los Palacios y Sitios Reales se hiciera conforme a los dictados de una museografía inteligente, ajustada a la verdad histórica que los edificios, en toda su monumentalidad, reclaman.



# La Dama de la Rosa Blanca



EDRO de Répide, con su estilo elegante, reescribió la leyenda de una Dama que inquietó en el siglo XIX a los madrileños. Alrededor de los Sitios Reales, alrededor del Palacio de Madrid por lo tanto, si la Historia muestra el espeso tejido de sus hechos continuos, la leyenda evoca poéticamente fantasmas, de vez en vez. No estorba en una revista dedicada a expresar cuanto se refiere a los tesoros del Patrimonio Nacional, incluidos los tesoros sentimentales, colecciones y las consejas adheridas a las estancias nobles.

al aura de su misterio, a los objetos patinados por los siglos. Hablemos de la más notable del Teatro Real, que el gran cronista de los Madriles líricos denominó con idealizado apelativo literario.

Por el año 1853 llegó a Madrid un diplomático al puesto de cierta Embajada. ¿Quién era? ¿Qué Embajada y de qué país? No se ha sabido. Era joven, tenía familia en un Septentrión o Germania, que vagamente se sospecha leyendo su libro acerca de Madrid. Pues en lengua alemana salió hacia 1855 un relato de su estancia en la Corte de Isabel II, por cierto muy halagüeño para la capital y para España y los españoles. Inmediatamente fue traducido al inglés y publicado en Nueva York y en Londres. Del inglés lo tomó en 1904 la casa madrileña Bailly-Baillière e Hijos y encomendó la versión castellana al que la firma «Ramiro». También se ignora quién pudo ser este Ramiro, el cual puntuó de notas el relato; las aclaraciones demostraban en «Ramiro» profunda cultura.

En ese también misterioso libro se cuenta un misterio; en el capítulo XXIV, que transcribimos íntegro. Como buen alemán, dinamarqués, noruego o sueco, el diplomático —que a nuestro juicio era compatriota de Loreley— trata de explicar el suceso, sin convencerse, a lo racional. Como el médico que interviene en el suceso. Falta la demostración de que lo sobrenatural ocurrió, la más sencilla: que el joven extranjero conociera a la hermana de la aparecida, deduciendo de su examen, voz, estilo, presencia, figura, ademanes, el aire personalísimo de cada cual, la identidad o diferencia. Aquel hubiera sido juicio definitivo, y ahora sabríamos si se trataba de una broma, de una locura... o de un hecho que enlazaba la realidad con el más allá. «Ramiro» es de esta sensacional opinión y la razona con abundantes ejemplos de hechos análogos, incluso en Madrid. No entremos en ello. Lean al protagonista de la escalofriante aventura, la cual forma parte del legado que podríamos llamar becqueriano, de la Villa.

He aquí el texto:

“Estuve en el baile de máscaras. Fui allí bastante tarde con M... y con cuatro o cinco jóvenes españoles de la clase de pollos, después de una deliciosa cena en casa de S...

He tenido una aventura tan notable que con ella sola me basta para toda la temporada. Sólo a una persona se la he contado porque temo que se rían de mí si se divulga, suponiéndome objeto de alguna broma pesada de Carnaval.

Pero estoy viendo a Carolina y Julia con los ojos muy abiertos por la curiosidad, y me están dando tentaciones de dejar mi cuento para cuando esté entre vosotros en alguna de esas noches heladas del invierno en que sopla furiosamente el cierzo, sacudiendo las espesas copas de los abetos, y en que chisporrotea el fuego en el hogar de la sala grande, porque en tales ocasiones están las imaginaciones más dispuestas a lo maravilloso; pero, a la verdad, siento deseos tan vivos de desahogarme confiando a alguien mi secreto, que voy a contaros punto por punto todo lo que me ha pasado.

Fuimos al baile como a la una. Por espacio de una hora estuve regularmente entretenido, mirando las máscaras que pasaban por mi lado y oyendo los chistes y ocurrencias, algunas muy agudas y

graciosas, que me dirigían. Una máscara en particular, que parecía andaluza por el acento, me hizo pasar un buen rato.

Cansado ya de los eternos «¿Me conoces?» y «Te conozco», dichos por voces chillonas (porque nada hay más aburrido que un baile de máscaras en que no se tenga particular interés o al que no se acude a tiro hecho con un objeto determinado), me refugié en el palco de S... y me senté en un sillón junto a la puerta.

Media hora llevaría allí sentado cuando se abrió la puerta quedito y dio paso a una máscara, que se quedó con aire misterioso a la sombra del portier. Iba toda de negro: hasta el antifaz, que estaba orlado todo en redondo, de encaje del mismo color. Sólo los guantes eran blancos, así como una rosa muy grande y hermosa que llevaba en la mano.

Hízome una seña con aire imperioso y yo me levanté, esperando el «Te conozco» de rúbrica. Lo dijo, en efecto, pero añadiendo en voz baja un «¡Sígueme!», que obedecí, yendo tras ella hasta la sala del baile. Allí se me cogió del brazo y estuvimos paseando juntos un rato en completo silencio.

Hice conjeturas, que le manifesté, sobre su personalidad: «Sois la marquesa de Tal, la duquesa de Cual», etc.; pero no me contestaba con la voz, limitándose a decirme que «no» con la cabeza. Tenía manos pequeñas y bonitas y pies notables, aun aquí, donde tan lindos suele haberlos; de su cara sólo se distinguían los ojos, que relumbraban bajo la negra careta.

Después de dar unas cuantas vueltas por la sala, se detuvo junto a la puerta, y en tono sepulcral y en voz muy baja me dijo:

—¿Te atreves a acompañarme?

Le contesté que sí, como era natural.

Tenía yo muy excitada la curiosidad y sentía mi vanidad muy satisfecha; porque se desprendía de mi pareja tal distinción y elegancia, que no tenía duda de que no era persona vulgar. Su figura era de muchacha alta y esbelta; su traje, de lo más rico: parecía envuelta en una nube de encajes y azabaches.

Muchos la habían observado, pero nadie caía en quién pudiera ser. M..., y varios otros que estaban en el pasillo, junto a la estufa, dijeron mil cosas a nuestro paso.

—¿Tienes coche? —le pregunté.

—Mañana tendré —me contestó— el coche más lujoso de Madrid, pero esta noche voy a pie.

—Hace frío —observé.

—Para mí, no; yo estoy más fría que la noche.

Comencé a sentir una inquietud vaga conforme íbamos andando. Me parecía que iba tras un fantasma —una especie de Loreley—, y su mano, que seguía apoyada en mi brazo, estaba tan fría que me hacía temblar. Notando la finura de su cutis, lamenté haber dejado mi abrigo en el teatro.

—Te hubiera inducido a aceptarlo, máscara misteriosa —le dije.

—Ya encontraré abrigo en casa; en la casa que yo vivo hace aún más frío que aquí —fue su contestación, nada satisfactoria.

Hubo un momento en que me paré en seco e insistí en que me dijera quién era; pero no me hizo caso y me arrastró como por una especie de fascinación.

Después de andar por varias calles salimos a la de Alcalá y nos detuvimos frente a la vieja iglesia de San José, cuyas gradas subimos, para mayor asombro mío.

—¿Pero qué broma es ésta? —le dije—. No iréis a entrar en una iglesia a estas horas y en ese traje.

Las puertas de la fachada principal estaban cerradas. Bajó las gradas y me arrastró tras de sí. Dimos la vuelta por la esquina y entramos por una puerta lateral.

—¡Un momento! —exclamó ella con vehemencia—. No te detendré mucho tiempo.

Atravesamos la sacristía y seguimos por un oscuro corredor que nos llevó a la iglesia. En medio de la nave central había un catafalco cubierto con paños negros y débilmente alumbrado, hacia el cual se encaminó, mientras yo la contemplaba aterrorizado. Ocurrióseme de golpe que mi compañera estaba loca, y logré, no sin trabajo, que se desasiera de mí. Quedó en mi mano la rosa blanca que llevaba ella en la suya.

Volvióse hacia mí, llevó el dedo a los labios, haciendo un signo de silencio, y me dijo, señalando el catafalco:

—¡Chist! No se lo digas a nadie; me pusieron ahí esta mañana. ¡Adiós!

Estaba muy oscuro el lugar en que nos encontrábamos. De repente me vi solo, sin saber como había desaparecido mi compañera. Tenía yo clavada la vista en el monumento sepulcral y me parecía ver moverse las colgaduras, agitadas quizás por el aire que penetraba por el pasaje por donde habíamos entrado en la iglesia. Miré en vano en derrador mío. No había allí alma humana.

Salí de la iglesia tambaleándome, transido de frío y estremecido de horror. No pude ir a casa y anduve vagueando por las calles.

Pasaban coches cargados con máscaras que atornaban el aire con su algazara y sus risas; grupos de gente vestida con toda clase de disfraces, aturdiéndome con sus gritos en voz de falsete y burlándose de mi aspecto atontado. Me sentía como oprimido por una pesadilla que no podía sacudir. En vano hacía por convencerme de que aquéllo había sido una broma de Carnaval, cuyos autores debían de ser algunos jóvenes de buen humor que habrían querido poner a prueba mis nervios y mi septentrional credulidad. Hacía mucho frío y no lo sentía.

No sé cuánto tiempo anduve a la ventura, tratando de coordinar mis desconcertados pensamientos, pero a la postre me encontré otra vez frente a la iglesia de San José. Ya estaban las puertas abiertas y las campanas tocaban a primera misa. Unos cuantos pobres hombres y mujeres del pueblo, algunas de éstas con cestas al brazo o cargadas de chiquillos, iban entrando. Aunque ya era de día, había aún poca claridad dentro de la iglesia, no bastando a disipar la oscuridad las pocas velas encendidas en uno de los altares laterales. En medio de la iglesia estaba el catafalco con el ataúd, tal como lo había dejado, distinguiéndose a su cabecera una corona de rosas blancas y gran-

des, semejantes a la que llevaba yo aún en la mano.

Pregunté a una mujer que estaba arrodillada cerca de mí si sabía por quién iban a ser aquellos funerales, pero no supo decírmelo. Salí por la puerta lateral que daba a la sacristía e hice la misma pregunta a uno de los monacillos. Este me dijo que las honras que iban a celebrarse eran por la joven condesa de X, que había muerto hacía dos días. Conocíala yo por haber bailado varias veces con ella, pero no sabía que hubiera muerto. Hacía mucho tiempo que estaba delicada de salud, pero seguía yendo a bailes, no queriendo convenirse del daño que se hacía con esas trasnochadas. Me sentí más que antes como aturdido y como si estuviera soñando, y salí a toda prisa de la iglesia.

Noté entonces por primera vez que estaba tiritando. Me entré en el café Suizo y pedí un café hirviendo, y después de despacharlo monté en una berlina y me fui a casa a acostarme, con la esperanza de que unas cuantas horas de sueño me volverían a la realidad. Puse la rosa en agua para, al despertarme, poder adquirir la seguridad de que no había sido un sueño mi aventura.

Pronto noté que estaba enfermo de veras, pues sentía todos los síntomas de una calentura alta. Llamé a uno de los criados y le dije que avisase al doctor H.; pero antes de que llegase éste estaba el conde A... a mi cabecera disponiendo que me abrigase, que se encendiese un buen fuego, que se me diese una tisana caliente y otras medidas que de momento se le ocurrieron y que me librasen, sin duda, de una pulmonía.

El doctor aprobó todo lo hecho; atribuyó el caso a un enfriamiento y adoptó disposiciones para hacerme sudar. Hizo observaciones prudentes y atinadas sobre la imprudencia de los extranjeros; me prohibió levantarme absolutamente y prometió volver por la noche.

—Ahora voy —dijo— a cumplir un triste deber. Voy a los funerales de la pobre condesita de X, que murió anteayer repentinamente. Su padre está inconsolable.

—Nada había sabido de su muerte —dijo el conde A...—. Hace muy pocos días que la vi en el baile de la condesa M... ¡Pobre muchacha! ¡Tan alegre y aficionada a sociedad!

—Era muy imprudente —dijo el doctor—, y su padre demasiado condescendiente con sus caprichos. Traté en vano de disuadirla de su empeño en ir a ese mismo baile en que la visteis; pero ella me aseguró que nunca se había sentido mejor, y que veía con ilusión la llegada de la temporada de los bailes de máscaras del teatro Real. Su padre, que fue siempre muy débil con ella, la hizo reflexiones y apeló a mí para que la convenciera de lo mal que hacía en ir a esos bailes públicos, por las corrientes de aire que se reciben a la entrada y a la salida; pero ella le enseñó un precioso traje de encaje negro y azabache que se había mandado hacer precisamente para el baile del teatro Real y... Pero tenéis mucha calentura —dijo el doctor, cortando bruscamente su relato y tomándose el pulso—; tenéis que estaros muy quieto y cumplir puntualmente y con toda regularidad mis prescripciones. Volveré temprano.

Salí dejándome con la cabeza convertida en un laberinto.



Cuando volvió tenía yo fiebre muy alta, y por espacio de tres días con sus noches, según creo, estuve delirando a ratos. Me velaron por turno L... C... y otros de mis amigos, según costumbre de aquí. Al cuarto día me dejó la calentura y entré en convalecencia.

—Os ha costado carito el baile de máscaras —dijo el doctor aquella mañana, conforme me tomaba el pulso—. Os habéis librado de milagro de una terrible pulmonía. Me han dicho que salisteis del baile a pie, muy acalorado y sin abrigo. Fue una imprudencia, querido. Los extranjeros suelen pagar muy caro el aprender que aquí no pueden hacerse esas cosas.

Aprovechando un momento en que estábamos solos, le dije de repente:

—Doctor, ¿sois capaz de guardar un secreto?

—Son muchos —me contestó— los que tenemos que guardar los médicos. En lo físico somos una especie de confesores —añadió riendo.

El doctor, con su cara fea, pero de hombre de bien, me había inspirado siempre confianza. Es amigo antiguo del conde A... y muy conocido en Madrid por su caridad con los pobres. Me decidí a contarle mi aventura, recomendándole el secreto más profundo.

Abrió desmesuradamente sus grandes y redondos ojos y me volvió a pulsar, temiendo que estuviera bajo el influjo de una recaída en la fiebre.

—Tenéis el pulso tranquilo y regular, aunque algo débil. Vamos bien —dijo.

Y después de un momento de silencio le pregunté en qué traje habían enterrado a la condesa X.

—En el mismo traje negro que destinaba a la mascarada —me contestó—. ¡Pero qué tontería! —añadió bruscamente—. Ella debía de tener cincuenta trajes de ese mismo color.

—¿Veis esa rosa blanca, doctor? Es una rosa poco común en este tiempo. ¿Recordáis la corona de rosas blancas que llevaba a la cabecera del ataúd?

—Es muy raro —dijo—. Ella recibía con frecuencia rosas de Valencia, donde su padre tiene algunas propiedades. Estas rosas no se dan aquí; en este tiempo a lo menos, ¡caramba!

Noté que el buen doctor estaba confundido.

—Necesito enterarme a fondo de todo esto —dijo, después de una pausa—. Desde luego se trata de una broma, de una broma diabólica de que no creía a nadie capaz. ¡Hay que respetar a la Iglesia! En la vida he visto echar a broma cosas tan sagradas, y mucho menos tratándose de hechos tan tristes como la muerte de esa pobre criatura, tan llorada y tan querida por todos. Pero debéis desechar toda idea de sobrenatural en la cosa, mi querido amigo. Ha sido una pesada burla para poner a prueba vuestro valor moral. Yo creería que la máscara misteriosa era un hombre, si no os hubiera oído insistir tanto en la pequeñez de sus manos.

—Y la de sus pies, doctor; y la esbeltez y gallardía de su cuerpo... y... ¡esperaos! También recuerdo que llevaba una trenza de pelo castaño oscuro, igualito al de la condesa de X, que le salía por debajo del disfraz.

—Veamos —continuó el doctor, sin hacer caso de mi interrupción—. Tenía ella una *doncella* alemana. ¿Quién sabe si la *doncella*, instigada por algún joven de buen humor, se disfrazaría con el traje de su ama?

—Pero, doctor, ¡si hablaba en el español más puro!

—¡Psch!... Yo descubriré el misterio. Ya que me habéis consultado, confiad en mí.

Marchóse el viejo doctor, y yo os escribo la verdadera y puntual relación de mi aventura. Espero que el aire fresco y una buena trotada en *Boabdil*, mi caballo negro andaluz, acabarán con mis téticos pensamientos.

\* \* \*

He tenido todo el día visitas. Todos demuestran curiosidad por saber quién era la misteriosa máscara negra, y yo me veo obligado a adoptar un aire de conquistador misterioso como mi amigo don Juan, eludiendo contestar a las preguntas que me hacen. El, por supuesto, ha estado también aquí, y se ha pasado una hora contándome su aventura con una deliciosa máscara que le hizo acompañarla al *buffet*, dándome a entender que no era otra que la duquesa de... También me contó otra que, en un arranque de celos, le rompió el abanico en un brazo.

Me distrajo con sus tontadas, aunque me tenía frito con sus preguntas sobre mi negra máscara. Conjeturaba él que era una bailarina conocida suya, lo bastante hábil para bailar en la cuerda floja. Quizás tuviera razón.

\* \* \*

El doctor ha estado incansable en sus investigaciones y cree haber descubierto el misterio.

Parece ser que la pobre condesita de X tenía una hermana que ha estado loca unos cuantos años y que vive en otro departamento de la casa bajo la vigilancia de una nodriza de confianza. El doctor cree que, aprovechando la confusión y el duelo de la familia por la muerte de la muchacha, se escaparía la hermana vestida con el traje de máscara de la otra. Se inclina a esa solución más que a otra cualquiera, por haber sido llamado esta mañana para visitar a la muchacha de que se trata y haberla hallado gravemente enferma de calentura, producida por un enfriamiento. Aunque no se atrevió a hacer ninguna pregunta concreta, se ha figurado que la nodriza, que suele algunas veces salir con ella, hizo alguna alusión misteriosa a haberse empeñado la enferma en salir muy tarde, cuando debiera haber estado en la cama.

Acepto esa explicación, aunque no acaba de convencerme del todo. Ni aun quise llamar la atención del buen doctor sobre la imposibilidad de que la condesita muerta y su hermana estuvieran vestidas al mismo tiempo con el mismo traje. Me hubiera contestado, probablemente, que los vestidos negros son muy comunes, que la condesa podía tener varios exactamente iguales, etcétera.

Sea como quiera, trataré de aquí en adelante de borrar esta aventura de mi memoria."



*Un centro  
de elegancias  
en Madrid*

**Galerías Preciados**

## café helado

En un vaso de refresco, mezcle dos cucharaditas colmadas de NESCAFÉ con un poco de agua, agitándolo durante unos segundos; ponga azúcar al gusto y acabe de llenar el vaso con agua fría. Añada finalmente dos cubitos de hielo.



**NESCAFÉ**

de  
VO

EL MAS IMPORTANTE TOSTADOR DE CAFE DE EUROPA

# ¿ HA PROBADO ASI SU NESCAFÉ ?

Con NESCAFÉ su café se hace en un instante y directamente en el vaso. Es ideal para tomarlo en cualquier momento del día, cuando usted desea una bebida fría y estimulante. Cuando el calor agobia, apaga la sed y estimula.



### REFRESCO PERFECTO

Ponga directamente en el vaso una cucharadita colmada de NESCAFÉ, agua fría y remueva hasta que esté disuelto; luego añada 2 ó 3 cucharadas de Leche Condensada LA LECHERA, remueva nuevamente y añada unos cubitos de hielo; al instante podrá deleitarse con el mejor café con leche helado.



### CAFE "ON THE ROCKS"

En un vaso "cow-boy", ponga 1 cucharadita de NESCAFÉ, llénelo de agua hasta la mitad y remueva hasta que esté disuelto; añada azúcar y complete el vaso con varios cubitos de hielo.

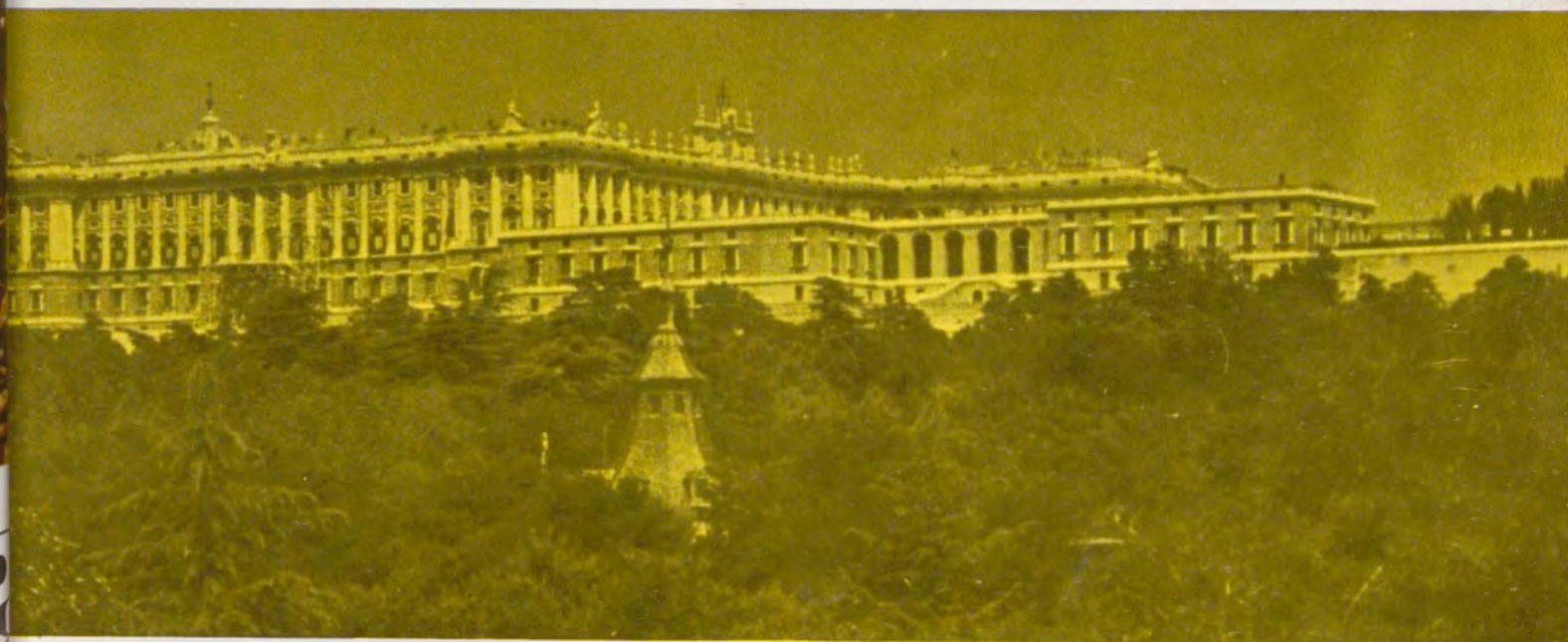
## AHORRE 50 PESETAS aprovechando esta oferta:

- 1 bote NESCAFÉ "familiar" (más de 100 refrescos de café)
- 1 batidora japonesa
- 1 folleto recetas refrescos de café
- Su valor 175 pesetas
- sólo 125,— Ptas.
- y 1 etiqueta de NESCAFÉ.

**No mande dinero:** Envíe este cupón junto a 1 etiqueta NESCAFÉ, a la oficina NESTLÉ más cercana, o al Apartado de Correos 9090 de Barcelona y le será entregado o enviado contra reembolso de su valor. Esta oferta caduca el 30-9-1964.

# LA HISTORIA Y LOS FANTASMAS

P o r T O M A S B O R R A S



EL DÍA.—¿Pero qué tienen que ver contigo esas damas y caballeros que recorren simpáticamente Madrid, buscando sorprender sus riquezas espirituales? Ignoras lo que es un turista, un viajero, un fino contemplador. Sabe, misteriosa, que esa persona que se molesta en dejar hogar y patria para pasar a otra —que en nuestra época suple a los suyos— pretende nada menos que educar, perfeccionándole, su sentido de la realidad; acrecentar sus conocimientos a la vista de tantas categorías, tesis, reliquias y lecciones de antigüedad que otra patria —amistada con la suya— contiene y exhibe. Y en la oscuridad, entre tus tintas, ¿qué puede elaborar su inteligencia y asimilarse, si no ve nada?



*En una de las plazas  
más bellas de Madrid,  
quizá la más íntima  
y recoleta,  
se encuentra  
el Monasterio de la Encarnación.  
Poesía, paz y gracia  
en la noche de la capital!*

**LA NOCHE.**—El turista quiere soñar, quiere la aventura del espíritu, lo sobrenatural, lo que él llama «bizarro» lo que le sube a lo inesperado e impresionante.

**EL DÍA.**—Recorre palacios y monasterios, jardines y museos, ¿y es para divagar musarañas y no para instruirse y afinar sus sensibilidades?

**LA NOCHE.**—No sabes lo que es el anhelo de la imaginación.

**EL DÍA.**—Sin salir de un círculo reducido de la ciudad el turista encuentra de día incalculables tesoros que colmen sus deseos. ¿No son únicos y sin rival en el mundo? Pues cada objeto es él mismo, podrá haber otros con hermosura, pero no idénticos. La individualidad de las cosas del Arte y de la Historia es lo que les da supremo interés.

**LA NOCHE.**—Lo legendario o ideado sin fines concretos merece pervivir en cuantos se acercan a su, imparable y sin forma, espiritualidad.

**EL DÍA.**—Yo soy lo que se mira en su figura, se palpa, pesa y es corpóreo. Nada se me opone en magnitud humana.

**LA NOCHE.**—La idea.

**EL DÍA.**—Sólo ejemplos pueden anular tu teoría. Vaya ejemplos. Acércate, conmigo, Noche, al Palacio Real que también se llama Palacio de Oriente. ¿Ves de hilados espectros? No. Adviertes un claro, un nacerado volumen geométrico, armonioso y de noble presencia, sito en el lugar más oportuno y bello. Por la parte del Campo del Moro se eleva sobre el verge un centenar de metros, lo que acrecienta su línea esbelta y airoso aire. Noble y sin pesada arquitectura con accidentes en los entrantes y saledizos de su cuadrilátero, el traje, los adornos, son discretos, elegantísimos y simples sin recargo. Las proporciones estudiadas según número de oro. En el azul tranquilo de Madrid, o bajo sus celajes (que éstos sí que tienen parangón con los cielos no pintados por el Pintor de Inmensidades), el Palacio regio de regoporte es afirmativo, refinado, coloso sin desmesura.

**LA NOCHE.**—En la penumbra en que la luna evita oscuridad, luminoso y con halo de perla, irisado de plata más bello.

**EL DÍA.**—El sol le contrasta de triángulos de sombra transparente, sombra que no entenebrece, sino que evita la monotonía de fachadas y cuerpos.

**LA NOCHE.**—En mí, si hay estrellas, o nubes, el Palacio habla a los sentidos intuitivos de no se sabe qué leyendas en el tiempo, emana como un hálito de Historia.

*El horizonte serrano  
visto  
a través  
de los solemnes arcos  
del Palacio de Oriente.*



EL DÍA.—Vienen los observadores, los trotamonumentos, los que admiran la obra del alma de los pueblos, los que descansan, en estos itinerarios espirituales, de su tarea. Y en el Palacio, si yo, el Día, abarco el total de salones grandiosos y saletas íntimas, descubriendo sus delicias, los visitantes quedan pasmados sin saber adonde acudir: tapices incopiables, muebles con la pátina de los siglos, telas y encajes tejidos por manos de araña en China, en Brujas, en Malinas, en Valencia, en Almagro; lienzos de las escuelas próceres y maestras; armaduras, relojes escultóricos, miniaturas, casullas y ornamentos sagrados debidos a la paciencia de claustradas que al bordar rezan, techos perfeccionados al fresco con otras pinturas monumentales



en que el espacio se multiplica... No voy a hacer el inventario. Cada paso un grito de sorpresa, cada estancia una colección ilustre ella sola. ¿Qué puede rivalizar con tales cosas de la verdad?

LA NOCHE.—Las bellas mentiras de la fantasía.

EL DÍA.—No hacen falta, porque las verdades verdaderas, las de la realidad, las superan. Escucha. En el alcázar que se levantó donde ahora éste se yergue, y que fue destruido por un incendio, como bien sabes, pues fue a mitad bajo tu cetro de ébano, se firmó la orden de que se creara en Madrid una escuela de gramática, que comprendía la retórica, arte de escribir

y bien escribir. Fue un rey, Alfonso XI, «el justiciero» quien implantó el aula prístina en la cual allega sabidurías bastantes, después, un autor, el del «Persiles». ¿Sabes en qué fecha se comenzó a aprender a redactar en Madrid con cadencia y ciencia, por obra de un habitante y señor del palacio, del alcázar se le llama entonces? En 1346. Dime si hay superior cohesión a esta data verídica.

LA NOCHE.—Pues, sí: que los madrileños forman sus cuadrillas y van a Las Navas, donde se destruye el poder sarraceno, africano y bárbaro de los invasores. Se trata de defender la Cruz y la Patria. Allí, en el campo donde se ha de librar el duelo, los capitanes aprecian el contraste de las fuerzas como imposible de nivelar. Ellos, los incrédulos o mahometanos superiores, inmensamente, en número y armas. Frente es imposible envolver el enorme campamento. ¿Quién podría guiarles a rodear por un punto en que se ofrece más débil y de muy probable victoria? De desesperanza de hallar ese guía secreto. De pronto aparece un pastor. Este conoce sendas invisibles para los sarracenos. Se fían de él, que en su rostro ha algo con que persuade. En efecto, dan por el punto desgarnecido el ataque en ariete. Y la batalla ganada hasta el exterminio de los antidiós y anti pañas. ¿Quién era aquel que, luego de ponerles frente a la victoria desapareció sin pedir premio y no fue encontrado? Los de Madrid le conocieron y callaron. Era San Isidro, el que ahí, frente al Palacio, al otro lado del barranco de la calle de Segovia, tuvo albaque de criado humilde, y frente a Palacio su tarea de labrar rezando. ¿Vale algo una pintura en tabla o lienzo lo que esta pintura de la fuerza y coraje es la fe?

EL DÍA.—No niego sino que tus leyendas superen las historias. Vaya además la de aquella mujer célebre del Alcázar, que este Palacio solo es terminado en el 1764, y el otro en ocho siglos bien pudo reunir hechos memorables. Pero atiende. Era el escándalo de las Comunidades, la idea de la España menor contra la idea de la España imperial, Sancho Panza y su estómago contra Don Quijote y su alma ardida. Los comuneros son todos castellanos, Toledo, Valladolid, Madrid. Sí, Madrid a pesar de ser villa realenga no sólo por ley, sino de afición a los reyes. Los comuneros se adueñan de las vías y casas que rodean el Palacio. Pero el alcaide, un tajacabezas a mandobles de los más valerosos, estaba fuera de la siempre villa. Si se perdía el Alcázar se perdía Madrid, si se perdía Madrid perdíase la causa de Carlos Emperante. ¡No pasa nada!, gritó una voz femenina. Y la esposa del alcaide, doña María de Lago, suplió en heroísmo una acertada disposición capitana, a su marido, don Francisco de Vargas, aquél de una de las cinco familias originarias del Madrid primero: Vargas, Gato, Luzán, Bozmediano y Ludeña.

LA NOCHE.—Te retruco. Recuerda a doña Isabel de Borbón, la primera esposa del feble Felipe, el Cuarto

La bellísima, la elegante, la menos que juvenil, niña la malograda, ¿la Belisa de Villamediana, poeta y galán?, la discreta y sufridora, la amada por Madrid y musa del Buen Retiro. Tú, el de la realidad que se toca con las manos y se calibra con los ojos del cuerpo, no sabes que cuando Felipe se entretenía en discretear de política y moral con Sor María de Agreda, la ascética de la práctica, timón de Felipe, sabia y honda sin ser sabihonda, a la monja se le apareció el ánima de doña Isabel, y trató con ella de la salvación de la propia alma; pues las diversiones y frivolidades del mundo (el mundo era aquel Madrid de las comedias, los bailes, galanteos, estrofas, arcos triunfales y cacerías y meriendas, carnaval permanente, lujo y pecado de querer pecar); el Madrid que rebosaba fruiciones sensuales, había puesto en peligro la vida eterna de la Majestad fragante. En cuatro metros de una celda, toda la teología. En la suma pobreza y desprecio de lo rico y muelle, el debate sobre deber y abstención, o desorden de galanías y galanterías... ¿Quién pudo llevar a la materia caso como el que idea la credulidad en lo de otras dimensiones, que no las mensurables?

EL DÍA.—Las que idea la real realidad...

LA NOCHE.—Todas son reales y verdaderas, las que forjan lo táctil, y práctico, y usadero, y las que exaltan la mitad más noble del humano y nacen de en los amplios panoramas de la Señora Fábula.

EL DÍA.—Esto no es fabuloso, sino histórico, o sea sucedido entre las gentes y en la vida que tú llamarías raez, porque es de bulto. Escucha. Desde una ventana del Alcázar se veía, al otro lado también de ese barranco de Segovia frontera de judíos y moros, allá, con cristianos, acá, se veía un espacio de terrones descampado. En él un obrero solo, ceñido de gruesa tela parda atada con un cordón, levanta una choza, cenobio para él, y su palacio. ¿Quién era? Francisco de Asís, vecino del Madrid malfamado, el que más necesitaba de su asistencia. Donde esa choza, se eleva ahora el templo de San Francisco, el Grande. Esta es la memoria de lo histórico y sus realizaciones. Y no tus embelecós.

LA NOCHE.—Madrid es así, un cuarto de santo, un cuarterón de brujo, otro de interesal y otro de ido. Lo santo se rodea de aureola de más allá; lo interesado va a lo útil y fabril redituario; lo ido es su exceso en lo malo y en lo bueno, volubilidad, quizás entusiasmo o cólera, en vaivén; lo brujo es lo que capta Goya en su quinta, a lo sordo. Pintura negra. Soy Noche, y es mía la pintura negra, aunque lo negro es el color fundamento, el que no hay en la chirle combinación del arco iris; lo negro color para aleación de los colores. Pues entre lo brujo, así llamo yo a lo delirante fantasmagórico, pero artístico, opongo a tu pintura alba la pintura negra, el murciélago de Madrid, que planea los atardeceres sobre las cúpulas del Palacio Real, hace que huye y vuelve, bate la capa

madrileña de sus alas opacas, en silencio, con mensaje de no se sabe qué. Es la sombra sombría, que hace sombra de espesa, del marqués de Villena, nigromante, sortilego, alquimista, maestro de la cábala.

EL DÍA.—¡Pero si el marqués de Villena!...

LA NOCHE.—Eso decís los que no veis más allá de vuestra razón: que Villena fue un sensato, y más que prudente, pacato hombre de ciencia. Pero en mí se forman y cuajan las consejas. Y por la conseja, Villena vuela como ensalmador, transforma el plomo en oro, evoca espíritus y planea, murciélago-hombre, sobre el Palacio Real y todo el Madrid avejentado. ¿No sabes que el marqués de Villena entraba como en su casa en la



cueva de Salamanca, residente allí la Magia con su doble vestimenta de negra y blanca? ¿Ignoras que creó, y ese fue su mayor pecado, homúnculos, hombres diminutos iguales a los demás aunque en miniatura, los cuales vivían en un frasco? Por encima de la villa, en las horas que mezclan tiniebla con nube de fantasía, el marqués de Villena es el madrileño que simboliza la leyenda, esa amada de los sensibles, y que se acurruca en la imaginación de los pueblos para vitalizarles con el soplo de algo ultrasospechado y nunca comprobado.

EL DÍA.—Sería de lamentar que el consciente vecino de Madrid, como el razonable turista, conocieran los

embrujo madrileño que se levantan, fantasmalmente a la sombra de tu luna.

LA NOCHE.—Sería maravilloso para ellos. Una ciudad es sólo dédalo de edificios, colección de logros y acuerdo estadístico de sucesos: es una Psiquis. Y el alma de Madrid, no hay más que contemplar los ojos de las majas vestidas y desnudas de Goya, es un alma mágica.

EL DÍA.—Prefiero que a la luz, que no engaña con ilusiones contorsiones, sigan esos viajeros curiosos adentrándose en los tesoros, que para ellos y para la posteridad se guardan y pulen en Madrid. El Palacio Real brilla en sus recamos de arte, olvidemos tus teorías. Lo mismo que cuanto adorna la capital. Sin salir de unos metros cuadrados, aquí, el Palacio, en frente de Encarnación, un poco más a la izquierda, las Descalzas. ¡Qué conjunto!

LA NOCHE.—¡Qué leyendas, en cada una de esas mansiones, también!

EL DÍA.—Discreción, que dos son monasterios vivos.

LA NOCHE.—No hablo sino de lo ensoñado.

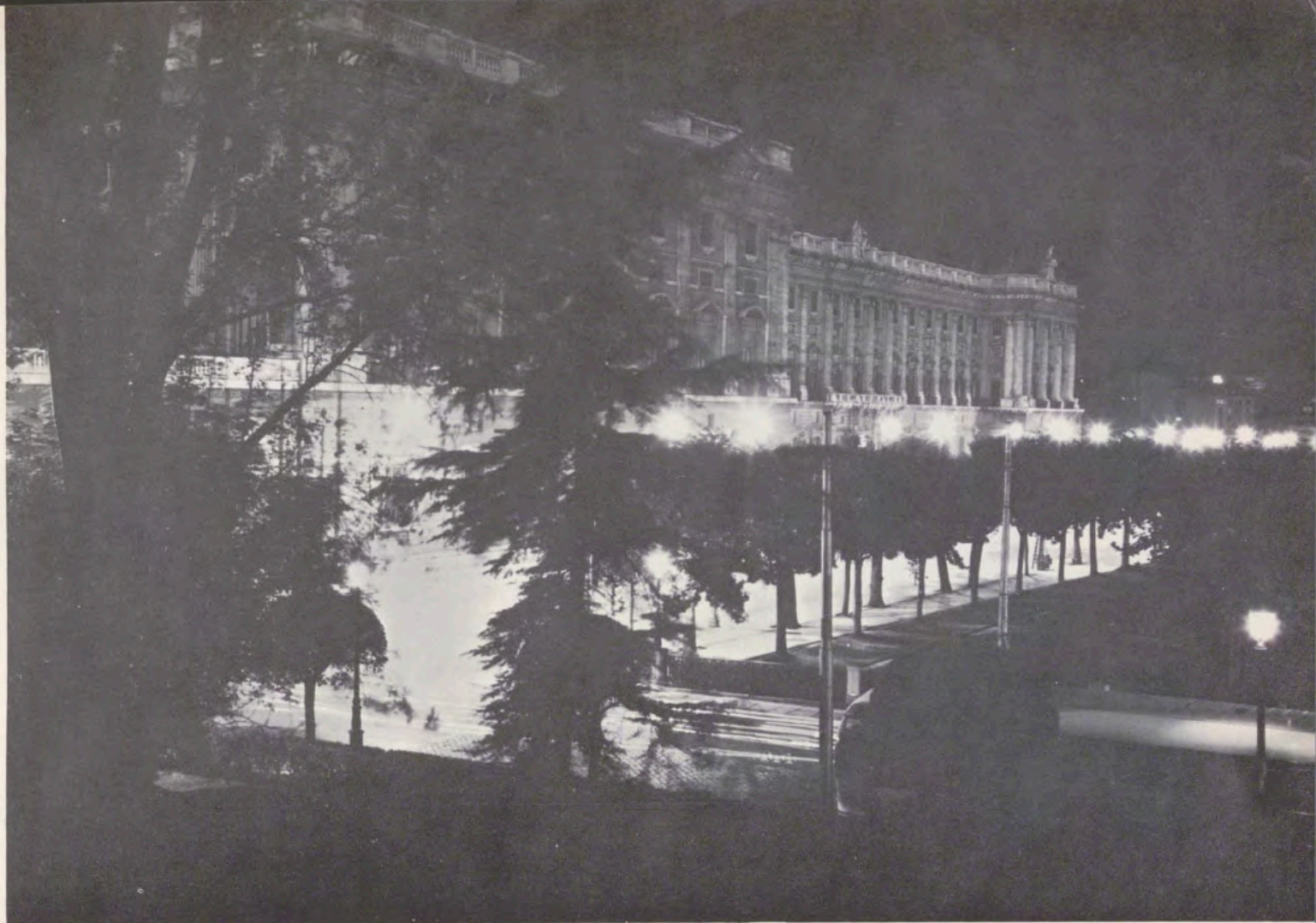
EL DÍA.—Las Descalzas llamadas Reales... Convento de mujeres de sangre azul o rango de primeras en las Cortes. Una Emperatriz preside, una Reina fundadora. De ellas en adelante, hijas de Casa Real, titulares de un apelativo refulgente, el Gran Mundo devoto en sus claustros. Hay un día en las Descalzas Reales en que el estremecimiento divino es incomparable: el de la procesión del viernes de Semana Santa. ¿Qué puedes inventar, invencionera espoleadora de la desorbitación fantástica, que supere la grandiosidad y profundidad del cortejo por los claustros de las Descalzas?

LA NOCHE.—Nada, ya lo sé.

EL DÍA.—Evoca la ceremonia. El ámbito es, dentro de la urbe moderna y trepidante, perpetuación de los siglos del mejor oro de nuestra historia. Es el convento milagro vivo, que milagro es que se conserve perfectamente intacto, entero, sin modificación, la ruina que fundara la hija del Gran Emperador... ¡sin restauración, parche ni postizo! Se abre el claustro a un jardín. Los venerables muros están cubiertos con amplios tapices cuyos cartones pintó Rubens, lienzos de asombros regalados a las monjas coronadas por «la novia de Europa», Isabel Clara Eugenia. El olor del aire es balsámico, incienso, dulzura de primavera mística. Suena un motete asimismo escrito en el XVI. Las Tres Marías, enlutadas, acompañan al Señor en su postrimería de hombre, pues va al sepulcro. La cultura es de la imaginería española más patética a lo Gregorio Hernández. Detrás las Marías, trío de instrumentos que parecen sollozar. Pero lo que calienta esa procesión hasta lo hondo de la reverencia, es que en caso único, por bula pontificia, el Señor yacente lleva

*El monasterio,  
detrás de la gruesa verja,  
conduce la imaginación  
hacia tiempos pasados.*





*El río de luz nocturna  
platea la piedra gris  
de uno de los palacios  
más bellos del mundo.*

en la llaga de su herida del costado la Sagrada Forma... A ver si se idea algo que más huella pueda producir, y alcance el éxtasis.

**LA NOCHE.**—No hay admiración, ni manantial de fervor comparable. Sin embargo...

**EL DÍA.**—Y pensar, al recorrer el monasterio, que allí ha escrito su música Victoria, que entre sus monjas ha vivido Santa Teresa, que Ribera llevó allí a su hija a profesar, en fin, que Fray Juan de los Angeles, aquel místico para el que escribían los ángeles, a juzgar por lo celestial de su prosa, en sus coloquios con las franciscanas clarisas de las Descalzas se inspiró a veces... La realidad, te lo digo a ti, amiga de las vagas figuraciones, es más fuerte, más hermosa.

**LA NOCHE.**—No me opongo en casos tan subidos. Lo que afirmé y continúo creyendo, es que la imaginación enriquece y completa a la vida, si en otros momentos no la supera. Y que en los desnudos objetos y construcciones que tú iluminas, hace falta el complemento: lo que la credulidad en un más que lo real, sentimiento perpetuo de los hombres, añade para mayor excitante interés, y tensión, e ilusión, a la cruda materia en tu luz cruda. Dices de las Descalzas Reales cosas exquisitamente exactas por concretas. Le falta

a tu ilusión la veladura sutil del espejismo. Allí en las Descalzas la idealización aparece en cuanto se abre una tumba: la de la hermana de la fundadora. Doña María de Austria muere en el santo recogimiento de su hermana doña Juana y se la sepulta con mucha cal —lo dicen los cronistas— «para que se consuman pronto aquellas carnes». Trece años después se abre su tumba y aparece como recién enterrada. ¿Realidad? Sí. Mas con premonición de sobrenatural. Y otro suceso que incita a la que tú llamarás, como el vulgo, «loca de la casa». Don Sebastián, el portugués, cae en la batalla de Alcazarquivir. ¿Sabes dónde se centra la saudade de su pérdida? ¿Sabes dónde se cree la suposición ilusa de que no ha muerto y volverá? En el monasterio de las Descalzas. Allí está su único retrato. Mas allí estaba el sebastianismo por años y años; leyenda acepta por lo más ilustre en la fe. Que así se mezcla, como en las rosas, color y perfume.

EL DÍA.—No he de insistir, queda con tu tema, a ti te vendría mejor lo de «cada loco...» Aunque insisto. Veamos en el otro monumento que comparte con Palacio y las Descalzas el trío en cercanía. Tanto, que la Encarnación tuvo pasadizo con el Palacio. ¡Aquella doña Margarita!, ¿la recuerdas? Era de quince años cuando la casaron y vino a Madrid desde París, las dos cortes en galanía. Ella fundó este monasterio, de agustinas, años de 1611, Felipe III, Imperio, coloso



aún, y Poder como no lo hubo. ¿Qué puede ofrecer la realidad real, en su doble sentido de realismo y realeza, a quien busca cultura para disfrutarla intelectualmente? Nada menos que el cimiento de la que luego se ha de llamar Biblioteca Nacional. Fue cien años después de Margarita. El borbón Felipe encuentra en el Alcázar una torre con manuscritos y volúmenes. Más de dos mil piezas. El Rey había traído de Francia otras seis mil. Con los dos cuerpos instaló una biblioteca general en el pasadizo, a que aludía entre la Encarnación y Palacio. Ese es el germen de una herramienta de la ilustración e instrucción de España, de primera calidad... hay millones de tomos en sus estantes y millares de documentos y originales en sus cajas. ¡Para esponjarse de gozo, que la historia ofrezca esas efemérides! Y no es menor la que los carros del Corpus representaban en el atrio de la Encarnación: un pueblo oyendo teología por medio de la poesía, entendiéndolas a las dos, poesía barroca y teología dogmática. ¡España!

LA NOCHE.—¡España! ¡Y por Don Juan! Don Juan, creación española de carne y de ánima. En la Encarnación, don Juan aparece en sus deslumbradores hechos y hechos. Fue realidad, como de la realidad nació la leyenda inmarcesible. Aquel don César de Aguilafuente, que se enamora de una menina de la Reina, a la que enclaustran para librarla del temerario duelisto despilfarrador, seductor de mujeres, el que puso pánico en alguaciles y padres, tutores y golillas, uno de los truenos de la Corte, rival de la pandilla de tiempo de Lope, que apellidaban los maridos «la muerte». A la Encarnación fue a robar don César de Aguilafuente a su portento deseado, puso cerco a la casa profesa, se adentró en ella, iba a forzar la clausura sin respeto a lo sagrado... cuando en evitación de ello salía un familiar del Santo Oficio cerrándole el paso gritándole ante los Sacramentos: ¡Sacrilegio! Ante lo Sumo, don Juan, buen español que es don Juan, se detuvo y cedió la novia a Quien era más santísimo más que el que más, y más que una española movida por un corazón apasionado inaudito. Ve como la leyenda, digámosla penumbra, si sale de la verdad externa, digámosla luz, también es verdad de dentro de lo sustantivo y simbólico, lo hace aparecer y quiza más verdad. Pues la realidad pasa y perece, y la verdad esencial de la verdad, la leyenda, permanece mientras un poeta aliente. Y los pueblos son poetas.

EL DÍA.—Me contento con mostrar a quien quiera más verdades de razón, como tú las dices.

LA NOCHE.—¡Quién hará la guía del Madrid quimérico que invita a soñar y alimenta lo inexpressable! (En esto, era la conversación al atardecer, encendieron las luminarias de faroles y luces artificiales, no se sabía si era día o noche, certeza o ficción. Y la Noche y el Día, confusos, se callaron.)

LE GUSTA  
"VIVIR"  
LO BUENO

!  
"VIVALO"  
CON



para usted, que le gusta  
vivir lo bueno, su copa  
de Centenario. Alegría  
de vivir en cada copa y  
una sonrisa en la boca.  
Viva la alegría de vivir  
con su Centenario Terry!

**Centenario  
Terry**  
qué bueno!

# "S A M B A"



Un deslumbrante espectáculo de música y color con

**S A R A M O N T I E L**

a la cabeza de un extraordinario reparto internacional

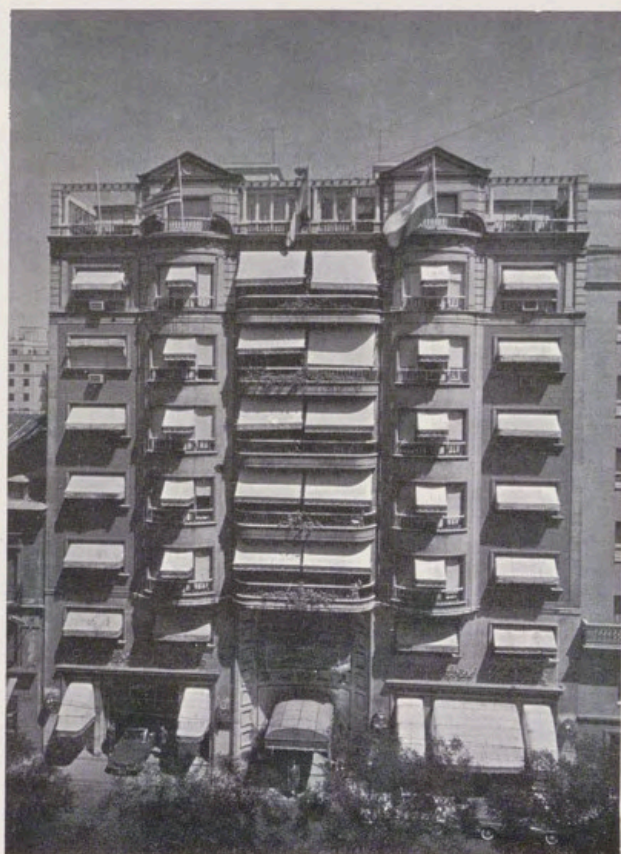
La primera película realizada en coproducción con Brasil por  
CESAREO GONZALEZ PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS

Dirección: RAFAEL GIL



# GRAN HOTEL VELAZQUEZ

CATEGORIA DE LUJO



**Aire acondicionado en todo el edificio**

**Salones de banquetes**

**Garaje**

Dirección telegráfica:  
VELAZQUEZOTEL  
Teléf. 275.28.00

**Velázquez, 62**  
**MADRID (1)**



**BARCELONA**

Pl. de Cataluña, 14

**DOS MODERNÍSIMOS  
EDIFICIOS COMERCIALES**  
especialmente contruidos  
para Grandes Almacenes,  
con toda clase de servicios  
y seguridades para los clientes.

**CIEN DEPARTAMENTOS  
ESPECIALIZADOS**

que presentan  
en todo momento  
las más avanzadas  
creaciones  
de la moda internacional.

**CALIDAD  
PERFECCION  
SERVICIO**



**MADRID**

Preciados, 3

**El Corte Inglés**

# LA BIBLIOTECA DE PALACIO

---

Por  
MATILDE LOPEZ SERRANO

---



No es cierto, como vulgarmente se asegura, que Felipe V, al fundar su Real Biblioteca Pública, crease otra con carácter particular en el propio Palacio hacia 1714. No existe documento alguno que exprese esta doble fundación ni la historia de la Biblioteca Pública presta el menor apoyo a estas suposiciones. Felipe V fundó una sola Biblioteca Real, la Pública, en el año 1711, cuyas vicisitudes no son aquí del caso, pero que es la única a la que se alude continuamente en libros y documentos durante los tres primeros cuartos del siglo XVIII.

En la Nochebuena de 1734, un gran incendio destruyó el viejo Alcázar; si el Rey hubiese poseído entonces una biblioteca propia, organizada y con instalación ex profeso, como se quiere dar a entender, los inventarios realizados tras del siniestro habrían mencionado sin duda tan importante dependencia; y no sólo no dicen nada acerca de libros, sino que dan a entender que no existían porque el Rey los había recogido para su Real Biblioteca Pública. Y ésta, a su vez, no es aludida en los documentos e inventarios del incendio, por no haber sufrido daño alguno, toda vez que ocupaba un edificio fuera del Alcázar que, aunque anejo, quedaba muy alejado de éste.

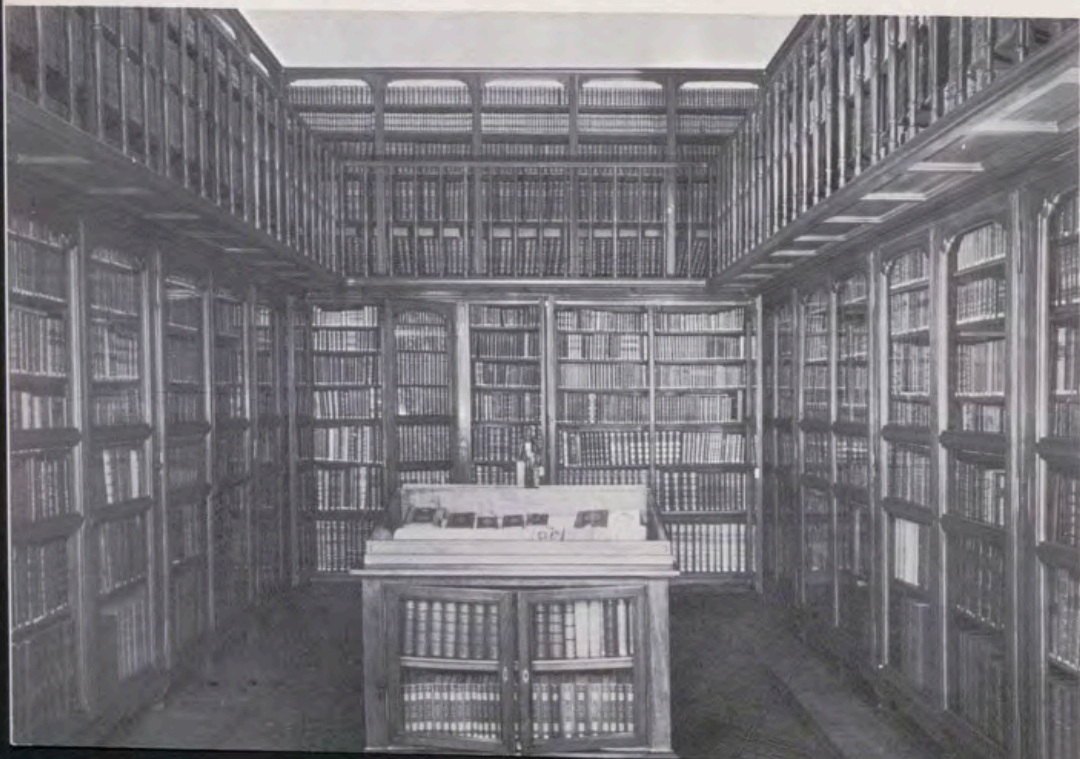
Que no crease Felipe V una biblioteca particular, no implica que no



*La sala que tradicionalmente ha venido siendo el despacho de la Dirección de la Biblioteca de Palacio. Se trata de una de las piezas más proporcionadas y nutridas de libros. Los muebles, de diferentes épocas, entonan perfectamente con el conjunto y hacen más grato el ambiente.*

poseyese libros propios suficientes para ocupar algunos armarios que decorasen aposentos de Palacio, suposición justificada por el lote de obras de su época conservadas en la actual Biblioteca Real. En todos los tiempos ha sido y es hecho frecuente el de obsequiar y ofrecer libros a los soberanos. Estos regalos, más las obras que se adquiriesen por compra, serían las que poco a poco formarían una colección propia del Rey, y así, sin duda, sucedió durante los reinados de Felipe V, el efímero de Luis I y el de Fernando VI, pues de todos ellos, muy especialmente del último, se conservan gran número de libros impresos y manuscritos, españoles y extranjeros, con ricas y bellas encuadernaciones en la Biblioteca Patrimonial.

En el Palacio del Buen Retiro, que los reyes habitaron durante veintiséis años mientras se construía el Palacio nuevo de Oriente, levantado en el solar del viejo Alcázar de los



*La Sala IV, de la Biblioteca. Rodeada de estanterías, hay en el centro de la pieza una vitrina con valiosos libros. En su parte superior, dos cristales, en un ángulo, dejan ver, a un lado, ejemplares de libros raros hispanoamericanos y en la otra parte, ediciones modernas de bibliófilo.*

Austrias, destruido por el fuego, existieron algunas piezas o salas que se destinaron propiamente para biblioteca, puesto que de 1760, un año después de la llegada de Carlos III a España desde Nápoles, se conserva manuscrito el *Catálogo de la Librería que tiene para su Real uso el Rey Nuestro Señor. Hecho por don Francisco Manuel de Mena, Ayuda de la Furriera. Año de 1760*; en 1766 fue nombrado encuadernador de Cámara Gabriel de Sancha, y dieciséis años más tarde, en 1782, volvemos a tener noticias de la Biblioteca Particular del Rey por el *Suplemento al Catálogo de la Librería que para su Real uso tiene el Rey Nuestro Señor don Carlos III. Hecho por don Gabino de Mena, Administrador de la Imprenta Real. Año de 1782*, conservados en la de Palacio. Ahora bien, don Antonio Ponz, que publicó en 1776 el tomo IV de su conocido *Viaje de España*, en el que describe minuciosamente las habitaciones del Palacio Nuevo o de Oriente, no menciona ninguna de ellas como Biblioteca Real, porque ésta no se instaló sino más adelante y con todos los honores, en una serie de habitaciones de la planta principal, que ocupaban el saliente



Sala de lectores e investigadores. Los soberbios armarios se fabricaron, con maderas especialmente traídas de América, para la primitiva Librería de Palacio perteneciente a la época de Carlos III y Carlos IV. Sin duda alguna, resulta agradable y acogedora.

de la torre SE, contiguas a la Cámara que fue de Carlos IV, formando precisamente el ángulo de la construcción y cuyas luces se abrían casi en su totalidad a la calle de Bailén, habitaciones que estaban aún sin decorar y sin destino cuando Ponz escribió el volumen de su *Viaje* referente a Madrid.

La Biblioteca Real Particular no se instala hasta los años finales de Carlos III y primeros de Carlos IV, y debió constituir un admirable conjunto de pequeñas salas llenas de luz y exquisitamente decorados sus techos por los pintores del Rey (Bayeu, Maella) con alegorías alusivas, y sus muros y puertas con elegantes molduras y hermosos tejidos de seda, cuyos muebles principales fueron preciosos armarios de ricas maderas enviadas desde América como obsequio al Soberano; muchos de ellos pueden admirarse todavía en la Biblioteca de Palacio.

El primer bibliotecario fue el P. Fernando Scío, que tuvo como auxiliar eficazísimo a don José Angel Alvarez Navarro, calígrafo notable y sujeto entendido en la ordenación y cla-





Manuscrito titulado «Genealogías de los Reyes de España» y escrito por Alfonso de Cartagena en 1460. En el libro aparecen dibujos anónimos realizados a pluma. En el grabado, Fernando III, el Santo, entra en Sevilla.

expresar para las producciones del siglo XIX, como quedó de manifiesto en la Exposición del Libro de esta centuria celebrada en 1945.

Otros departamentos de esta sección son los de *Revistas y Periódicos* (2.000 títulos) y *Mapas* (2.000).

### Sección de Manuscritos

Comprende esta sección 3.000 volúmenes. Desde el punto de vista histórico destaca el manuscrito en papel de hacia 1460 *Genealogía de los Reyes de España*, de Alfonso de Cartagena, con 82 dibujos a pluma que representan a los Reyes y sus familias desde Atanarico a Enrique IV; los literarios, con el *Cancionero de Barbieri*; las numerosas colecciones epistolares del Cardenal Granvela (más de 70 volúmenes) y la del Conde de Gondomar, con unos 80 tomos; también destacan en este aspecto las *Cartas de Jesuitas*, entre las que se conserva un precioso autógrafo de San Ignacio de Loyola.

El importante fondo de manuscritos de América es de valor excepcional para la historia de los países hispanoamericanos, formado con las colecciones de la Secretaría de Gracia y Justicia de Indias, las librerías de don José Manuel de Ayala y don Juan Bautista Muñoz y diversos manuscritos filológicos coleccionados por don José Celestino Mutis, más algunos papeles de don Juan de Palafox y Mendoza, traídos de Simancas en 1785, aparte algunos procedentes de las colecciones particulares mencionadas anteriormente. Toda la vida americana se refleja en esta colección de más de 2.500 títulos, catalogada por don Jesús Domínguez Bordona; destaquemos someramente la llamada *Miscelánea de Ayala*, en 83 tomos; *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*, 9 tomos de láminas a la aguada sobre

las costumbres, flora y fauna de aquella región, enviadas por el Obispo don Baltasar Jaime Martínez Compañón al Rey Carlos IV, y, sobre todo, la *Historia de Nueva España*, en lengua mexicana y española, de Fray Bernardino de Sahagún, autógrafo; la *Historia del Perú*, de López de Caravantes; *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, de Antonio de León Pinelo; la *Historia de la villa Imperial de Potosí*, de Arrans de Ormaiztegui. En cuanto a la Filología, son de inestimable valor los 21 manuscritos en lenguas indígenas reunidos por Mutis en tiempos de Carlos III; han sido publicados cinco de ellos por don Miguel Gómez del Campillo.

En cuanto a los manuscritos ricos, citemos la notable colección de *Libro de Horas*, entre los que descuella el que contiene las armas de Aragón y Enríquez, hermosísimo manuscrito, el más bello de arte flamenco de los conservados en España, obra maestra del famoso Guillaume Vrelant, miniaturista del Duque de Borgoña (mediados del siglo XV). Constituye este libro «la joya más preciada de la Biblioteca y una de las obras maestras de la bibliografía (bibliofilia) universal», al decir de Domínguez Bordona. Contiene 3.487 miniaturas a saber: 24 del calendario, 72 de páginas entera, 159 orlos, 87 grandes iniciales, 181 medianas y 2.964 pequeñas, todas de arte depurado. Se ha atribuido la propiedad del códice a doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico; a su esposa de éste, doña Isabel, y a doña Juana la Loca; comúnmente se designa como *Libro de Horas de Isabel la Católica*. Lo cubre riquísima encuadernación (restaurada en 1950) de chapas de oro cincelado y calado recubiertas de esmaltes pintados de principios del XVII, que comprenden el escudo, cartuchos y adornos de las cubiertas, lomera, cabeceras y broches. Es la más rica de todas las encuadernaciones de orfebrería conservadas en España. En la colección figuran otros seis *Libros de Horas* miniados.

Finalmente citaremos el *Libro de la Montería*, de Alfonso XI, manuscrito del siglo XV, castellano, con pinturas referentes a escenas de caza; y la *Historia real*, del poeta persa Firdusi, copia hecha en 1485, una de las más bellas que se conservan de esta obra.

### Sección de Bellas Artes

Comprende las colecciones de grabados y dibujos, música y fotografías, las cuales no corresponden a la riqueza e importancia de las demás de la Biblioteca Real Pública (Biblioteca Nacional) y al Museo del Prado. La mayor parte procede de las colecciones de los hijos de Carlos III, sobre todo del Infante don Antonio Pascual de Borbón; sobresalen dos grabados de Ribera, dos de Dürero, varios de Hugo Carpi; las estampas de la batalla de Lepanto, las grabadas por Pedro Perret, de San Lorenzo de El Escorial, y, sobre todo, un bello ejemplar de los *Caprichos*, de Goya, primera tirada.

Los mejores dibujos fueron reunidos en tres grandes álbumes por el pintor de cámara Mariano Maella, del que los adquirió Fernando VII; sobresalen dos Tiépolos; serie muy notable es el conjunto de planos para el Monasterio de El Escorial, casi todos de Juan de Herrera y alguno de Francisco de Mora y de Juan Gómez de Mora.

En cuanto a la colección de fotografías, es copiosísima, alrededor de 10.000, y su valor es esencialmente histórico.

El conjunto de obras musicales que guarda la Biblioteca débese a la afición que tuvieron siempre los Reyes por la música. Se conservan más de 3.000 títulos, desde óperas manuscritas del siglo XVIII, a partir de Fernando VI, hasta las más conocidas del siglo XIX. El fondo de tonadillas escénicas españolas es muy notable, no obstante haberse disminuido mucho en tiempos de don Amadeo de Saboya, que regaló un gran lote al Real Conservatorio de Música. La música sinfónica conservada es numerosísima y su valor musicológico ha sido resaltado por don José Subirá. Entre los manuscritos hemos de destacar el *Cancionero de Palacio*, publicado por Barbieri (1890), ahora depurado por don Higinio Anglés, y el conocido por *Fiestas Reales*, en el que Carlos Broschi, Farinelli, el famoso tiple de Fernando VI, describe el teatro del Buen Retiro y enumera las funciones hechas en él desde 1747 a 1758 (año del manuscrito), y de su individuos, sueldos y car-

gos; las acuarelas de escenografía, escuadra del Tajo y embarcaciones reales son de gran interés. Como impresos de música sólo citaremos, y es bastante, un ejemplar *De Musica libri septem*, del ciego Francisco Salinas, 2.ª edición, o 1.ª, con portada nueva y colofón, de 1592.

### Medallero

Un medallero importante posee también la Biblioteca. La gran colección de medallas pasó primeramente a la Biblioteca Real Pública (Nacional) y después al Museo Arqueológico. La colección de Palacio arranca del reinado de Felipe V, llegando hasta don Alfonso XIII; de gran valor artístico son las correspondientes a los reinados de Carlos III y Carlos IV, sobre todo las procedentes de las cecas americanas. Son medallas conmemorativas y de proclamación. Abundan los ejemplares de oro y pesados. La colección comprende cerca del millar; otras tantas corresponden al extranjero. La procedencia parece haber sido la propia Cámara regia, los obsequios internacionales y tal vez la colección cedida a Fernando VII en 1815 por don Carlos Baldiri de Riera, empleado de Loterías, a cambio de ser nombrado bibliotecario y numismático del Rey.

Del mismo personaje procede el *Monetario*, que comprende unas 2.000 piezas, casi todas monedas romanas y algunas griegas, en general de muy buena conservación.

### Encuadernaciones

En cuanto a las encuadernaciones, puede afirmarse, sin riesgo de error, que la colección de los siglos XVIII y XIX es la más completa y lujosa de cuantas se conservan en bibliotecas españolas. Las encuadernaciones más antiguas pertenecen al siglo XV, presentando muy bellos modelos mudéjares; lo mismo puede afirmarse de las de los siglos XVI y XVII. La serie de encuadernaciones extranjeras es numerosa e importante; destaca también un grupo muy notable de Hispanoamérica.

### Indices

Los índices de la Biblioteca son: tres de carácter general: *de impresos*, alfabético por autores y obras anónimas; *de manuscritos*, ordenado del mismo modo, y *de materias*, por conceptos o vocablos, clasificación que desde el siglo XVIII se

Sala de Visitas, donde se muestra una arqueta de plata, con un álbum, que regalaron todos los alcaldes de España a D. Alfonso XIII con motivo de su boda. A la derecha, un retrato de Felipe V, fundador de la Biblioteca Real (Nacional), y que es una copia del realizado por Rigaud.

En primer término, la Sala de Exposiciones. En el centro de ella, dos vitrinas que contienen seleccionadas obras —manuscritos e impresos— de gran valor. En segundo plano, el vestíbulo de la Biblioteca. Al fondo, una de las galerías, con sus arcadas, que bordean el Patio Central del Palacio de Oriente.





Manuscrito del siglo XVII, que trata de la «Historia del Perú», y cuyo autor es Francisco López de Caravantes. Es una de las obras más consultadas en la Biblioteca de Palacio.

adoptó para la Biblioteca y que no se ha interrumpido a través de los diversos regímenes que el Centro ha conocido. Índices parciales se refieren a *Autógrafos, Revistas y Periódicos, Mapas, Incunables, Música, Grabados, dibujos y fotografías, Retratos, Incompletos y Duplicados*. NÚMERO DE LECTORES: unos 2.000 anuales.

### Publicaciones

La importancia de las publicaciones realizadas por la Biblioteca se advierte con la simple enumeración de sus títulos; hay que distinguir en ellas tres grupos bien definidos: la serie de volúmenes de su Catálogo General, la de estudios especiales sobre algún ejemplar excepcional y los Catálogos de Exposiciones.

### Exposiciones

Durante la Monarquía (siglos XIX-XX), la Biblioteca concurre siempre, con una selección de ejemplares notables, a las grandes Exposiciones de carácter internacional celebradas en España, pero nunca organizó exhibiciones en sus propios locales. A partir de 1931 ha parecido preferible montar Exposiciones periódicas que den a conocer al gran público las rique-

zas bibliográficas patrimoniales. Así, en 1934, tuvieron lugar las Exposiciones de encuadernaciones españolas y de libros españoles antiguos de medicina; en 1945, la del Libro Español del siglo XIX; en 1946, la conmemoración del II Centenario del nacimiento de Goya. Exposición conjunta en colaboración con los servicios de Bellas Artes del Patrimonio Nacional y del Archivo General de Palacio en locales ajenos a la Biblioteca (habitaciones del Duque de Génova). También ha concurrido a la Exposición de Recuerdos de Lepanto, en el Museo Naval (1947) y a la de Numismática e Internacional de Medallas, presentando exclusivamente ejemplares en colección (1951); a la de manuscritos flamencos, en el Ayuntamiento de Madrid (1953); Reunión de la Federación Internacional de Bibliotecas (1958); Congreso de Bibliofilia (1963) y de Libros Selectos de la Biblioteca en el Palacio de Pedralbes, en Barcelona (1964).

De carácter restringido y circunstancial, se han montado más de treinta Exposiciones desde 1939; sobresalen varias conmemorativas de la Fiesta del Libro (Códices miniados impresos españoles de los siglos XVI y XVII, libros catalanes cervantinos) y de carácter histórico de la I Asamblea de Archiveros, Bibliotecas y Museos (1935). Visitas del Cursillo Técnico de aspirantes al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (1945), de la Excelentísima Diputación de Barcelona y del International Institute (anuales), Colegio Mayor Universitario Femenino Teresa de Jesús, Congreso Femenino Ibero-Americano (1951) y otras muchas entidades culturales.

# CARLOS III

*El coñac que rebofa calidad*



CARLOS III es un excepcional coñac de la gran dinastía DOMEQ, en su tipo clásico de SUAVE y SECO, envejecido durante décadas y décadas de años en sus reposadas soleras.

*Pedro Domecq*  
CASA FUNDADA EN 1730  
JEREZ DE LA FRONTERA



# BANCO HISPANO AMERICANO

MADRID

Capital desemb. Ptas. 900.000.000

Reservas. » 2.555.000.000

**383** Sucursales y Agencias  
Urbanas en la Península,  
Ceuta, Melilla, Baleares,  
y Canarias

Operaciones de Extranjero  
con Corresponsales directos  
en todo el mundo

**Representaciones propias en  
Méjico:**

Avenida 16 de Septiembre, 66

**MEXICO - DF**

**Venezuela:**

Pájaro a Curamichate. Edificio Panorama

**CARACAS**

**Cambio de monedas.**

**Cheques de Viajeros.**

Aprobado por el Banco de España con el número 6.098

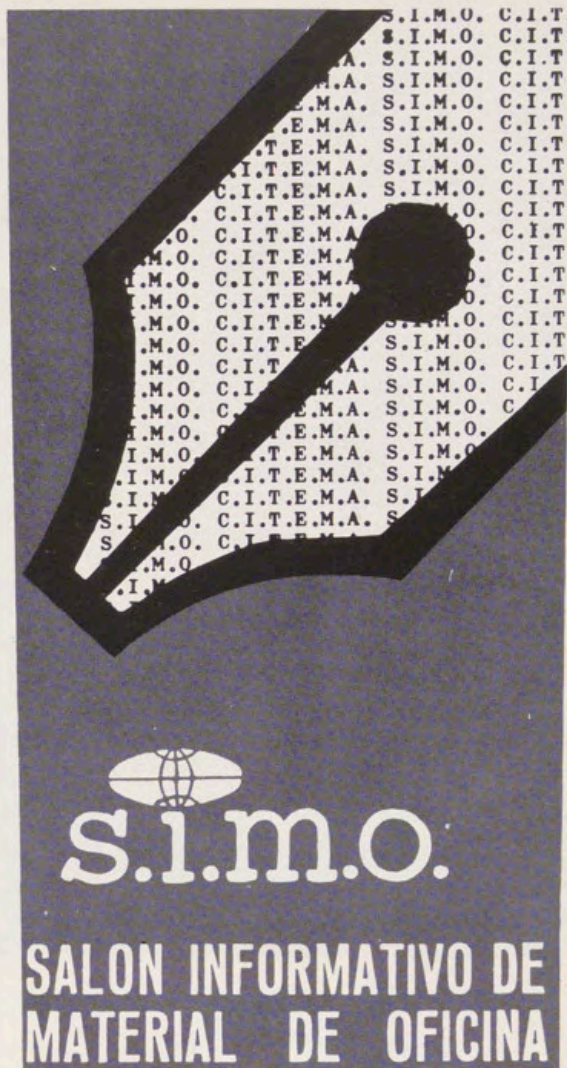
**Presenta en este año 1964**

- \* nuevas marcas
- \* nuevos expositores
- \* nuevas secciones
- \* nuevas instalaciones
- \* mayor nivel técnico

**VISITE VD. ESTE CERTAMEN Y VERA LAS MEJORES  
MARCAS MUNDIALES DE CADA ESPECIALIDAD  
PALACIOS DE EXPOSICIONES DEL RETIRO 26 SEP. AL 6 OCTUBRE MADRID**

Patrocinado por la  
SECRETARIA GENERAL TECNICA DE LA PRESIDENCIA DEL GOBIERNO

ES UNA ORGANIZACION CITEMA  
Informes - Conde Valle Suchil, 8  
Teléfonos 224 57 30  
224 98 23  
MADRID -15



# Presente Y futuro de

## SOTOMAYOR

Por JOSE ENRIQUE MAZON



cinco kilómetros escasos del Real Palacio de Aranjuez, andando hacia saliente la calle de la Reina, que bordea el Jardín del Príncipe, y, sin cruzar el río, se llega a Sotomayor.

Estamos en la meseta, rayando con la Mancha Alta. Y aquí los contrastes. La vegetación exuberante del calor, y el agua, y el áspero secano que amarillea sediento y sin esperanzas con los primeros rayos de sol ardiente del verano.

Esto son las 1.378 hectáreas de Sotomayor. El Tajo, profundo, la ciñe por el norte en seis kilómetros, regando 204 hectáreas de fértiles tierras de su zona baja. Cultivos variados y que han dado merecida fama a estas huertas: espárragos, fresas, tomates, pimientos, patatas, trigo, maíz, alfalfa; frutales y el plátano opulento como en ninguna región de España, y espontáneos el álamo, el sauce, el taray y el majuelo, alegrando con su desorden la cuadrícula de un regadío intensivo. Distintos colo-

res, diferentes verdes en primavera, variados oros en otoño.

El río deja la finca después de la presa que, además de su aprovechamiento eléctrico, es derivación de «Caz de las Aves», que riega las tierras de Aranjuez.

Por 890 hectáreas de cerros, laderas y valles se remontan los 120 metros de desnivel que hay de la Vega a «Los Llanos». Es zona dedicada a pastos. Le dan su aspecto bravío los arbustos que la pueblan, la amarilliza, el romero, el cantueso y el tomillo aromático, la retama y el parto, cobijo de liebres, conejos perdices de gran bravura y rápidos como vuelo.

Por saliente, «Los Riscos» cortados a pico en salinas y yesos, donde anidan el valiente halcón real, los cuervos y las chovas, ladrones de siembras, el astuto raposo y el tejón.

«Los Llanos» por mediodía, en la Meseta de Ocaña, haciendo lindes de las provincias de Madrid y Toledo, con 284 hectáreas de cultivo de secano de cereales, de legumbres.

En estos campos, entre el Jarama, el Tajo y los cerros de Colmenar, libró Aníbal, 220 años a.J., una célebre batalla a su paso por la Península. La lucha se centró principalmente en la ribera del Tajo, derrotando a más de 100.000 carpetanos que se habían concentrado para detenerle en su avance.

Lindando con Sotomayor está Oreja. Hoy pueblo con tres vecinos y un castillo en ruinas, fue famosa fortaleza y villa amurallada, encaramada en un cortado sobre el Tajo. Usando de su posición estratégica, defendía esta comarca de las incursiones de los moros, y baluarte que, corriendo el siglo XII, se adjudicó a la Orden de Santiago, juntamente con las tierras de Aranjuez, que servían de recreo y producían importantes rentas a sus maestros. Cuando Fernando el Católico asumió el Maestrazgo de la Orden, pasaron estos bienes a la Corona.

Carlos V incorporó en 1540 la «Dehesa de Sotomayor» a los bienes de la Orden de Santiago, ya bienes reales.

Siempre fueron estas tierras afamadas por su ganado caballar y mular. En sus sotos, inundados por las avenidas del Tajo, encontraban el pasto abundante y alimenticio para su magnífico desarrollo.

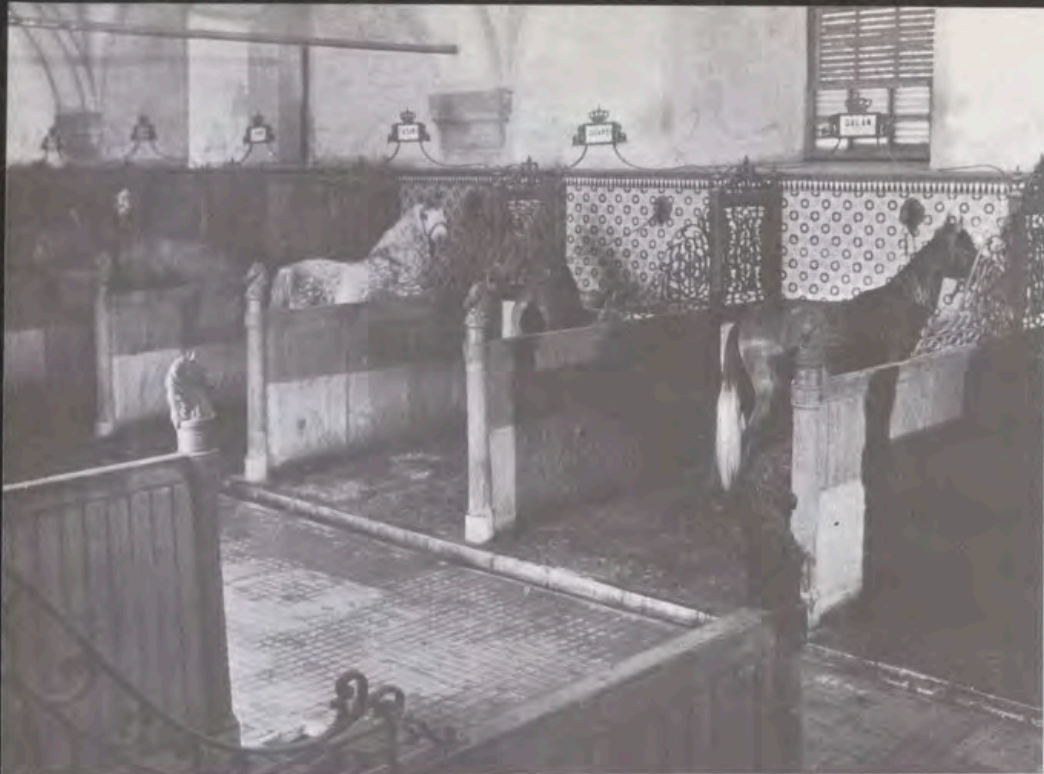
Se criaba ganado de raza española y el interés puesto por Felipe II en



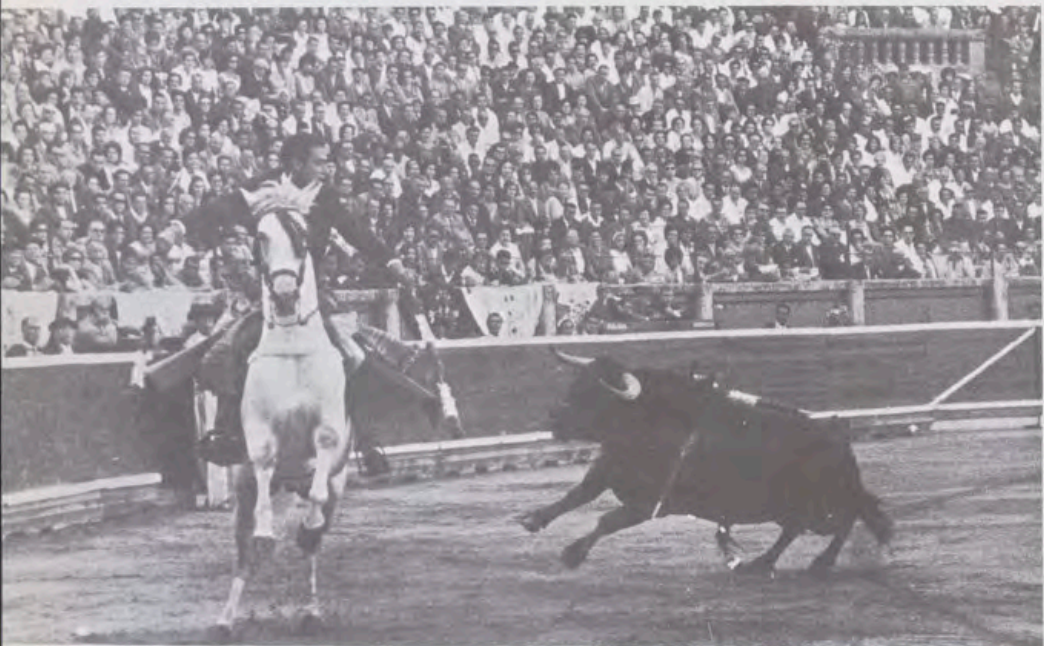
El patio central, de singular belleza.



Entrada principal a la finca.



*Cuadras de la antigua yeguada real.*



*Josechu Pérez de Mendoza, hábil rejoneador, sobre «Faisán», de Sotomayor, en dos momentos de la lidia.*



su mejora hizo que la Real Yeguada alcanzase reconocido renombre.

Durante los reinados siguientes no disminuyó la atención dedicada y Carlos III mandó construir para viviendas de yegüeros y para cuadras los edificios centrales de Sotomayor, que se conservan en la actualidad. La construcción sigue el estilo que para el Palacio de Aranjuez dictase Juan Bautista de Toledo y continuara Herrera, conservando en la ampliación ordenada por este monarca. Fachadas de ladrillo visto, grandes ventanales y cornisas de piedra de Colmenar, todo el caserío en una planta con techos en bóveda. Un gran portalón y encima las cabezas de un caballo y una yegua talladas en piedra, sobre la expresiva inscripción: «Vento grávidas ex prole puntabis», da paso a dos armoniosos patios separados por una nave dedicada a habitaciones reales. En el frente, viviendas y lateralmente y al fondo, un picadero cubierto y las cuadras con pesebres de magníficas piezas de piedra de Colmenar y remates con preciosas cabezas de caballo, que hacen de ellas locales únicos en su género.

En 1865, por la venta decretada de determinados bienes del Patrimonio Real, la yeguada redujo el número de cabezas al venderse algunos lotes que sirvieron de origen a nuevas ganaderías.

A los pocos años, Alfonso XII le dio nuevo impulso e introdujo una sección de caballos ingleses «pura sangre» que corrían sus entrenamientos en «Los Llanos».

En 1890, durante la regencia de Doña María Cristina, llegó a haber de raza española: 9 caballos sementales, 114 yeguas y 228 potros y 28 caballos y yeguas ingleses «pura sangre».

A principios de este siglo, durante el reinado de Alfonso XIII, las tierras dedicadas a soto se fueron poniendo en cultivo y regadío y se construyó la central eléctrica que suministra la energía necesaria para la elevación del agua para el riego.

Las tierras regadas se cultivaron en régimen de arrendamiento, hasta 1951 en que se hizo cargo de su explotación directa el Patrimonio Nacional, realizando importantes inversiones en su mejora.



# BANCO IBERICO

Capital . . . . .	220.000.000,00
Reservas . . . . .	215.250.000,00

Realiza toda clase de operaciones  
de Banca y Bolsa

Sucursales y Agencias

Dirección telegráfica: B A N K I B E R

(Aprobado por el Banco de España con el n.º 6.000)



# CAJA DE SEGUROS REUNIDOS, S. A.

Los Madrazo, 15  
MADRID (14)

Dirección telegráfica: CASER

Teléfono 222.65.60 (tres líneas)

SEGUROS DE ACCIDENTES  
DEL TRABAJO

ACCIDENTES INDIVIDUALES

INCENDIOS

AUTOMOVILES

VIDA

PEDRISCO

CREDITO

TRANSPORTES

ROBO

RESPONSABILIDAD CIVIL

Y GANADOS



*El atractivo espectáculo de la yeguada cuando baja al río para calmar su sed.*

Se hicieron obras de adaptación del interior de los edificios a las nuevas necesidades y se construyeron 32 viviendas para obreros. Los caminos de la vega fueron mejorados, haciéndose fácilmente transitables en cualquier tiempo, y la primitiva red de riegos con acequias en tierra fue sustituida por otra de obra que permitía un riego más perfecto. En «Los Llanos» se roturaron parcelas para dedicarlas a cultivos de secano.

Se siguen mejorando las tierras de regadío y transformando nuevas zo-

nas, así como roturando en «Los Llanos» aquellas que por su topografía permiten la mecanización y que tienen calidad para dar cosechas satisfactorias.

Naturalmente, la explotación agrícola ha llevado consigo la ganadería.

Objeto de especial atención es la Real Yeguada con sus 20 excepcionales yeguas de vientre. Animales con mucho temperamento, pero de gran docilidad y nobleza que hace que sus productos sean muy solicita-

*Al fondo de esta panorámica se levantan las modernas y cómodas viviendas para los obreros de Sotomayor.*



dos por rejoneadores y por buenos aficionados al caballo de campo español.

Hay, además, 500 ovejas manchegas dedicadas a la triple producción de lana, cordero lechal y leche y 40 vacas frisonas de estirpe americana Carnation, de elevadas producciones lácteas.

Todo este conjunto en actividad constituye una empresa agrícola verdaderamente interesante.

En su vertiente humana se procura que los trabajadores, viviendo en el campo, disfruten de las mismas atenciones sociales que puedan tener los que viven en la ciudad por trabajar en la industria o los servicios.

Las viviendas tienen magníficas habitaciones, amplias, en dos plantas, agua corriente y baño y un espacioso patio.

Cuentan con asistencia religiosa y escuela en la finca y un círculo recreativo con televisión, juegos y bar.

Económicamente, además de particulares mejoras familiares, participan de forma importante en los beneficios de la explotación, siguiéndose un régimen de salarios superior al establecido en la zona.

Como en toda empresa agrícola, se pretenden unos resultados que supongan una rentabilidad normal a los capitales invertidos.

La producción agrícola se ha complicado notablemente, elevándose los costos y no haciéndolo proporcionalmente el valor de los productos. Las dificultades comerciales aparecen con la competencia. Todo ello exige una dedicación entusiasta y especializada.

Hay que estudiar cuidadosamente los costos para obtener una mayor productividad de los distintos factores de producción. La racionalización del trabajo, con el estímulo de las primas de la producción y la mecanización de los procesos que lo permitan, son necesarias para obtener una mayor productividad de la mano de obra que haga posible unos jornales más elevados.

Las producciones por unidades de superficie o por cabeza de ganado han de ser altas, haciendo con acierto las labores, las fórmulas de abonado, el empleo de semillas selectas

de variedades adecuadas, los tratamientos con herbicidas e insecticidas, la aplicación de los riegos y la alimentación y cría racional del ganado.

La competencia en la venta de los productos obliga a dedicar muy especial atención a la elección de los cultivos y explotaciones ganaderas, calidades a conseguir en cantidades más adecuadas para el mercado a que han de dedicarse.

Dentro de este dinamismo de empresa, las características de Sotomayor permiten orientar con cierta soltura la explotación, buscando la coyuntura más favorable y tomar posiciones para situaciones previsibles.

Toda esta tarea sometida a las inclemencias de nuestro clima puede resultar discordante con el deseo y el trabajo a ella dedicado. Pero el campo tiene su duende y cuando cansados y pisando terrones tal vez ingratos, damos por terminada la dura tarea diaria, la ilusión de una nueva cosecha más generosa nos llevará adelante.



# COLEGIOS DE LA SECCION FEMENINA



## **SAN BENITO DE RASCAFRIA** Colegio libre adoptado

En régimen de internado. Un hermoso edificio con parque en uno de los lugares más bellos y saludables de la Sierra de Guadarrama.

## **SAN BENITO DE ZARAGOZA**

Internas y externas. Situado en la casa Rincón de Goya, Parque de Primo de Rivera, en Zaragoza.

## **SAN BENITO DE LA CHANTREA**

Internas y externas. Situado en el Barrio de la Chantrea, en Pamplona, en un edificio construido especialmente para colegio.

## **SAN BENITO DE MADRID**

Situado en un magnífico edificio de la Ciudad Lineal. Externado.

PRIMERA ENSEÑANZA  
BACHILLERATO  
CULTURA GENERAL

Pintura, Modelado, Arte y Decoración, Idiomas, Danzas Regionales, Rítmica, Música, Deportes, Excursiones, Visitas a Museos y monumentos.



Licenciados y profesores especializados en todas las asignaturas.



Comodidad, higiene y belleza en las instalaciones.



**INFORMACION:** Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina y Delegación Nacional, ALMAGRO, 36 - MADRID (4)

# CRÓNICA DEL PATRIMONIO NACIONAL



*Presentación del libro «El Escorial»  
a Su Excelencia el Jefe del Estado  
por los consejeros del Patrimonio Nacional.*

*Los dos tomos de la obra  
editada con motivo  
del IV centenario del Monasterio.*



Numerosas son las realizaciones de todo tipo desarrolladas por el Patrimonio Nacional con el fin de divulgar los valores de todos los monumentos que administra. Entre esas realizaciones se pueden destacar las siguientes:

**E**n el palacio de El Pardo le fue entregado a Su Excelencia el Jefe del Estado el libro *El Escorial*, editado por el Patrimonio Nacional, y en el que se recoge la historia del famoso monasterio como contribución a los actos conmemorativos del IV Centenario de su fundación.

En el acto de la entrega el presidente del Patrimonio, señor Carrero Blanco, pronunció unas palabras de ofrecimiento, en las que dijo que, por disposición del Jefe del Estado, se debía conmemorar dignamente el acontecimiento del IV Centenario del monasterio de El Escorial.

Terminó glosando el contenido de los dos volúmenes de la obra. Su Excelencia agradeció las palabras y el obsequio.

## Inauguración del local de venta.

La editorial del Patrimonio Nacional inauguró oficialmente su sala de exposición y venta, instalada en el número 8 de la calle de Felipe V, esquina a la plaza de Oriente. Al mismo tiempo se verificó el acto de presentación del libro *El Escorial*.

Asistieron el ministro subsecretario de la Presidencia del Gobierno y presidente del Patrimonio Nacional, señor Carrero Blanco; el consejero delegado gerente del Patrimonio, señor Fuertes de Villavicencio; el subsecretario de Obras Públicas, señor Mortes; los directores generales de Información, señor Robles Piquer; de Prensa, señor Jiménez Quílez; de Archivos y Bibliotecas, señor Bordonáu; de Bellas Artes, señor Nieto Gallo; de Arquitectura, señor García Lomas; director del Instituto Nacional de Colonización, señor Torrejón; el marqués de Lozoya; representaciones de las letras, de las artes y del periodismo y otros invitados.

En primer lugar, el párroco de la iglesia del Buen Suceso, monseñor Bulart, bendijo los locales, que constan de una planta baja y de un piso superior. Luego, los invitados recorrieron las instalaciones, en las que se exhiben las publicaciones que edita el Patrimonio Nacional. Les fueron mostrados los ejemplares de la grandiosa obra de lujo *El Escorial*, así como los ejemplares, en encuadernación especial y artística, destinados a Su Santidad el Papa y al Jefe del Estado.

## Fundamento del libro.

El fundamento de esta obra se expresa perfectamente en las palabras que don Luis Carrero Blanco, Ministro Subsecretario de la Presidencia y Presidente del Consejo de Administración del Patrimonio Nacional, dirigió al Jefe del Estado español en el acto de presentación de los dos volúmenes dedicados a él especialmente. En estas palabras, el señor Carrero Blanco dijo: «Los actos conmemorativos de los 400 años de la efemérides histórica que vincula a Felipe II con la Octava Maravilla del mundo, iniciados con la solemne sesión inaugural que os dignasteis presidir el 4 de julio del pasado año, continuaron durante más de dos meses, con representaciones de autos sacramentales y conciertos en el Patio de los Reyes, recitales de órganos en la Basílica y conferencias en el Aula Magna por destacadas personalidades sobre temas relacionados con Felipe II, su tiempo y la obra arquitectónica del Monasterio. Este fue mejorado y remozado en su estructura y se abrieron nuevos museos que permiten admirar en mejores condiciones su riqueza artística, pero era, además, necesario que de este Centenario quedara un recuerdo permanente, algo que se conservara a lo largo de los años, y que sirviera para dar a conocer a propios y extraños, no sólo el tesoro artístico del Monasterio, sino también lo más destacado de los acontecimientos históricos, artísticos y



El vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, durante la visita al «stand» del Patrimonio en la Feria Iberoamericana de Sevilla.

culturales relacionados con el Monasterio y con su Augusto Fundador. Y con tal fin el Consejo de Administración del Patrimonio Nacional decidió emprender la edición de una obra monumental en la que han intervenido 56 colaboradores, entre especialistas y destacadas personalidades de las artes y de las letras, cuyas plumas se han visto señaladamente honradas al ver sus trabajos acompañados en este libro por vuestro magistral juicio crítico sobre la Batalla de San Quintín.

Esta obra, señor, recién terminada, en la que hemos puesto el máximo empeño en que sea de vuestro agrado, digna del *Monumento español*, que quiere recordar, y de vuestro interés por el Centenario.»

## Contenido de la obra.

El libro *El Escorial* se compone de dos tomos de 734 y 844 páginas, respectivamente con más de 1.000 grabados, de los cuales 600 son a todo color. La encuadernación de estos dos volúmenes, cada uno de los cuales tiene 33 por 25 centímetros, se ha realizado en tela con hierro en oro.

Además de la presentación, el tomo primero contiene diversos ar-

tículos agrupados en las siguientes secciones: Motivaciones de *El Escorial*, *El Escorial ante la Historia*, y *Lenguaje y Literatura*. Por lo que se refiere al segundo tomo, los apartados hacen referencia a: *El Escorial y la Arquitectura*, y *las Artes en El Escorial*. La obra se complementa con otros artículos de documentación.

En total han colaborado, con sus trabajos, 56 autores que dan a la obra, por sí misma, interesante y especial carácter.

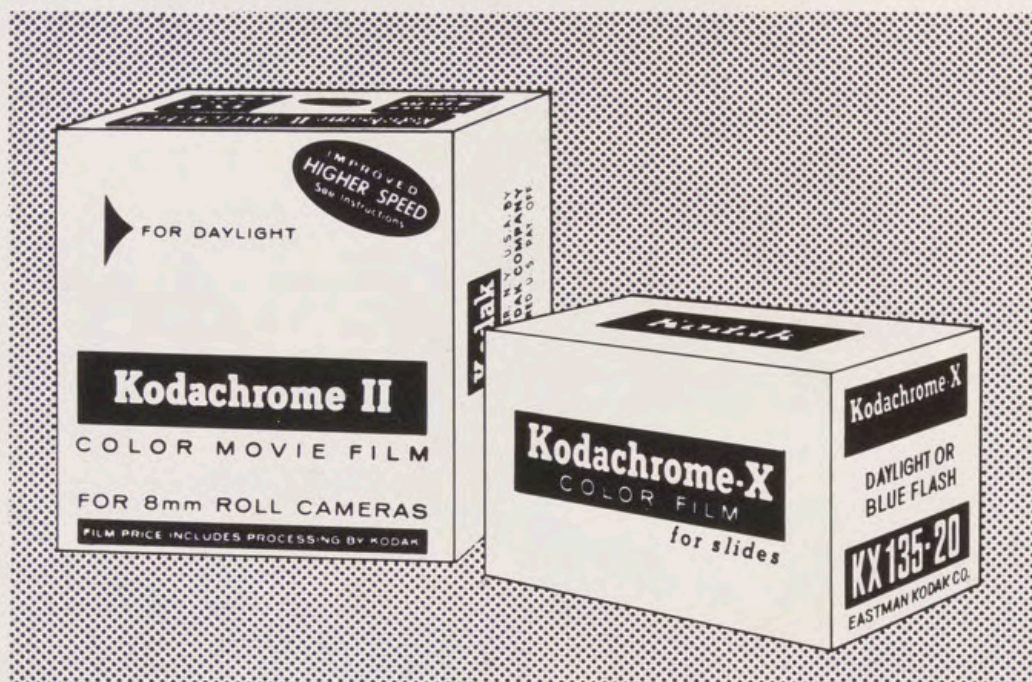
Desde el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, pasando por don Ramón Menéndez Pidal, Sánchez Cantón, el Marqués de Lozoya, el señor Carrero Blanco, Dámaso Alonso, Camón Aznar, los arquitectos Zuazo, Chueca, Moya, Iñiguez, García Lomas y Andrada, historiadores como Ferrandis, Válgoma, Ballesteros y Romeu de Armas, junto a escritores como Pemán, el P. Sopena, Paul Guinard, Weise o Babelón, han prestado su colaboración, que supone en todos los casos una aportación al conocimiento del magnífico monasterio escorialense.

Nueve meses se ha tardado en realizar este libro con papel, láminas en color, encuadernación y grabados, elementos todos españoles. El libro

Inauguración oficial del local de venta, del Patrimonio Nacional, en Madrid, con posterior presentación de «El Escorial» a las autoridades y personalidades.



# KODACHROME



## Revelado en España por Kodak

Envíe por correo a KODAK, S. A., Irún, 15 - Madrid (8) o por mediación de su proveedor sus rollos KODACHROME y Kodak le devolverá las películas reveladas a su dirección

.....



El marqués de Lozoya durante la conferencia que pronunció en la «Fundación Generalísimo Franco».

El Escorial es una monumental obra que corresponde perfectamente a un monasterio monumental.

#### Cursillo en la Fundación «Generalísimo Franco»

En la «Fundación Generalísimo Franco» se celebró un cursillo de perfeccionamiento, para aprendices, organizado por el Patrimonio Nacional y patrocinado por el Ministerio de Trabajo. Han asistido 93 aprendices que recibieron las clases teórico-prácticas, ofrecidas, entre otros, por don Francisco Alonso López-Aguila. Dentro de este curso pronunció una conferencia el marqués de Lozoya, presidente del Instituto de España y consejero de Bellas Artes del Patrimonio Nacional, que desarrolló el tema «Origen de las artes industriales españolas y su evolución hasta hoy».

Comenzó explicando el marqués de Lozoya el punto de partida en la confección de tapices durante la Edad Media, para llegar a la época en que el emperador Carlos V decide iniciar en España los trabajos efectuados en Bruselas.

En sus palabras, destacó el conferenciante la preferencia que hay en todo el mundo por la artesanía frente a la mecánica. Por último dijo que la Fundación Generalísimo Franco ha venido a llenar un hueco existente, revalorizando los trabajos artesanos en una medida tan amplia que bien se puede decir que, con esta institución se vuelve, después de la fase de decadencia, a los tiempos florecientes de la artesanía española. El marqués de Lozoya alentó a todos los aprendices para que trabajen con tesón y voluntad en su labor para que se alcancen los fines personales y nacionales propuestos.

Dentro de este cursillo se creó un concurso, con sus correspondientes premios, para los mejores trabajos realizados por los aprendices en alfombras, telas y tapices. Los modelos, en negro, tenían que realizarse en color para apreciar las facultades creativas y la imaginación de los alumnos.

#### Inauguración de Exposiciones y Museos

En su constante afán por divulgar sus propios Museos y Monumentos, el Patrimonio Nacional organiza constantemente diversas exposiciones de carácter artístico, y participa en muestras, de distinto géne-

ro, tanto nacionales como internacionales. Así, es posible citar la aparición del Patrimonio en la reciente Feria Iberoamericana celebrada en Sevilla, o en la Exposición Bibliográfica desarrollada en el Palacio de Pedralbes, de Barcelona.

Igualmente el Patrimonio Nacional ha estado presente en la Feria del Libro de este año. Con referencia a este tema entresacamos un párrafo publicado en *Hoja del Lunes*, de Madrid: «Dos veces ha tenido que ser cambiado el piso de la caseta especial que el Patrimonio Nacional tiene montada en la Feria del Libro. Ha sido como consecuencia del número de personas que por allí, por el interior, han desfilado para contemplar todo cuanto de bello y sugestivo se ofrece a la vista. Porque se calcula que alrededor de unas 30.000 personas han pasado por esta caseta, que se encuentra la primera, en el andén correspondiente a los pares del paseo. Y, claro está, muchas de esas personas han comprado lo que allí se expone.



Las personalidades en la visita a la reinstalación de la Real Armería.

Aspecto parcial del nuevo Museo de Farmacia en el Palacio de Oriente.



«La caseta del Patrimonio Nacional es, sin exageración, como un pequeño museo donde todo se vende. Todo menos los dos ejemplares de *El Escorial*, realizados para el Jefe del Estado y para el Papa, y que en sendas vitrinas pueden admirarse con toda la belleza de su encuadernación. Junto a estos ejemplares, otros de la misma obra *El Escorial* destinados para su venta al público.»

#### Nuevos Museos.

Se efectuó en el Palacio Real el acto de inauguración de la Real Farmacia y la Real Armería que, modernizadas y reinstaladas por el Patrimonio Nacional, ahora se abren al público. Las instalaciones son magníficas y se han llevado a cabo con el mejor gusto.

Asistieron, entre otros, el consejero delegado gerente del Patrimonio Nacional, don Fernando Fuertes de Villavicencio; el jefe de la Casa Militar del Caudillo, teniente general don José Samaniego; el teniente general Franco Salgado; los directores generales de Bellas Artes, señor Nieto, y de Arquitectura, señor García Lomas; el primer teniente alcalde, señor Suevos; los directores de las Academias y Museos madrileños; miembros del Consejo del Patrimonio; Administradores del Patrimonio en Aranjuez, El Escorial, La Granja, etc.; directores de periódicos y de agencias informativas madrileñas.

Los señores Fuertes de Villavicencio y marqués de Lozoya explicaron cómo se había procedido al ordenamiento de estas dos instalaciones del Palacio Real, e inmediatamente comenzó la visita a la Farmacia, que con el título de Real Botica fue creada por Felipe II en 1594, como una dependencia de Palacio. Contiene objetos y recuerdos de todas las épocas: libros de la botica del Rey del año 1895, morteros de bronce de Fernando VI y Carlos III, cerámicas de Talavera, farmacia homeopática de Isabel II, aparatos de física y química, envases de los reinados de don Alfonso XII y don Alfonso XIII. La mayor riqueza que conserva, tanto en número como en calidad, corresponde a la llamada Nueva Botica del Rey Carlos IV.

La biblioteca contiene antiguos diccionarios, textos de Galeno, Aris-

tóteles, etc. Entre las obras más importantes figura la *Historia de los Animales*, de Aristóteles; la *Historia de las plantas*, de Teofrasto; *El incurable*, de Pedro Abano, y el libro de Pedro Benedicto Mateos para el examen de boticarios.

Desde la Farmacia, las personalidades visitantes pasaron a la Real Armería, que también ha sido objeto de una transformación, convirtiéndose en un verdadero museo de armas, no superado por ningún otro, tanto histórica como artísticamente.

*Reparto de beneficios en la explotación agrícola de Sotomayor.*



*Instalaciones del Patrimonio en la Feria Iberoamericana de Sevilla y en la Feria Nacional del Libro 1964.*

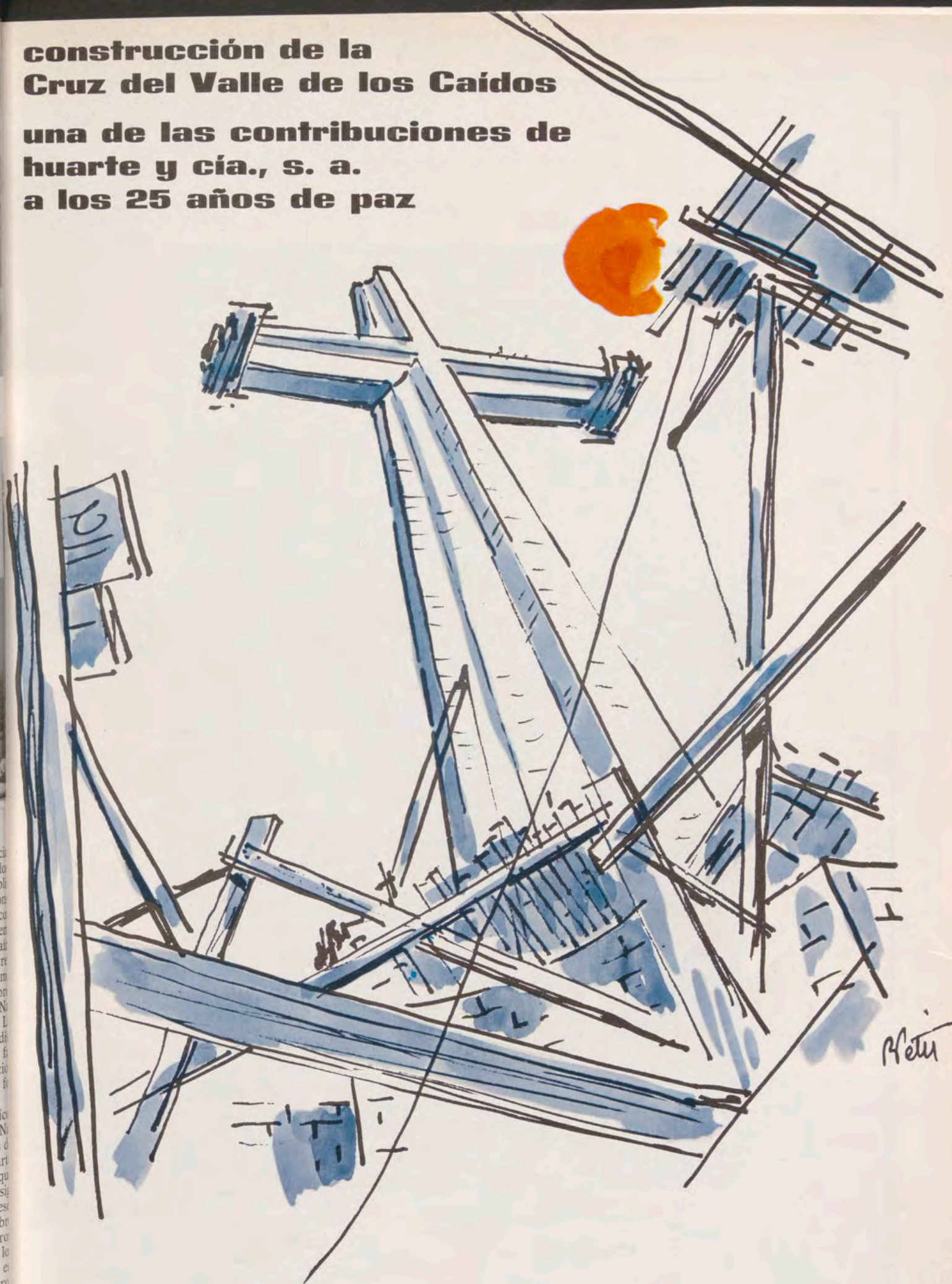


#### Reparto de Beneficios

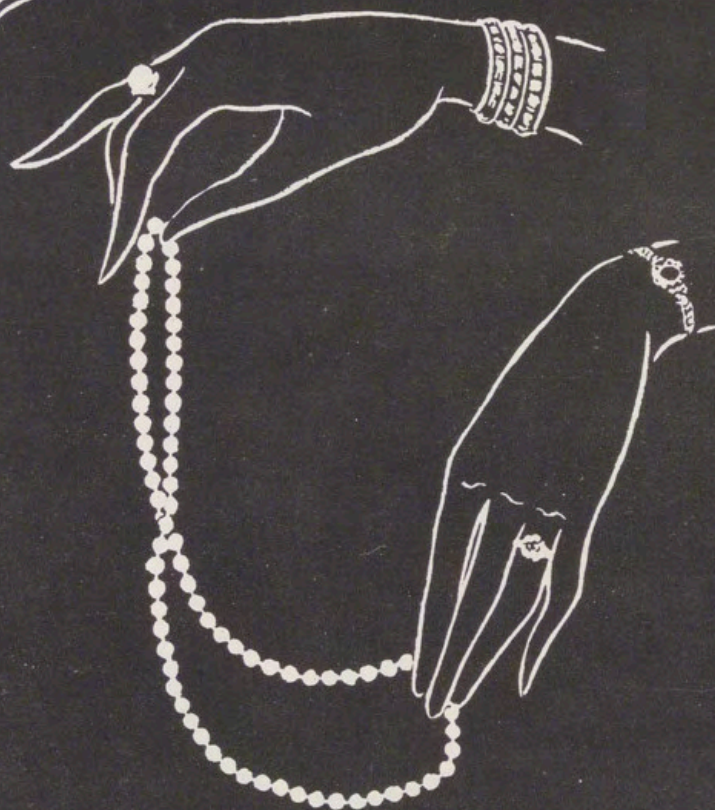
Dentro de una preocupación social por todos sus obreros y empleados el Patrimonio Nacional tiene amplio programa. Por un lado, con la construcción de viviendas; por otro, con el reparto de beneficios. Por ejemplo, en acto celebrado en Valsain se procedió a la distribución de trece millones y medio de pesetas, como reparto de beneficios, entre los obreros y empleados del Patrimonio Nacional en la citada localidad y en La Granja. La cantidad señalada se distribuyó entre cerca de quinientas familias, en ese reparto de beneficio obtenido durante el pasado año fiscal.

También, en la explotación agrícola de Sotomayor, del Patrimonio Nacional, situada a pocos kilómetros de Aranjuez, se ha procedido al reparto de beneficios entre los obreros que trabajan en la misma. La menor asignación concedida fue de 6.000 pesetas. Al final de la entrega se celebró una merienda en la que tomaron parte todos los asistentes, entre los que se encontraban también las esposas, madres e hijos de los obreros de Sotomayor. Todas estas familias viven dentro de la explotación, en viviendas especialmente construidas para ellas por el Patrimonio Nacional.

**construcción de la  
Cruz del Valle de los Caídos  
una de las contribuciones de  
huarte y cía., s. a.  
a los 25 años de paz**



**huarte y cía., s. a.**



# Joyería Pérez Fernández

LAS JOYAS MAS MODERNAS  
BRILLANTES DE ALTA CALIDAD

Casa Central: ZARAGOZA, 3  
Sucursal: HORTALEZA, 3

MADRID



# Májera

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, 4  
TELEFONO 225 14 43 - MADRID - 1

OBJETOS DE ARTE  
DECORACION

- TAPICES
- PORCELANAS
- MUEBLES
- ALFOMBRAS



